

LA CUENTA DEL SIGLO XIX

Á William T. Stead, Esq.

Backward look across the ages and the Beacon moments see
That, like peaks of some sunk continent, jut through Oblivion' sea.

LOWELL.

Abierto ante mis ojos tengo el libro de William T Stead, *Lest we forget*, el proceso del siglo XIX, la cuenta final de la centuria que agoniza; y como acontece siempre que de juicios de tal solemnidad se trata, la primera consideración que se nos ocurre es la de si el juez, que sobre su conciencia carga voluntariamente la enorme responsabilidad de discernir lo bueno de lo malo que reo de semejantes campanillas ha realizado en el transcurso de su mandato á plazo fijo, posee la competencia necesaria para ello. Y con sólo leer su nombre y recordar su obra, con decir William Stead, editor de la *Review of Reviews*, alma y vida del comité «Stop the war», la duda desaparece, la confianza se impone, y nos disponemos á escuchar, persuadidos de antemano de su bondad y acierto, la sentencia definitiva que va á pronunciar en el juicio de residencia entablado contra el más trapacero y astuto de los siglos, *delincuentes natos*, el más sagaz é inflexible de los escritores ingleses.

No sé si de esta opinión que yo tengo de la competencia y dotes de Stead participarán todos mis lectores, si al plural llega su número; se entiende aquellos lectores que saben de quién hablo y que con mayor ilustración que la mía, tan escasa, puedan considerarse capacitados para otorgar credenciales de juez á quien les pete en los asuntos relativos á la

filosofía de la historia; pero bueno es hacer constar que la personalidad de Stead, si de absoluta actualidad y grandísimo relieve en los países *English-speaking*, es casi desconocida en España, como también lo es la inmensa mayoría de los literatos y filósofos ingleses, que por fortuna para la ciencia y el arte, escriben y piensan en medio del bullicio y la algazara de la vida de campamento en que, por su mal, se ha precipitado la Gran Bretaña. ¿Cuántos españoles hay que sepan que *todavía* viven y tienen vigor en demasía para continuar su obra, conocida *de oídas* en España, Herbert Spencer, Florence Nightingale, lord Kelvin, Alfred Russell Wallace, lord Lister, Algernon Charles Swinburne, G. F. Watts y George J. Holyoake, nombres que compendian todas las manifestaciones de la inteligencia y la fantasía en Inglaterra? Y no crean, cuando tales nombres surgen en la conversación ó en la lectura, que pertenecen al número de los varones ilustres que Lowell columbra como habitando el sumergido continente, cuyas cimas sobresalen en medio del mar del olvido.

Muchos pensadores, literatos, historiadores, sociólogos, artistas, etc, dirán, ó por lo menos habrán de procurar que se sepa, cuál es su juicio acerca de la labor que el tiempo ha realizado, dentro de los límites caprichosos que el hombre fijó para determinar su situación en la cronología, en esa porción de años que constituye un siglo, y constriéndolo á la serie de acontecimientos que dieron carácter al siglo décimonono de nuestra era, la opinión ó el veredicto de gente tan ilustre será más ó menos luminoso, mejor ó peor fundado, empedrado de más ó menos sólidos argumentos, sin duda brillantemente expresados; pero tendrá el vicio capital del exclusivismo. Hablará cada cual del siglo según le haya ido en él ó conforme á sus particulares fines ó conveniencias se haya prestado; mas ¿quién duda que lo grande y sublime para el sociólogo será mezquino y ridículo para el artista; lo que el matemático ó el naturalista consideren timbres de gloria, será padrón de ignominia para el filósofo; las grandes conquistas del derecho, orgullo de los juristas, serán mentiras extravagantes para el literato; y, en fin, lo blanco para unos, negro para otros, y todo ello juzgado de suerte que

más satisface los deseos del juez que las necesidades de la justicia? ¿Acaso no es éste el siglo de los viceversas y de las contradicciones más inverosímiles? El que los racionalistas llaman el siglo de las luces, ¿no es siglo de tinieblas para los que tienen á la fe como sol único que alumbra las conciencias? El siglo del progreso y de la libertad, que dió vida á la democracia, ¿no es siglo de miseria y esclavitud económica para el infeliz proletario que, á vuelta de adquirir los derechos de ciudadano, cargó con los deberes de la máquina y la condición de la bestia? El siglo del derecho y la solidaridad internacional, que creó la nacionalidad griega y la unidad italiana, que impuso la ley á Turquía y estableció en sus postrimerías el arbitraje para resolver los litigios entre las naciones, ¿no es también, por desventura, el siglo en que se consumó la ruina del imperio colonial de España y se llevó á cabo el despojo inaudito de la bizarra nacionalidad boer? Por esto sólo un hombre de las circunstancias de Mr. Stead puede aventurarse á dar su fallo sobre acontecimientos que él mismo ha presenciado ó de los que ha sido contemporáneo, sin peligro de incurrir en el más abominable de los defectos del historiador: la parcialidad. No siendo exclusivamente filósofo, literato, político, sociólogo, historiador, sino un espíritu dotado de aptitudes y condiciones tan relevantes que harían de él un hombre privilegiado y profundamente original dentro del género de estudios á que dedicare su preferencia, pero que él emplea como fuerzas concurrentes de igual magnitud para conseguir el ser, ante todo y sobre todo, un gran escritor; que escribe de cuanto hay que escribir, con profundo conocimiento de la materia á que consagra las inagotables energías de su alma, William Stead cifra y reúne los méritos que avaloran el concepto superior del periodista culto, discreto, inteligente, perspicaz, erudito, justo, sincero y observador que la moderna prensa ambiciona para el cumplimiento de su misión de «maestra y guía de la opinión pública».

No voy á comentar, ni siquiera á traducir, trozo alguno del libro de Stead; sobra la exegesis cuando la materia es tan clara que el intento de hallarle mayores transparencias resulta insulso y pretencioso. Y de pensar en traducirle, yo comenza-

ría á hacerlo desde la primera página á la última, con el placer y la satisfacción del narrador fervoroso que cuenta á su manera las hazañas de su ídolo, sin omitir una sola, ni el más mínimo de sus detalles. Considérese, pues, lo que sigue, como un trabajo *sobre motivos* del libro de Stead, y cuiden los lectores de no colgarle, á escritor tan razonable y prestigioso, las desmedradas ocurrencias que vayan saliendo, cuya responsabilidad recabo en absoluto á fuer de buen constitucional y mejor cristiano.

*
* *

¿Es éste, á quien llamamos siglo diez y nueve

—ó por mejor decir, décimonono—

un siglo edificador ó demoledor? ¿Es su obra de carácter positivo ó negativo? ¿Aparece su cuenta con un saldo á favor ó en contra?

Si á preguntar fuéramos á la humanidad entera, convocada á plebiscito, en el que los votos se computaran, no sólo individualmente, sino también por castas, regiones, pueblos y organismos sociales de toda especie, de seguro que la opinión de la mayoría mejor había de inclinarse en el sentido de considerar al siglo como un tramposo y un embaucador, que como honrado comerciante que ha saldado sus cuentas con la humanidad misma que lo juzga, de una manera digna y respetable. Y sin embargo, hay que reconocer que el *pobre siglo diez y nueve*, á pesar de haber llevado sus asuntos en forma más embrollada y sin pies ni cabeza que ningún otro de sus antecesores en la dirección y manejo de las cosas del tiempo, se atrevió á hacerlo, no merece la fama que le han dado de revoltoso y *negativo*. Mucha sangre, muchos crímenes, muchas ruindades tiene sobre su conciencia, y de estos delitos temo que no haya tenido tiempo de arrepentirse, porque las trastadas más gordas fueron quizá las últimas; pero muchos más fueron los beneficios que produjo y las mercedes que otorgó durante su azaroso reinado.

Si mucho derribó; si de la *itálica* famosa que nuestros pa-

dres fundaron con tan exquisito cuidado para que no fuese jamás por tierra derribada, apenas queda otra cosa que «campos de soledad, mustio collado», en el que aparecen unos cuantos arbolitos raquíuticos, que llaman de la libertad, y el «amarillo jaramago» coronando ennegrecidas ruinas, que llevan pomposos títulos de imperios y potestades ¡ay! desaparecidos para siempre, en cambio ha levantado por su propio esfuerzo, por sus energías de titán, el más alto edificio que la historia contempla desde el comienzo de la Era Cristiana: el palacio de la democracia. Podrá ponerse mote al tal palacio ó acrópolis ó como quiera llamársele; discutirse su mérito artístico, su originalidad, su distribución, la belleza y proporciones de su planta, la utilidad del fin para que fué edificado, la razón misma de edificarle; pero el hecho de su edificación es indiscutible, y útil ó inútil, ahí está, colosal é imponente, para que las generaciones futuras lo contemplen, lo estudien, lo juzguen, lo utilicen ó lo derriben. Ningún otro siglo levantó monumento semejante, ni más costoso, ni más extenso, ni más altivo, ni más majestuoso. El espíritu que presidió la erección de la torre de Babel, parece ser el mismo que impelió á los pueblos á levantar sobre las ruinas de los tronos, de la fe, del derecho divino de los reyes y la potestad secular de los Papas, el imperio de la democracia, de la razón, de la libertad política y de la soberanía nacional. El siglo, ensoberbecido, emprende la obra de Babel la nueva, que el siglo XX encuentra sin rematar todavía, y haciendo de ella su cuartel general, se arma con la razón, vístese la coraza del derecho, empuña la espada de la libertad, brinca en el moderno Pegaso de músculos de hierro y entrañas de fuego, y acomete de esta guisa la conquista del mundo, comenzando por derribar las instituciones legendarias que afirmaban su poder sobre la base de la fe y el mandato divino á las cuales, una vez vencidas, si no las destruye, sujeta, por lo menos, y aprisiona con aparatosas ligaduras constitucionales, no siempre muy resistentes; consiguiendo así dar apariencias de garantía al ejercicio de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre-ciudadano. Una vez obtenida la victoria, la democracia se sienta en el trono del mundo y desde allí dicta sus leyes; pero sin duda

la fatiga y el cansancio del duro batallar rinden sus fuerzas, porque, como Homero, *dormitat aliquando*, sobre lo mullido de su asiento.

Al poner el siglo XIX por primera vez su planta en los umbrales de la historia, hallóse enfrente de una de las mayores catástrofes de que Clio tuvo noticia. Su antecesor, el más cínico de los siglos, el más frívolo, el más descreído, el más prosaico de todos, puso fin y remate á su vida de aventuras y galanteos, con una trapatiesta tan sonada que, con invertir en ella solamente los diez últimos años de su existencia coquetona y zascandilera, bastaron para hacer empate y aun dar quince y raya á los siglos más fecundos en tragedias espeluznantes. ¡Figúrese qué espectáculo para el mozuelo sucesor del viejo calavera, que al penetrar en su alcoba mortuoria para hacerse cargo de la herencia, á la propia cabecera del difunto, halla á este tendido en inmenso charco de sangre, ataviado con sus mejores galas cortesanas y teniendo por cabeza la *vera efigies* de un rey, el rey más poderoso de su tiempo, segada á cercén y puesta sobre tamaño montón de otras cabezas nobles y plebeyas! Pues ¿y el terrible espantajo de la triangular cuchilla, que entre los cachivaches del difunto se encontraba, subiendo y bajando sin cesar y automáticamente, y arrojando cabezas y más cabezas sobre el ya crecido montón que la regia testa presidía? ¿Y el ir y venir de gentes desarrapadas, gritando y cantando extrañas y furibundas canciones en torno de la ensangrentada cuchilla, á la que saludaban echando por el aire curiosas caperuzas rojas en forma de crestas de gallo? ¿Y las caras patibularias de los albaceas que rodeaban al muerto siglo, discutiendo sobre su cadáver lo que se había de hacer con su herencia? Dos cosas hubo, entre tantas repugnantes y terroríficas, que causaron algún consuelo y alegría al *hereu*: una de ellas fué un rollo de papelotes, como de oficio, en cuya cubierta aparecían escritas estas palabras: «Declaración de los derechos del hombre»; y la otra, una alegre, valiente, ardorosa y sublime canción, cuya música llegaba á lo más profundo de las entrañas, agitándolas vigorosamente y á cuyos sonos hasta parecían revivir y sonrojarse de entusiasmo, las tronchadas cabezas que yacían en torno de la guillo-

tina. Aquella canción era *La Marsellesa*. De una y otra se hizo cargo el nuevo regidor de los destinos del tiempo, y diz que hizo consigo mismo compromiso formal de guardarlas y conservarlas hasta el fin de sus días.

Entre los que rodeaban el cadáver del trágico vejete de las golas y bordada casaca, de los lazos y dijes, de las medias de seda y zapatos de hebilla, de los postizos y menjurjes, estaba un mozuelo carirredondo é imberbe, anchote y robusto, al cual desde el primer instante comenzó á hacerle cucamonas el siglo pelón. El tal mozuelo era ya un hombre de provecho y de mucho cuidado, tanto que ya se murmuraba que él sería el único que sacase partido, y bueno, de las espantosas calaveradas que dieron al traste con el siglo XVIII. Su nombre era Napoleón Bonaparte.

Y véase como aciertan los que aseguran que más vale llegar á tiempo que rondar un año, porque Napoleón llegó en el momento más oportuno para que el recién proclamado sucesor del siglo de la guillotina, se prendase de él y no le dejase de la mano mientras pudo y hasta que Dios dispuso otra cosa; si bien, aun después de muerto el que llegó á ser amo del mundo, conservó el siglo su memoria y sus hechos con tal cariño, que de ellos hace su mejor y más glorioso blasón.

La Revolución, que este nombre recibió la séptima de las Dulcineas que dejó el siglo XVIII á su sucesor y allegado el siglo XIX, no fué, conforme se dice en la jerga de los historiógrafos, completamente estéril. Tuvo una hija á quien pusieron el nombre de *libertad*, y aunque se dijo que esta señorita tenía otras dos hermanas llamadas *igualdad* y *fraternidad*, es lo cierto que hasta la fecha nadie les ha visto la cara. Aún de la igualdad hay sus dudas sobre si existió ó no, sobre todo mientras la guillotina funcionó en gran escala, atribuyéndose su manejo precisamente á aquella hija de la Revolución; pero de lo que estamos todos convencidos es de que la fraternidad no anduvo jamás por este mundo.

Pues bien; la Revolución, como íbamos diciendo, tuvo por hija la libertad, que por cierto era y es (cuando se deja ver la cara) una joven preciosísima; y aunque por estar los tiempos tan revueltos y ser poco á propósito para que tan hermosa y

sensible damita anduviese por las calles y los andurriales de este valle de lágrimas, ello fué que el joven Bonaparte la vió y la amó, como sucede en los dramas románticos á que tan aficionado fué el siglo XIX en sus verdores; y como la Revolución andaba un tanto así de indecisa y de «si consiento ó no», el atrevido galán, de acuerdo con el siglo que le ayudó en la empresa como la mejor Trifaldi en los amoríos de la infanta Antonomasia, optó por el expeditivo procedimiento del rapto, con lo cual la pobre Revolución se quedó burlada, y la libertad bajo el poder de su amante, que pasó á ser, según es corriente, amo y señor de ella.

De aquí resulta que la primera hazaña del siglo XIX fué una tercería en perjuicio de la Revolución, la cual tuvo que consolarse con los chicoleos que por mucho tiempo y á porfía estuvieron echándole pueblos y reyes, según el turno correspondiente; y gracias á que la democracia, que la trajo y presentó en el mundo con el terrible aparato de que se tiene noticia, le conservó y conserva una fidelidad digna de mejor premio.

Desde entonces el siglo no vivió más que por y para Napoleón, el cual hizo tantas y tales jugarretas á la libertad, que si no la echó al otro mundo, no le faltó para ello el grueso de un... edicto imperial. Y cuando terminada la misión que Bonaparte vino á cumplir en el planeta, Dios dispuso de su suerte, y la libertad corrió á esconderse donde no la vieran los esbirros de la Santa Alianza, el consecuente siglo amparó la obra napoleónica hasta el fin de sus días, y deja su capital pensamiento y los procedimientos de que se sirvió aquel monstruo genial para llevarla á cabo, como legado al siglo XX, el cual se entra por las puertas del mundo como un general en jefe entre filas interminables de bayonetas y saludado por los *mueras* atronadores del cañón...

Desde el 10 de Noviembre de 1799 en que se proclama á Bonaparte primer Cónsul, hasta estos últimos días del siglo XIX en que la sombra del Capitán del siglo se yergue sobre la tumba de los Inválidos para sonreír sarcásticamente al viejo boer que mendiga de corte en corte la limosna del arbitraje, no se ve, en toda la extensión del siglo, otra cosa

que la mano de Napoleón dirigiendo cargas á la bayoneta y enviando á la muerte millares de hombres libres que se llaman ciudadanos. Napoleón vive después de muerto en el alma de todos los directores de pueblos, de los jefes de mesnada que han hecho, á imitación de aquél, un campamento de toda Europa, y, sobrepujándole, llevan el delirio militar hasta el corazón de la *virgen América* disfrazada de Belona.

Y así es que, al reanudar la historia la relación de las campañas de Italia y Egipto, de fines del siglo XVIII, con la de las guerras anglo-boer y filipino-yanqui, puede decir por boca del siglo XX, saltando una centuria, como Fr. Luis de León á sus discípulos: «Decíamos ayer...»

El «napoleonismo» del siglo (permítaseme el adjetivo en gracia de lo que ennoblece á la idea que representa) recibe su sanción de dos hechos, de apariencia insignificante, pero de hondísima trascendencia, puesto que bien examinados revelan la influencia del «genio de la guerra» en el espíritu nacional de los dos países que menos pudiera creerse que estaban por él contagiados: los Estados Unidos é Inglaterra. Aquel muchacho de Chicago que viene á París expresamente para visitar en los Inválidos la tumba de Napoleón, porque reconocía en él al hombre más *distinguido (smartest)* del Viejo mundo, se da la mano con lord Rosebery, al desenterrar éste la vida de Napoleón y escribir el libro de mayor actualidad en Inglaterra: *Napoleón en Santa Helena*. Y estos sucesos menudos, que apenas si hay quien los tome en cuenta y los dispute como síntomas reveladores de un estado de opinión maduro y sazonado, son el comienzo de una serie de hechos, en progresión ascendente de gravedad, que termina en el Parlamento inglés por una nutridísima votación de millones de libras para acabar de aplastar á los boers y exterminar su raza sobre la faz de la tierra, y en el Congreso americano autorizando al Presidente de la República para cuadruplicar el efectivo del ejército en tiempo de paz, y enmendando el tratado Hay Pauncefote en el sentido de armar y fortificar el canal de Nicaragua que está en proyecto todavía.

Apuntemos, por lo tanto, al activo del siglo XIX, su mejor cuenta: la redención de la democracia y su exaltación al go-

bierno de los pueblos. Pero saldemos la partida poniendo en su pasivo el militarismo, y cerremos este primer balance, definiendo el carácter del siglo de esta manera: una democracia en un campamento. La democracia sostenida por el militarismo.

Exactamente lo mismo que antaño lo estuvieron la fe y el trono.

*
* *

El mundo, á los comienzos del siglo XIX, por lo que al derecho público y á la historia política atañe, estaba circunscrito á Europa. El continente asiático constituía, casi en la misma proporción que Africa, un misterio para la sociología y el derecho, puesto que, si se exceptúan las posesiones de la Compañía de las Indias Orientales, establecidas en Bengal, Costas Circasiana y Malabar, Madrás y Bombay; las Filipinas que *todavía* eran españolas; las casi abandonadas y desconocidas colonias holandesas de Australasia (Nueva Holanda) y Sumatra, y los restos del imperio colonial portugués de la India, reducido á Goa, lo demás era como si tal no hubiese en el mundo. En América, trece ex-colonias inglesas acababan de constituirse en república independiente, y si no fuera por la actividad interior de colmena, verdaderamente maravillosa, de su existencia, apenas si se daban cuenta las Cortes europeas.

El resto constituía el legado de Colón, pingüe y tentador, que no tardaría en disolverse completamente entre las manos de la jurídicamente pródiga España, incapaz de conocer, á estilo de noble señorón gastador y manirroto, el valor de su peculio hasta después de haberlo malbaratado.

En tal estado las cosas y países de este bajo mundo, surge el volcán revolucionario en su capital, —que ya lo era París— y la terrible aurora que corona su crater, envuelve al globo en una claridad hasta entonces desconocida. La humanidad entera, casi cegada por el insólito resplandor, despierta á la luz del nuevo día; pero antes de que llegue á disfrutar de él, la silueta colosal del «Capitán del Siglo» se interpone, y la re-

volución, como una sensitiva, se desmaya y cae. Aquel monstruo sobrehumano concentra en sí mismo los dispersos resplandores, y como un espejo de soberana potencia, los refleja á su vez sobre la atónita humanidad, que entiende que aquel hombre coloso es la personificación de la revolución, y como tal le teme y le adora. La gloria de 1789 ha pasado íntegra á Napoleón, el cual la bastardea en beneficio propio, y en vez de estimular á los pueblos por el camino de la libertad á tanta costa ganada por sí mismos, los ata á su carro triunfador y los arrastra á los campos de batalla. De este modo es como debemos juzgar la figura de Napoleón frente al derecho y la libertad. Y de este modo también es como se justifica que la revolución no pasara de los límites de Francia y fuera replegándose sobre París hasta concentrarse en una fecha y un nombre: 18 Brumario y Napoleón.

Pe o aquella revolución con una sola cabeza estaba condenada por ley natural á perecer con el hombre que la encarnaba. Aunque Napoleón Bonaparte hubiera muerto en su cama tranquilamente, la revolución no le hubiera sobrevivido. Suplantada por él, hecha suya, para su gloria y provecho exclusivos, el lecho de muerte de Bonaparte sería también el de la obra de 1789. Tras los grandes los pequeños; tras el coloso los enanos, que dijo Figaro. Fué aquello un paréntesis, un hueco en la historia que intentaron rellenar con páginas de Derecho público, arbitrariedades de Metternich y desvergüenzas de Talleyrand. La «Santa Alianza», con celo digno de más altas y difíciles empresas, se dedicó á la escarda y limpia de los terrenos en que aparecía un tímido brote de libertad y constitucionalismo. Y viene luego la revolución de Julio, verificada como ensayo general con todos los elementos que la representación verdad exige; y, por fin, amanece el año 48, y en su segundo mes, dedicado á Carnestolendas, el pueblo de Europa entera grita ¡abajo las máscaras! y el primero que sale de estampía es el mascarón de la monarquía de Julio, constitncional por fuera, absolutista por el forro y hasta los tuétanos. No habiendo Napoleones bastantes para contener la verdadera, la única gran revolución democrática del siglo, el pueblo levantó del iango á la libertad, y la sentó definitiva-

mente con él en el trono del mundo. La democracia despertó de una vez, y con los ojos bien abiertos. No había de tardar mucho en echar otra siestecita.

Esta revolución del 48 he dicho que fué la verdadera y la única, y añadido que fué revolución general en toda Europa, excepto en dos países: España y Turquía, de las cuales, mientras éste roncaba á pierna suelta, aquél yacía en uno de sus periódicos desfallecimientos. Y al señalar esta excepción, que hizo retrasar en veinte años la democratización del régimen de España, quiero hacer notar uno de los rasgos más característicos de este siglo, uno de sus fenómenos más curiosos, sin duda alguna el de mayor realce é importancia para nosotros los iberos. Me refiero á la decadencia de dos imperios que fueron enormes: el imperio español y el imperio otomano.

La formación de las nacionalidades que comenzó en el siglo XVII, y se consolidó en el XVIII, acabó de determinarse en el siglo XIX, descubridor de naciones, desenterrador de razas, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo. Grecia. Rumanía, Servia, Bulgaria, Montenegro, Creta, se desprenden del poder turco poco á poco; y toda la América española, con la excepción de las Antillas que Dios nos reservaba para mayores pruebas, se hace independiente de España casi de un tirón y á un mismo tiempo. Entretanto se constituía el reino de Italia con dificultosa lentitud, pero de manera gloriosa y estable; aumentaba el poderío de todas las naciones europeas, ya extendiendo sus límites nacionales, ya adquiriendo colonias en Asia y África; hasta Portugal permanecía inalterable, mientras España y Turquía sufrían una tras otra cruentas y espantosas mutilaciones. ¡Y el pícaro siglo nos juega la última tres años antes de retirarse por el foro!

Ahora bien: en la decadencia simultánea de las dos grandes enemigas, de los pueblos representantes de dos ideas históricas antagónicas, ¿se trata de una mera coincidencia ó hay alguna razón de semejanza en las causas que tan triste efecto producen? Declaro francamente que pretendo atinar con la razón de semejanza susodicha, y que, sin que muchos se den cuenta de ello, existe en la conciencia de todos y se ha dicho y repetido hasta la saciedad. ¿Cuántas veces se ha dicho en la

prensa que España había cumplido su misión histórica al otro lado de los mares, y que la pérdida de sus colonias no obedecía á otra causa? ¿No aseguran personas graves y bien informadas que España no es potencia colonizadora, ó que si lo fué, se dió tal maña para echar á perder su labor de colonización, que es milagro que hayamos tardado tanto en ser desposeídos de lo poco que nos restaba en América y Asia? Y pensando más piadosamente, ¿no podía también creerse que lo acontecido á España con sus colonias fué lo que frecuentemente ocurre en las familias de los países meridionales, una de cuyas virtudes es la precocidad, y que en virtud de ella más rápidamente se apartan los hijos del hogar para poner casa aparte, en edad que en las tierras septentrionales no les facultaría para entrar en el Instituto ó tener la primera novia? Pero el caso es que la afirmación de que España había cumplido su misión en América queda en pie, y para mí la tengo como artículo de fe.

Lo mismo exactamente les pasa á los turcos. Vinieron á Europa empujados por su barbarie ó la ajena; hicieron en ella cuanto *históricamente* tenían que hacer, y á empujones, como entraron, los van echando poquito á poco las demás naciones europeas. Por fortuna para los turcos, la llave del Bósforo es una llave de valor incalculable que todas las naciones europeas se la disputan, é ínterin se ponen de acuerdo sobre este particular, el Sultán hace divinamente guardándola muy bien guardada con candados Krupp que, es probado, son algún tanto difíciles de abrir sin forzarlos.

Quedamos en que la razón de nuestra decadencia y la de los turcos es común, por *motivos históricos*, y espero que al indicar estas analogías hispano-turcas no habrá de lastimarse el patriotismo de mis lectores, bien entendido que el patriotismo no consiste en pasarnos la vida llamándonos unos á otros, los españoles, Cides ni Pelayos, sino en decirnos el mayor número posible de verdades, cuanto más dolorosas mejor.

Pero si los individuos mueren, las naciones son inmortales, y con mayor motivo si las condiciones geográficas favorecen su aislamiento ó independencia. Acaso algún día se recons-

truya Polonia y recobre su puesto entre las naciones; pero no es probable que tal suceda; milagro parece que Suiza se mantenga á cubierto de las asechanzas de sus vecinos; mas de lo que no cabe dudar es de la inmortalidad de España en cuanto nación independiente. España es, fué y no puede menos de ser nación europea, rama importantísima del tronco latino, cuyas raíces arrancan de los cimientos de la misma Europa, un tiempo sierva sumisa de la grande y poderosa familia cuya casa solariega está en Roma; pero Turquía no puede invocar título alguno por el cual se le considere parte integrante del Continente de Japhet. No hay razón alguna que autorice á un turco á llamarse europeo, salvo lo fortuito de haber nacido en Europa, en país usurpado, que sufre una dominación despótica y brutal. Turquía saldrá de Europa; su nombre se borrará de la lista de las naciones europeas, y si el siglo XX no se apresura á autorizar con su presencia el acto de desahucio internacional que á Turquía le espera, no merecerá la consideración de siglo justo, siglo de las reivindicaciones sociales, como por anticipado se le llama.

Por lo que á nosotros toca, debemos estar tranquilos en este particular. Nuestro suelo no pueden disputárnoslo otras razas que con nosotros vivieren, por la sencilla razón de que no hay más raza que la que... arde.

Pero si el peligro no está dentro, afuera lo hay muy grande é inminente si á tiempo no lo remediamos. Todavía tenemos muchas cosas que hacer en el mundo como nación; otras *misiones históricas* nos aguardan, y á cumplirlas tenemos que ir ó de lo contrario nos obligarán á la fuerza.

Ó mucho me engaño ó creo que el 99 por 100 de los españoles está convencido de que la *misión histórica* primera de la serie que nos queda por cumplir es la de arreglar bien nuestra *hucha*, harto averiada y misérrima. Y para arreglarla es menester saber hacerlo, y ese conocimiento no se adquiere por *ciencia infusa*, sino apretando los codos y tragándose una buena ración de libros y otra buena ración de ejercicios prácticos de instrucción. Quedamos, pues, en que hay que instruirse y trabajar para que no nos instruyan los desengaños y nos hagan trabajar las miserias.

Hay que olvidarse del himno de Riego y el «Trágala» y demás zarandajas musicales que tanto nos enardecían en otros tiempos de inútil patriotismo; hay que leer más las cotizaciones de valores industriales que los extractos de las sesiones de Cortes; hay que preocuparse menos de lo que digan, tan elocuentemente como de costumbre, el diputado A ó el ministro B, y reflexionar más en los proyectos de ley que encierren una solución económica ó social de alguno de los muchísimos y muy graves problemas planteados en nuestra patria; hay que salir del ensimismamiento musulmán (¡ojo con las analogías!) á que frecuentemente nos entregamos, por ingénita pereza; y en fin, hay que desechar prácticamente el dicho y el hecho de «matar el tiempo», el «ir por ahí», el «estarse al sol que más calienta» y tantos otros que nos caracterizan tan perfectamente como á un inglés su «*time is money*».

La ley del trabajo, impuesta al hombre individualmente, pesa aún más sobre las colectividades. Y sin entrar á discutir anticipadamente si el siglo XX será ó no el siglo de las reivindicaciones sociales, como el XIX lo fué de las reivindicaciones políticas, es lo cierto y seguro que, atendido el estado actual de la sociedad, la influencia social y política se medirá por la influencia económica, y serán las naciones más ricas aquellas que posean más recursos para multiplicar y engrandecer el esfuerzo del hombre. santificado por el divino apóstrofe del Génesis: «*In sudore vultus tui vescæri pane...*»

Cifremos nuestro orgullo en ser una nación de trabajadores libres y ricos, y llenos de confianza en Dios, en nosotros mismos y en la tierra que nos sustenta y enriquece, y entonces el porvenir será nuestro.

El siglo XX acabará con los vagos, como el XIX acabó con los siervos.

J. GARCÍA ACUÑA.

Southampton, Diciembre de 1900.

TRABAJOS HIDROLÓGICO-FORESTALES ⁽¹⁾

SEÑORAS Y SEÑORES:

Espero que no me ha de faltar esta noche, como no me ha faltado nunca, vuestra benevolencia, que bien la necesito, para tratar un asunto, de suyo difícil y que tanto interesa para el fomento de la riqueza pública, cual es el de la restauración de nuestras peladas montañas, por los medios que, de una manera tan sabia, se hace en Francia. Contando, pues, con vuestra indulgencia entro ya á desarrollar el tema «Trabajos hidrológico-forestales».

Dejando á un lado la grande utilidad de los montes por lo que toca á sus variados productos, como por lo que respecta á su influencia en los diferentes factores del clima, vamos á decir algo relativo á la fijación del suelo de sus vertientes atacadas por las aguas de los torrentes.

LEYES SOBRE REPOBLACIÓN DE MONTAÑAS EN FRANCIA

Ley de repoblación de 28 de Julio de 1860.—A consecuencia, principalmente, de las grandes inundaciones ocurridas en Francia en 1856, que causaron numerosas víctimas y daños por valor de unos 200 millones de francos, se dictó esta ley, que establece dos clases de trabajos: unos que pueden llamarse obligatorios, y los otros voluntarios, ó también *facultativs*, en francés. Por lo que toca á los trabajos de la primera clase, un decreto imperial, oído el Consejo de Estado, declaraba ser de utilidad pública tales trabajos, fijaba el perímetro de los

(1) Conferencia primera pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 23 de Abril de 1900 por el Ingeniero de Montes D. Primitivo Artigas.

terrenos que debían ser repoblados y los plazos relativos á la ejecución de tales trabajos. Los dueños de terrenos de propiedad particular podrán repoblar sus terrenos comprendidos en el perímetro con sujeción al proyecto aprobado por la Administración forestal y que se determinaba en el correspondiente decreto imperial, y si no lo hacían se les expropiaba el terreno. Terminada la repoblación de sus fincas, podrán los dueños antes indicados entrar de nuevo en el pleno dominio de los mismos, reintegrando al Estado el valor de la expropiación y el de los gastos hechos con los correspondientes intereses, ó bien cediendo, en vez de tales gastos é intereses, la mitad de sus terrenos. El propietario que deseaba ser reintegrado en el pleno dominio de sus antiguos terrenos, ya repoblados, debía solicitarlo del subprefecto correspondiente, dentro de los cinco años siguientes á la notificación hecha al primero de haber terminado los trabajos de repoblación.

En cuanto á los terrenos ó montes de los pueblos y establecimientos públicos, si sus dueños no querían verificar los trabajos determinados en el correspondiente proyecto, podía el Estado adquirir aquéllos por mutuo convenio, ó bien tomar posesión de ellos, sin indemnización alguna, y verificar los trabajos, conservando y aprovechando á su favor tales montes hasta haberse reintegrado de todos los gastos. Los pueblos y establecimientos públicos podían conmutar el reintegro del valor ó importe de tales gastos, cediendo al Estado la mitad de los terrenos repoblados, y debía de hacerse esta cesión dentro del plazo de diez años, á contar desde la fecha en que se les notificaba haberse terminado en sus terrenos los trabajos. Las siembras ó plantaciones no podían hacerse anualmente en los terrenos de cada pueblo, sino en una veinteava parte, á lo más, del área de aquéllos, á no ser que el Ayuntamiento autorizara verificarlos en mayor extensión. Los trabajos voluntarios (*travaux facultatifs*) tienen por objeto evitar el que se formen los torrentes, y al efecto se subvenciona á los pueblos, establecimientos públicos y propietarios particulares, entregándoles semillas, plantas ó dinero, para que repueblen los terrenos situados en las cumbres ó vertientes de las montañas.

La ley, de que nos acabamos de ocupar, del año 1860 halló gran resistencia de parte de los pueblos, principalmente porque con la repoblación, ó sea cubriendo de arbolado sus montes, se les mermaban, en gran manera, los pastos; así es que á los cuatro años se publicó otra ley.

Ley de encespedamiento de 8 de Junio de 1864.—Esta ley autorizaba la sustitución, en todo ó en parte, de la repoblación por el encespedamiento, ya en los antiguos perímetros, ya en los que se establezcan en lo sucesivo. No se variaba en la misma ni los procedimientos para la declaración de utilidad pública de los trabajos ni, en general, lo relativo á la repoblación. Los trabajos, repoblación y encespedamiento, y la veda, no pueden realizarse á la vez para cada pueblo, sino en un tercio, á lo más, del área de los terrenos suyos que deben encespedarse, á no ser que el Ayuntamiento autorizara los trabajos en una extensión mayor. Los pueblos y establecimientos públicos pueden evitarse el tener que entregar de una vez el importe del valor de los trabajos por el Estado, cediéndole el valor que dé la mitad, á lo más, de la superficie ó área encespedada, hasta que se reintegre de lo gastado en el encespedamiento, ó bien cediéndole una parte de tales terrenos, que, en ningún caso, podrá ser mayor de la cuarta parte. El dueño de una finca expropiada podrá adquirirla de nuevo devolviendo el precio ó importe de la expropiación, y además reintegrando los gastos directamente ó en igual forma que para los pueblos.

La ley de 1864 no dió el buen resultado que era de desear por las siguientes razones: 1.^a Por no ser suficiente el encespedamiento para fijar el suelo en terrenos de alguna pendiente. 2.^a Porque la Administración, contra todo principio de derecho, se incautaba, siquiera temporalmente, de los terrenos de los pueblos, cuyos gastos para recuperar la propiedad eran crecidos, y además no era justo los pagaran todos los pueblos propietarios, pues el importe de los trabajos de corrección principalmente beneficiaban también á los terrenos y poblaciones de los valles, sin que los dueños de aquéllos y éstas contribuyeran en nada; y 3.^a No se indicaba en la ley quién debía cuidar, si el Estado ó sus dueños, de la conservación

de las obras de corrección (diques, empalizadas, obras de saneamiento) de los terrenos restituídos á los pueblos, establecimientos públicos y particulares, una vez repoblados.

En 1876 presentó el Gobierno francés al Congreso de los Diputados, un proyecto de ley modificando las expresadas leyes de 1860 y 1864; y después de varias vicisitudes y grande estudio del asunto, se promulgó la ley de 4 de Abril de 1882.

Ley de restauración y conservación de terrenos en montaña ó de las montañas de 4 de Abril de 1882.—Se dispone por esta ley que se aplique á estos trabajos la ley común en materia de trabajos de utilidad pública ó de interés general, y los relativos á cada perímetro de restauración son objeto de una ley, previa una extensa y minuciosa información (de los pueblos interesados) é informes del Consejo del distrito (*conseil d'arrondissement*), de la Diputación provincial y de una comisión especial que preside el Gobernador, y en la cual entran un Ingeniero de Caminos ó de Minas y uno de Montes. El Estado verifica, á su costa, los trabajos de corrección y repoblación de cada perímetro. Los pueblos y particulares pueden conservar la propiedad de sus terrenos si se conforman á hacer los trabajos según el proyecto aprobado por el Gobierno, y de lo contrario, se les expropian aquéllos. En el caso de que dichas entidades conserven la propiedad de sus predios, la Administración vela por la conservación de las repoblaciones y demás trabajos que se hayan verificado en sus fincas. Cuando el suelo está bastante deteriorado, pero que no son necesarios todavía en él los trabajos de restauración, se establece por decreto (*rendu en conseil d'Etat*) un perímetro de defensa ó vedado, como, por así decirlo, medida higiénica. Los dueños de tales terrenos (pueblos, establecimientos públicos ó particulares) no pueden aprovecharse de estos terrenos durante diez años, pero reciben, en cambio, la correspondiente indemnización. Si transcurrido este plazo quiere la Administración continuar las repoblaciones, encespedamientos ú obras de corrección en tales terrenos, deben ser expropiados. Las mejoras que durante los diez años antes expresados hubiere hecho el Estado en los indicados terrenos, quedaban en bene-

ficio de los dueños de los mismos. Si es necesario, la Administración ordena, por medio de un reglamento, la manera de aprovechar los pastos en los terrenos de los pueblos en que fácilmente, por el abuso, pudieran formarse torrentes, y en este caso no reciben los pueblos indemnización alguna. Dispone también esta ley que en el plazo de tres años se revisarán todos los perímetros que se hubieran aprobado al publicarse la misma. El Estado condonaba, como providencia generosa, á los pueblos, los gastos que le ocasionaron los trabajos hechos en los montes desde 1860 á 1882. Para los terrenos de las montañas y fuera de los perímetros continúan concediéndose subvenciones á los pueblos, asociaciones de ganaderos (*associations pastorales*), á las queserías (*fruitières*), á los establecimientos públicos y á los particulares por sus trabajos de mejora, fijación del suelo y aumento en la producción de los pastos en los terrenos de su propiedad.

No se consigna en la indicada ley de 1882, el que los propietarios, ya sean los pueblos ó establecimientos públicos, ó ya las dueños de propiedades particulares, puedan adquirir nuevamente los terrenos una vez repoblados, devolviendo al Estado el importe ó valor de la expropiación, y los gastos con los intereses que hubiesen ocasionado los trabajos de restauración de sus terrenos, como se consignaba en las expresadas leyes de 1860 y 1864.

La ley de 1882 dió, pues, satisfacción cumplida al modo y forma como debían llevarse á feliz término los trabajos *hidrológico-forestales*, ó de *restauración de las montañas en Francia*; y bien pudo decir Demontzey en su libro *La Restauration des Terrains en Montgne au Parvillon de Forêts*, 1889, pág. 8, «que el período de los ensayos y de los tanteos había terminado».

Vamos á indicar, siquiera brevemente, el favorable concepto que han merecido de algunas naciones los importantes trabajos de restauración de montañas en Francia, y la influencia que ha tenido su buen éxito en la adopción, por así decirlo, de los mismos por aquéllas.

Austria.—A. de Seckendorff-Gudent, director del Instituto de Experiencias forestales en Viena, hizo en 1882, á conse-

cuencia de las desastrosas inundaciones en los Alpes austriacos, acompañando al Ministro de Agricultura, el Conde Julio de Falkenhayn, una visita á los Alpes franceses estudiando los grandes trabajos de corrección de torrentes, y en 1883 se presentó á la Cámara de Diputados, un proyecto de ley acerca de «las providencias que debían adoptarse con respecto al régimen de las aguas en las montañas en beneficio del interés público». Seckendorff redactó un libro del viaje, ó excursión, hecha con el Ministro á los Alpes. En 1884 se celebró un Congreso forestal en Austria, para deliberar acerca de los trabajos hidrológico-forestales; y por la primavera del mismo año, visitaron los que se habían hecho en los Alpes, varios ingenieros de Montes mandados, en comisión, por el Gobierno. Al mismo tiempo, Seckendorff fundó la Sociedad llamada Kosmos, de la cual fué el primer Presidente, para socorrer á las poblaciones del Tirol y de la Carintia, tan castigadas por las inundaciones, y promover los trabajos de repoblación en tales territorios. La ley de 30 de Junio de 1884, de protección á la agricultura, fué la base para los trabajos hidrológico-forestales, que bien pronto se organizaron, trabajando en el Tirol y en la Carintia principalmente. Dicho forestal dió algunas muy notables conferencias relativas al asunto, y se organizó la enseñanza en Viena, con lo cual la propaganda acerca de la bondad de tales trabajos fué mayor. Tradujo dicho eminente forestal la excelente obra de Demontzey (de 1878) *Etude sur les travaux de reboisement et de gazonnement des montagnes*.

No podemos menos de tributar sentido recuerdo de veneración á la memoria de un forestal tan distinguido, y que tanto bien hizo á su país, y en cuyos libros, artículos y conferencias tanta doctrina dasonómica difundió entre los forestales de la suya y demás naciones.

Italia.—El director del Instituto ó Escuela forestal de Vallombrosa, el Comendador Francisco Piccioli, acompañado del profesor Sr. Perona, de ocho subinspectores de Montes y de diez alumnos, estuvieron en Francia desde el 25 de Junio al 6 de Julio de 1887, invirtiendo gran parte de estos días, en visitar los trabajos hechos por el Cuerpo de Ingenieros de

Montes en los Alpes. A consecuencia de esta excursión, y estudios acerca de la misma, se organizó en Italia el servicio hidrológico forestal.

España.—Por el verano de 1881, recorrimos acompañados del ilustrado ingeniero Sr. Sardi, á quien nuevamente expresamos nuestro más sincero agradecimiento, los torrentes de los Bajos Alpes, cercanos á Barelourette, dándonos dicho señor minuciosas y muy instructivas explicaciones acerca de las repoblaciones, construcción de diques y palizadas y obras de saneamiento de terreno que íbamos viendo. De tan amena é instructiva excursión publicamos un artículo en la *Revista de Montes* de 1.º de Noviembre de dicho año, que lo reproducimos en forma de folleto, y en el cual, entre otras cosas, decíamos: «Ya que hemos mencionado al Sr. Ministro de Fomento, y que prácticamente hemos podido apreciar lo mucho que se puede aprender en las excursiones á diferentes países, como, por ejemplo, Francia, desearíamos hiciera un pequeño esfuerzo para que no fuera de hoy en adelante letra muerta, como hasta aquí, el art. 25 del reglamento de la Escuela especial de Ingenieros de Montes, y que, como es sabido, previene que cada año, uno ó dos profesores deberán ir al extranjero durante los meses de vacación.»

Por el verano de 1892 fueron los alumnos del último año de la Escuela especial de Ingenieros de Montes, dirigidos por el profesor D. Miguel del Campo, á visitar los trabajos hidrológico-forestales en los Bajos Alpes. Posteriormente ha ido también, particularmente, alguno que otro ingeniero, y hace unos dos años, estuvieron allí, en comisión del Gobierno, un Inspector general del Cuerpo de Montes, y un ingeniero subalterno, los Sres. D. José Sáinz de Baranda y D. Luis Heraso, quienes están encargados de redactar una Memoria, que sin duda no se hará esperar, y en la cual es de creer, dada la laboriosidad y competencia de sus autores, que será un trabajo de relevante mérito y de grande utilidad para nuestra Administración forestal.

La legislación especial relativa á trabajos hidrológico forestales en España, de que tal vez más adelante nos ocuparemos, puede decirse que se reduce al Real decreto de 3 de

Febrero de 1888 y á la Real orden de 28 de Julio del mismo año, sirviéndoles de indispensable complemento la ley de expropiación forzosa de 10 de Enero de 1879 y el reglamento para su ejecución, del 13 de Junio del mismo año.

Inundaciones más notables en España desde mediados, poco más ó menos del presente siglo.—Fué de las que pocos recuerdos dejó en el ánimo de los habitantes de la cuenca del Ter, en la provincia de Gerona, la ocurrida el año 1840, por las numerosas víctimas y pérdidas materiales que causó; entre las primeras, seis ó siete individuos de la muy renombrada familia de Sicard, en la capital, algunas de cuyas víctimas, ya cadáveres, se veían asidos á las rejas que daban á la calle orilla del devastador torrente llamado Galligans. No menos desastrosa fué también la inundación en la ribera del Júcar, denominada generalmente inundación de Alcira, en 1864, que también causó algunas víctimas, y cuyos daños se valoraron en unos 17 millones de pesetas, y acerca de la cual se hicieron notables estudios por una Comisión de Ingenieros de Montes, y de la cual fué dignísimo jefe el docto Ingeniero, entonces Jefe de 1.^a clase, D. Miguel Bosch. De los individuos que formaron parte de tan ilustrada Comisión, sólo vive el Inspector general del cuerpo D. José Sáinz de Baranda. Por Noviembre de 1865 fué presentado á la superioridad el excelente trabajo intitulado *Memoria sobre la inundación del Júcar en 1864*, que se publicó de Real orden en 1866.

También ha dejado tristísimos recuerdos la inundación en la cuenca del Segura, especialmente en la de su afluente el Guadalentín, provincia de Murcia, ocurrida en 1879, cuyos daños ascendieron, al parecer, á unos 37 millones de pesetas, con 761 muertos, y quedaron sin albergue 28.005 personas.

La catástrofe de Consuegra, provincia de Toledo, en 1891, ocurrida por el desbordamiento del río Amarguillo, fué también una de las mayores calamidades de este género que se han presenciado en la segunda mitad de este siglo (1).

No solo España, sino muchas otras naciones, han experimentado, por causa principalmente de la destrucción del ar-

(1) Esta conferencia se dió el año 1900.

bolado de las montañas, el duro azote de las inundaciones, y á este propósito indica nuestro amigo el Sr. Piccioli (don Francisco), Director de la Escuela ó Instituto forestal de Villambrosa, en uno de sus libros, que en Francia se calcula que en un período de cincuenta años, de 1840 á 1890, poco más ó menos, las inundaciones han causado daños por valor de unos 600 millones de francos.

Medio de evitar las inundaciones, ó por lo menos, aminorar notabíamente sus desastrosos efectos.—Por lo que á esto respecta nos ocuparemos de lo que son, ó daremos á conocer en qué consisten los trabajos hidrológico-forestales, ó sea de los que se hacen para extinguir los torrentes.

Se han dado varias definiciones del torrente y hecho diferentes clasificaciones, pero nosotros diremos con el señor E. Thiery, que «torrente es una corriente de agua cuyas crecidas son rápidas, las pendientes fuertes é irregulares, y que lo más frecuente es que transporte y deposite en el llano los materiales arrancados en las vertientes de las montañas ó derrumbados de sus cumbres, lo que hace divagar las aguas en las avenidas (1).

Surell, en su notable obra *Etudes sur les torrents des Hautes Alpes* divide las corrientes de agua en las cuatro clases siguientes: 1.^a, Ríos; 2.^a, Ríos torrenciales; 3.^a, Torrentes, y 4.^a, Arroyos. En las corrientes de la 1.^a clase, la pendiente no pasa del 1 por 100; en las de la 2.^a, del 6, y en las de 3.^a pasa de esta cifra.

Los arroyos, según Lasell, son corrientes que no arrastran materiales, aun cuando á veces forman cascadas.

Surell divide los torrentes en tres clases: 1.^a, Los que parten de una garganta ó puerto (*col*) y corren por un verdadero valle; 2.^a, Los que parten ó tienen su origen en una divisoria, y 3.^a, Los que tienen su origen en una vertiente.

Costa de Bastelica divide los torrentes en *simples*, que son los que tienen una sola garganta y á la cual van á parar varios barrancos, y en *compuestos*, que son los que están formados por dos ó más gargantas.

(1) *Rest. des Mont. Correc. des Torr. Prebos*; por E. Thiéry. París 1891, pág. 43.

Demontzy divide los torrentes en: 1.º, Torrentes de erosión. Los que sólo arrancan ó transportan los materiales que han arrancado á las vertientes de las montañas; 2.º Torrentes á *clappes* ó *casses* (¿de canchales?) Los que además de los materiales de erosión transportan ó conducen fragmentos de rocas caídas en sus lechos, y 3.º, Torrentes glaciares. Los que tienen su origen allí donde terminan (ó sea en el extremo inferior) los glaciares.

Solo en los torrentes de erosión se puede llegar á extinguir el arrastre de materiales.

En todo torrente se debe considerar la erosión longitudinal, que origina grandes derrumbamientos en las márgenes, y la erosión lateral que no deja, á las veces, de originarlos también. (Por medio de una figura dibujada en el encerado se explicó esta parte ó extremo de la conferencia.)

Clasificación por su tamaño de los materiales arrastrados por la corriente.—Según Surell puede hacerse de estos materiales la siguiente clasificación: 1.º, Barro (que se llama *lava* si se presenta en gran cantidad); 2.º, Grava, ó sea desde el tamaño de arena hasta el de una manzana de tamaño regular; 3.º, Guijarros (*galets*), ó sea desde el de una manzana de tamaño regular hasta el de una cabeza regular de adulto, y 4.º, Bloques, ó sea desde el tamaño de una cabeza de adulto en adelante.

Perímetro mojado.—*Sección de aguas.*—Se llama *perímetro mojado* ó *de aguas* la longitud desarrollada de las líneas, de las márgenes y del lecho formadas por la interrupción de un plomo perpendicular al eje de la corriente, contadas tan sólo hasta la superficie del líquido. Se llama *superficie mojada* ó *sección de aguas* al área de la figura formada por dicho perímetro y la línea recta que une sus extremos.

Si se llama C al perímetro mojado y S al área de la sección de aguas, se llama radio medio á la relación $\frac{S}{C}$, ó sea

$$R = \frac{S}{C} \text{ de donde } S = C R.$$

S es igual, por consecuencia, al área de un rectángulo cuyos lados son C y R ; de modo, que si en vez de un torrente,

arroyo ó barranco en que el cauce es estrecho, se tratara de un río de gran anchura y de escaso talud en sus márgenes, el radio medio R , sería igual próximamente á la altura del agua.

Velocidad del agua en una corriente.—Es sabido que la máxima velocidad V del agua está cerca de la superficie, y la mínima W , en el fondo de la corriente. Si se llama Q al gasto, ó sea al volumen del agua que pasa por una sección de la corriente en un segundo, la velocidad media u será igual á $\frac{Q}{S}$, ó sea al volumen Q de agua, dividido por el área de la sección de aguas. Algunos ingenieros toman por valor de u , la cantidad $0,80 V$. Prony halló la fórmula:

$$\frac{u}{V} = \frac{V + 2,37}{V + 3,15}$$

Según las experiencias efectuadas hasta hoy, la diferencia $V - W$ oscila entre $\frac{1}{4} V$ y $\frac{1}{2} V$, según la menor ó mayor aspereza de las paredes del cauce; y en cuanto á los torrentes, puede tomarse:

$$V - W = \frac{1}{2} V, \text{ ó sea: } W = \frac{1}{2} V.$$

Si se toma $u = 0,80 V$, resulta que W es igual, próximamente, á $0,60 u$.

Fuerza de arrastre.—El movimiento de todo filete líquido es debido á la gravedad y á las presiones de los filetes que le rodean.

Llamando l á la longitud de una determinada sección de una masa líquida ó corriente en un canal, π al peso específico del líquido, S á la sección de aguas é I á la tangente ó pendiente del lecho, se halla para valor de la fuerza de arrastre $\pi l S I$ (1).

En un trayecto del torrente en que no varían S ni I , el movimiento del agua llega á ser uniforme, porque se opone al

(1) Tomamos esta fórmula y otras varias de la excelente obra de monsieur Thiéry antes indicada, y como no representamos las figuras que estaban dibujadas en un encerado durante las conferencias, tenemos que variar algo la exposición de la materia en determinados puntos ó extremos de las mismas.

movimiento uniformemente realizado lo que se llama fuerza rotardatriz, originada por el rozamiento de los filetes de agua en las márgenes y lecho de la corriente, y la cohesión de los filetes entre sí.

Fuerza retardatriz.—Se ha hallado para la expresión de esta fuerza, $\pi l C (a u + b u^2)$; en la cual, l y π tienen los valores antes indicados, y C es el perímetro mojado de la sección ó trozo de la corriente que se considera; pero a y b son dos coeficientes que Mr. Prony halló ser, respectivamente, 0,000044 y 0,000309, y Etelwein, después de muchas y al parecer más concluyentes experiencias, halló ser 0,000024 y 0,000366.

Ecuación del movimiento uniforme.—Cuando hay equilibrio entre las fuerzas de arrastre y retardatriz, entonces el movimiento es uniforme.

Si, pues, $\pi l S I = \pi l C (a u + b u^2)$, de la cual se deduce $R I = a u + b u^2$, el movimiento, según Prony, será uniforme.

Los Sres. Darcy y Bazin modificaron esta ecuación. Calcularon, con grande exactitud, el radio medio R , la pendiente por metro I y la velocidad media u , y hallaron como ecuación general la fórmula:

$$\frac{R I}{u^2} = \alpha \left(1 + \frac{k}{R} \right)$$

Los coeficientes α y k variaban según la naturaleza de las paredes del cauce; habiendo hallado estos valores para las cuatro siguientes clases de paredes: muy pulimentadas ó compactas, pulimentadas ó compactas, poco pulimentadas ó compactas y paredes de tierra. Mr. Bazin halló para las corrientes torrenciales que arrastran guijarros:

$$\frac{R I}{u^2} = 0,004 \left(1 + \frac{1,75}{R} \right)$$

Esta fórmula sólo puede aplicarse á las paredes de tierra. Si se llama A al segundo miembro de estas últimas fórmulas, resulta para la expresión del movimiento uniforme

$$R I = A u^2.$$

De esta fórmula se saca

$$u = \frac{1}{\sqrt{A}} \sqrt{RI}$$

que es la expresión de la velocidad en el movimiento uniforme.

Si se sustituye $\frac{1}{\sqrt{A}}$ por B , se halla:

$$u = B \sqrt{RI}$$

Á este coeficiente B se le llama *factor de la velocidad*.

Condiciones acerca del arrastre de materiales.—A medida que la corriente se carga de materiales disminuye su velocidad, y se demuestra fácilmente que, si el volumen de las piedras que arrastra el agua fuera igual al de ésta, la velocidad de la corriente sería algo menor de la mitad de la que tenía el agua pura ó sin tales materiales.

Habrá movimiento de materiales en la corriente, si la fuerza de impulsión ó de arrastre es mayor que la de rozamiento, ó sea que

$$u > \sqrt{\frac{(d - \pi) b f \cos \alpha}{0,076 \pi}}$$

En esta fórmula, d indica el peso de un metro cúbico de las piedras mezcladas con el agua, π el peso de un metro cúbico, en kilogramos, del líquido (que puede ser hasta de 1.800 kilogramos cuando la corriente es de barro, á lo que hemos llamado lava), α el ángulo que forma el lecho con el horizonte, ó lo que es lo mismo, la inclinación del lecho, b la longitud media de las piedras en el sentido de la corriente, y f al coeficiente de rozamiento.

Al segundo miembro de la precedente fórmula, se le llama velocidad límite de arrastre, ó sea la menor velocidad necesaria para poner en movimiento la piedra (ó materiales) de que se trata.

Algunos bloques ó piedras de algunas toneladas flotan en la lava, y esto se explica, no sólo por la pérdida de peso en la masa líquida ó semilíquida en que van envueltos, sino por

el rozamiento con dicha masa de lava que deben vencer para irse al fondo de la corriente.

Supongamos, por ejemplo, como dice Tiéry, una piedra cúbica A , de un metro de lado, introducida en toda su altura en la lava ó corriente de barro. La presión de la masa líquida sobre una cara lateral cualquiera, es igual al peso de una columna líquida de un metro de base y 0,50 metros de altura, es decir $\frac{1}{2} \pi$ ó $\frac{\pi}{2}$ kilogramos ($\pi = 1.800$ kilogramos); y la presión lateral total será de 36.000 kilogramos. Esta presión origina una fuerza de rozamiento contraria á la de la gravedad, igual á 36.000φ , siendo φ el coeficiente de rozamiento. El peso del bloque dentro de la lava, es $2.400 - 1.800 = 600$ kilogramos. Habrá por consecuencia equilibrio, si

$$3.600 \varphi = 600 \text{ kg.}, \text{ ó sea si } \varphi = \frac{600}{3.600} = 0,167.$$

Por consecuencia, si $\varphi > 0,167$, el bloque flotará en la masa semilíquida. Como el coeficiente de rozamiento de la arcilla impregnada de agua con la piedra, es 0,34, de aquí el que tales bloques sumergidos en una masa líquida ó semilíquida arcillosa, floten en ella no obstante su enorme peso.

Saturación de una corriente.—Se dice que una corriente de agua está saturada de materiales, cuando añadiendo una cantidad, por pequeña que ésta sea, de los mismos, se depositan algunos de ellos por ser ya la velocidad de la corriente menor que la velocidad límite de arrastre.

En una corriente de agua saturada de materiales y cuya fuerza de arrastre es constante, el fondo del cauce no varía de nivel ó pendiente, porque hay compensación entre lo que arranca el agua y lo que se deposita; si aumenta dicha fuerza se ahonda el cauce, y si disminuye se levanta, porque se depositan, en este último caso, materiales.

Estado de torrencialidad de una corriente.—Así se llama, según Mr. Costa, á la relación entre el volumen de materiales arrastrados y el del agua que los arrastra.

Pendiente de compensación.—(Denominación dada por Mr. Breton, y llamada pendiente límite por Mr. Sureli.) Así

se llama á la pendiente que adquieren los materiales cuando por algún tiempo está saturada la corriente, pues entonces no se levanta ni se ahonda ó baja el lecho del torrente.

Esta pendiente suele representarse por $tg. \alpha$, y depende en gran parte del estado de torrencialidad.

$$tg. \alpha = \frac{f(d \cdot \pi) b}{0,076 \pi B^2 m H},$$

en cuya fórmula m es el coeficiente de forma, que es igual á

$$\frac{1}{2} \cos \gamma = \frac{R}{H},$$

H es la altura máxima del agua en la sección de aguas y γ el talud ó ángulo de inclinación de las márgenes, que aquí se supone es igual para ambas.

Transporte parcial y transporte en masa. — Corrientes de lava.

—Si los materiales están en gran cantidad, de modo que casi se tocan, se mueven todos con la misma velocidad, como si estuviesen pegados unos á otros (transporte en masa); pero si la corriente lleva pocos materiales, entonces las velocidades son diferentes (transporte parcial ó por separación de materiales).

Las lavas ó corrientes de barro se mueven á veces con la velocidad tan sólo del paso de un hombre (1,50 m. por segundo). El agua pura, ó sin arrastrar materiales, en pendiente del 6 por 100, ó sea 0,06 m. por metro, llega á adquirir hasta unos 12 m. de velocidad.

Estado de un torrente con relación á la velocidad de la corriente. — Régimen normal de un torrente es el que corresponde al período de estabilidad.

Crecida moderada es la que origina un transporte parcial de materiales.

Fuerte crecida es la que produce el transporte en masa.

Crecida excesiva es la que origina una corriente de lava.

Velocidad de una corriente de agua. — Puede decirse que esta velocidad oscila entre 2 á 3 m. en las lavas, hasta unos 12 m. para el agua pura, si la pendiente no pasa de un 6 por 100.

Mr. Surell aplicaba, para calcular la velocidad media, la fórmula

$$u = 51 \sqrt{\frac{ps}{c}} ;$$

en la cual p es la pendiente por metro, s la sección de aguas ó superficie mojada y c el perímetro mojado. Dicha fórmula equivale, cuando la inclinación del lecho es pequeña, á

$$u = 51 \sqrt{R \operatorname{sen} \alpha}$$

Pudiera hallarse directamente, y con cierta aproximación, el factor de la velocidad B , de la fórmula de la velocidad media:

$$u = B \sqrt{R \operatorname{sen} \alpha} ;$$

y para ello se hallaría directamente, por medio de flotadores, la velocidad máxima V en el momento de la crecida y declarar de ésta la media u . Se halla también directamente el valor de R , así como el ángulo α , y sustituyendo estos valores en la precedente fórmula se averiguaría el valor de B . En una sección ó trozo, más ó menos largo, de un torrente en que puede considerarse de pendiente uniforme y de igual sección de aguas, se hacen varias experiencias como la indicada, lo que da varios valores para B , y averiguando el término medio, puede éste tomarse como el factor de velocidad para la sección que se ha considerado de la corriente.

Forma de los depósitos de materiales originados por las corrientes.—En las corrientes ó crecidas moderadas el transporte parcial origina el perfil cóncavo, porque se depositan primero los materiales grandes, cuya pendiente es mayor que la de los pequeños; y en las fuertes crecidas hay transporte en masa, y al disminuir la velocidad los materiales más grandes, en virtud de su mayor fuerza viva, van á depositarse más lejos, por lo cual el perfil longitudinal es convexo.

Como cerca de la superficie es mayor la velocidad, las piedras de mayor tamaño tienden á aproximarse á aquélla.

El perfil transversal es siempre convexo, porque en el centro la corriente tiene mayor velocidad que cerca de las már-

genes y hay en él, por consiguiente, mayor cantidad de materiales.

Al siguiente día de una corriente de lava la pendiente es de 1 1/2 al 2 por 100; pero á los pocos días suele ser del 10 al 12 por 100. Las corrientes de lava no deben, pues, tomarse en consideración por lo que toca á la pendiente de compensación.

Pendiente de equilibrio.—Cuando el agua del torrente no arrastra material alguno ó casi ninguno, entonces, y al cabo de algún tiempo, se forma lo que se llama *pendiente de equilibrio*: los materiales, aun los más pequeños, no son ya arrastrados, por ser muy poca la velocidad del agua.

Tanto la pendiente de compensación como la de equilibrio indican, por lo tanto, el estado de permanencia del cauce: en el primer caso, porque el volumen de los materiales arrastrados es igual al de los que se depositan, y en el segundo caso, porque la velocidad ó fuerza viva de agua es tan poca que no es arrastrada ninguna piedrecita, ni tan siquiera arenas gruesas muchas veces.

Pendiente de divagación.—Si el torrente no está encauzado ó contenido entre dos márgenes que constituyan un verdadero cauce, entonces la altura H es pequeña; la pendiente de compensación aumenta notablemente, porque el agua tiene poca velocidad, y se le llama entonces *pendiente de divagación*. Esta pendiente con la de equilibrio son los extremos ó límites entre los cuales oscila la pendiente de compensación. (Pág. 21).

Vista núm. 1 (Grabado 1 y 1.^a).—Perfil ideal transversal de un valle y vertiente de una montaña.

En esta vista se observa que después de una fuerte lluvia ó rápida fusión de la nieve, la demudación en la vertiente produce un perfil cóncavo, cuyos materiales son arrastrados al valle, formando allí un depósito cuya sección ó perfil es convexo. Si durante algún tiempo no ocurren fuertes lluvias ni abundante y rápida fusión de nieves, el *perfil de demudación* variará algo, pero continuará siendo cóncavo; pero el *perfil de depósito*, que era convexo, pasa á ser cóncavo, y en la unión de los dos perfiles las curvas son entonces tangentes.

El perfil de depósito convexo indica, pues, que ha habido intensas lluvias ó abundante y rápida fusión de nieves en época muy reciente; por el contrario, el perfil del depósito cóncavo indica un período algo largo de bonanza, ó por lo menos, que sólo ha habido lluvias de poca intensidad, y en el cual se han separado, según su tamaño y densidad, los materiales. Estos materiales se extienden y se superponen formando superficies más ó menos cónicas y siendo la proyección horizontal desde el punto más elevado de la vertiente que alcanza la demudación (y nos referimos á la vista ó grabado de que tratamos) hasta la periferia del depósito de materiales en el valle, una figura á modo de abanico (1).

Los conos de deyección se forman por capas concéntricas cuando los materiales, al llegar al extremo del caño de salida, hallan una rápida pendiente á modo de hondonada, hasta que los materiales que se van depositando forman un cono más ó menos perfecto, cuyo vértice llega á alcanzar la altura del muro ó salto, y desde entonces es poca la altura que adquiere el depósito de materiales junto á este sitio ó salto, y se van depositando en superficies cónicas cuyos vértices están en una línea paralela á la pendiente de compensación, y las generatrices están inclinadas según la pendiente de divagación.

Destrozos ó daños causados por los torrentes.—Son muchos los perjuicios que causan las rápidas crecidas de los torrentes, originando inundaciones que ocasionan numerosas víctimas en las poblaciones y en el campo, y obstruyen con los arrastres carreteras y vías férreas, levantando con frecuencia, los cauces de los ríos y arrastrando á veces una buena parte de los terrenos agrícolas de los valles, después de haber causado grandes desmoronamientos en las laderas de las montañas.

Vista núm. 2 (Fototipia 50_(a))—Laderas de piedras caballerías.—Valauria (Drome).

En esta proyección se ve las diferentes formas: unas en pi-

(1) Los números puestos entre paréntesis son para el uso exclusivo del autor de la conferencia. No acompañando á esta relación ó exposición de la conferencia las reproducciones de las vistas presentadas en el Ateneo con el auxilio del aparato de proyección, variamos algo la explicación que en la conferencia hicimos de las mismas.

rámides y otras en columnas, cuyo fuste es más ó menos piramidal y á las veces algo redondeado, terminadas por una piedra á modo de sombrero, y todo es efecto del desgaste ó erosión producido por las aguas en un conglomerado diluvial formado de cantos calizos, de todos tamaños, unidos débilmente por un cemento arcilloso. Á estas columnas ó pirámides, más ó menos perfectas, las llaman en el país *demoiselles*, sin duda porque algunas de ellas con la piedra ó bloque en que terminan, han querido ver, de lejos especialmente, como la silueta de una señorita cubierta la cabeza con un sombrero.

Vista núm. 3 (Fototipia 51).—La grande demoiselle de Valauria.

Esta piedra caballera tiene unos 20 metros de altura y presenta un aspecto sumamente curioso.

El cemento de los conglomerados de tales piedras caballeras es sumamente duro cuando está seco, pero con el agua se desagrega fácilmente.

Partes que deben considerarse en un torrente.—1.^a *Cuenca de recepción*, que es allí donde el agua socava el terreno, y suele alcanzar gran superficie, relativamente á las otras partes del torrente; 2.^a *Canal ó caño de desagüe*, región en la que no hay erosión ni depósito de materiales, y 3.^a, *Cono de deyección*, que es la zona en que se depositan los materiales arrastrados en la corriente.

Entre la cuenca receptora y el canal de desagüe hay, de ordinario, una *garganta* de más ó menos longitud, en que tiene el agua la velocidad máxima y arranca, en ocasiones, masas enormes de su lecho y orillas. Mr. Costa de Bastelica entiende por *garganta* la sección del torrente comprendida entre la parte inferior (donde se reúnen las aguas) de la cuenca de recepción y allí donde terminan las márgenes. Por lo general el cono de deyección se interna algo en la garganta.

Vista núm. 4 (Fototipia 40).—Vista general del torrente de Pontis (Bajos Alpes).

En esta vista están muy bien representadas las tres partes de un torrente, viéndose gran parte del canal de desagüe y el cono de deyección, cuyos materiales en el momento en que

se sacó la fotografía interceptaban, por completo, una gran parte de un camino.

No en todas las montañas se forman torrentes, pues esto depende de la naturaleza de suelo, así es que ni el Jura ni en los Vosgos apenas los hay, y aun son pocos en los Pirineos y montañas del centro de Francia. La región clásica de los torrentes en Francia es la de los departamentos de los Altos y Bajos Alpes.

Vista núm. 5 (Fototipia 43).—Cuenca de recepción del torrente Rieulet (Altos Pirineos).

Se ve aquí perfectamente el abarrancamiento de las vertientes que forman esta cuenca y el gran número de piedras de varios tamaños, esparcidas por aquéllas y acumuladas en el fondo de los pequeños barrancos.

Vista núm. 6 (Fototipia 45).—Canal de desagüe del torrente de San Antonio (Altos Alpes).

Este canal de desagüe es de gran pendiente y de márgenes muy inclinadas, formando el agua una verdadera cascada.

Vista núm. 7 (Fototipia 46).—Cono de deyección del torrente Rieubel.

Se ve claramente en esta hermosa fototipia, que tan de relieve presenta el aparato de proyección, cómo se extienden los materiales al llegar al valle, en forma de abanico algo encorvado y con la convexidad hacia arriba. Se ve también una parte del canal de desagüe.

Este cono de deyección llega hasta una corriente de agua que se ve en la parte inferior de la proyección, y una de cuyas orillas, en una cierta extensión, la forma los materiales del cono.

Los conos de deyección alcanzan á veces algunos kilómetros de desarrollo en la base, y su pendiente varía del 2 al 7 por 100.

Los materiales de mayor tamaño en los conos de deyección están en el vértice. Las aguas del torrente no tienen cauce fijo en los conos de deyección sino que divagan, y la sección ó perfil longitudinal del cono unas veces es cóncavo y otras convexo, según ya hemos dicho antes. A raíz de inten-

esos chubascos, cuyas aguas se cargan de piedra y gran cantidad de barro formando la lava, el perfil longitudinal del cono de deyección es convexo. Si después reina un período de relativa calma en que las aguas arrastran pocos materiales y apenas alguna tierra, se van separando los materiales, el cauce se hace más patente y el perfil es cóncavo.

Extinción de un torrente.—Para extinguir un torrente se emplea la construcción de diques y palizadas y la repoblación, ó sean trabajos de corrección y fijación del suelo y trabajos de repoblación.

Los diques tienen por objeto levantar el cauce de los torrentes, evitando el derrumbamiento de las márgenes y regularizar la pendiente de los mismos, y también contener los materiales arrastrados en la corriente.

Trabajos de corrección de torrentes.—Condiciones de una buena construcción de mampostería.—Estas condiciones son: 1.^a, Que los materiales resistan á la acción de los agentes atmosféricos; 2.^a Que los materiales resistan las fuerzas á que deban estar sometidos, y 3.^a, Que la construcción sea estable.

1.^a *Resistencia de los materiales al aplastamiento ó compresión en la base del dique.*—Supongamos que se trata de un prisma y que la carga está uniformemente repartida sobre la base superior del mismo. Sometido, por cierto tiempo, este prisma á una carga, experimenta un aplastamiento ó disminución en su longitud ó altura, y al cesar aquélla, no recobra su primitiva posición, sino que la altura queda indefinidamente algo menor.

Este acortamiento tiene su límite, pasado el cual se aplasta ó rompe el cuerpo.

Sean:

P.—Carga ó peso que gravita sobre el cuerpo.

S.—Sección transversal del prisma.

l.—Acortamiento del cuerpo ó prisma.

L.—Altura ó longitud del cuerpo.

E.—Coeficiente de elasticidad.

N.—Coeficiente de resistencia permanente á la compresión ó aplastamiento.

La carga por unidad de superficie es

$$\frac{P}{S} = E \frac{l}{L} = N.$$

Para el roble, y tomando por unidad el metro cuadrado, N es igual á 600.000 $kg.$ ó sea 60 $kg.$ por centímetro cuadrado; para el pino 400.000 $kg.$ y 40 $kg.$, y para el hierro 6.000.000 $kg.$ y 600 $kg.$ respectivamente. Para la obra de piedra y mortero, tales valores varían entre 60.000 y 120.000 $kg.$ por metro cuadrado ó sea 6 y 12 $kg.$ por centímetro cuadrado.

2.^a *Resistencia de la obra ó dique al resbalamiento.*—Supongamos un cuerpo que descansa sobre otro, y cuyas superficies de contacto sean planas y horizontales. Llamando φ al ángulo de rozamiento; T á la presión sobre la superficie de contacto y F al rozamiento, ó mejor dicho, la fuerza de rozamiento, se hará la relación

$$tg.\varphi = \frac{F}{T}$$

Las leyes del rozamiento son: 1.^a El rozamiento es proporcional á la presión. Y 2.^a El rozamiento es independiente de la extensión de las superficies de contacto.

La primera de estas leyes se expresa por la relación

$$F = f P$$

siendo f una cantidad constante que se llama coeficiente de rozamiento y cuya relación puede expresarse como sigue:

$$f = \frac{F}{P} tg.\varphi$$

El coeficiente de rozamiento depende, pues, tan sólo de la naturaleza de las superficies de contacto (1).

3.^a *Resistencia al derrumbamiento, á la inversión ó giro.*—Claro está que aquí se trata únicamente de diques, cuyos paramentos son planos. Para que los diques no giren ó den la

(1) Se ha suprimido aquí una figura que estaba dibujada en el encerado para explicar esta parte de la conferencia.

vuelta, como vulgarmente se dice, es preciso que la resultante de las fuerzas de empuje de los materiales del aterramiento ó del agua, y la del peso del muro (ú otras si las hubiere) no pase fuera de la base de sustentación.

Trabajos que deben ejecutarse para extinguir los torrentes.— No basta el encauzamiento de las corrientes para evitar el levantamiento de los lechos de los ríos y proteger los valles; es necesario retener los materiales de acarreo en las montañas, ó sea ejecutar los trabajos hidrológico-forestales.

En Francia los trabajos que, en suma, se hacen para extinguir un torrente son: 1.º Trazar el *perímetro* (ó zona en que deben ejecutarse los trabajos) y hacer el proyecto. 2.º Trabajos de corrección. 3.º Trabajos de repoblación y encespedamiento.

Corrección de torrentes de erosión.— Tales trabajos tienen por objeto la fijación definitiva del suelo, y, por consecuencia, la posibilidad de repoblarlo luego.

A cada estado de torrencialidad de un torrente corresponde una determinada pendiente de compensación; de modo que no haciendo trabajo alguno en una sección ó porción de un torrente, al fin y á la postre el perfil longitudinal del lecho sería el correspondiente á dicha pendiente; pero esto se conseguiría después de haberse derrumbado parte de las márgenes, y esto es, precisamente, lo que se evita por medio de los trabajos de corrección. Supongamos dos puntos fijos en el lecho de un torrente, que sean dos rocas no desagregables, y que entre éstas haya un terreno que fácilmente ataca el agua y cuya pendiente sea mucho mayor que la de compensación. Si se dejara en tal estado el torrente, este terreno sería arrastrado por el agua derrumbándose parte de las márgenes; pues bien, si entre los dos puntos fijos indicados, ó mejor dicho, entre las dos rocas se construyen algunos diques, se formarán entre cada dos de ellos y entre el construído á mayor altura y la roca inmediata, de las dos ambas indicadas, aterramientos, cuyas pendientes serán iguales á las de compensación, formando así una escalera cuyas huellas, ó plantas de los peldaños no son horizontales y en los cuales las aristas ó ángulos diedros entrantes coinciden, poco más ó menos y teóricamente

considerada la construcción, con el plano que podemos considerar trazado desde uno ú otro punto de los dos indicados y cuya línea de máxima pendiente del plano fuera la que uniera estos dos puntos.

Estos diques se construyen de piedra porque deben resistir al empuje de gran cantidad de materiales y grandes masas de lava; y á la época en que se construyen tales diques la llaman los franceses el período de los grandes diques (*de grandes barrages*).

Con objeto de dar salida al agua, piedrecitas y arenas tienen estos diques una ó más aberturas ó acueductos con sus barras de hierro algunos de ellos, en el paramento de aguas arriba á modo de reja, y por este medio se consigue que estén formados los aterramientos, principalmente de grandes piedras, disminuyéndose así notablemente el empuje de aquéllos contra los diques.

Como á medida que se efectúan los trabajos de restauración en las montañas disminuyen los arrastres de materiales, la pendiente de compensación tiende á disminuir y los aterramientos dejarían al descubierto los pies de los diques; y para evitarlo, es preciso construir sobre dichos aterramientos otros diques (secundarios) de piedra si es preciso, cuyos nuevos aterramientos se formarán según a nueva pendiente de compensación; y como el agua será cada vez más limpia habrá que construir, por último, palizadas entre cada dos diques de piedra y se obtendrán entonces aterramientos con la pendiente de equilibrio.

No se deben construir palizadas entre los diques secundarios de piedra (que en francés llaman *seuils*) hasta que apenas haya arrastre de aluviones, puesto que parte de estas obras serían destruídas en las fuertes avenidas.

No se construye un dique sino cuando está formado el aterramiento del inmediato.

Según las circunstancias, fáciles de apreciar en cada caso, se empieza la construcción de los diques por la parte más alta ó por la más baja del lecho de un torrente, y en ocasiones por ambas á la vez.

Cuando es urgente proteger las propiedades ó terrenos de

los valles, se empieza la construcción de los diques por la parte inferior del torrente. (1).

Cuando la pendiente es muy fuerte, 30, 40 y más por 100, y serían por consecuencia muy costosos los diques, se construyen canales empedrados. En el torrente Sanières hay una obra de esta naturaleza de 154 metros de largo.

Clases de diques de piedra.—Estos pueden dividirse en las clases que expresa el siguiente cuadro:

<i>Diques de piedra.</i>	{	Rectilíneos.....	Ambos paramentos son planos.
		Curvilíneos.....	Paramento superior plano y perpendicular el eje del torrente y el paramento inferior en bóveda.
			Ambos paramentos son bóvedas.

Talud.—El agua al caer describe una superficie parabólica. Conocido el talud, la altura del salto de agua y la velocidad de la misma, se calcula fácilmente á qué distancia cae del pie del dique. Conociendo, pues, la altura del dique y la velocidad del agua se determina por la desigualdad

$$n < v \sqrt{\frac{2}{g h}}$$

el talud que se debe dar al paramento inferior, para que el agua al saltar no choque con el paramento, sino que caiga á corta distancia del mismo. En la desigualdad anterior (que se refiere á una figura que aquí tampoco presentamos) se representa el talud, ó mejor dicho, la tangente del ángulo que forma el paramento con la vertical, v la velocidad del agua, h la altura del dique y la g la gravedad (que es próximamente 9,80 metros en Madrid y 9,81 en París).

En los diques de piedra construídos en tales trabajos hasta 1891, se les ha dado 0,20 de talud.

Forma de la coronación de los diques.—Ésta no puede ser plana ni horizontal porque el agua estaría en contacto con las márgenes y podría quedar parte de los extremos del dique empotrada en ellas, al descubierto, por lo cual se le suele dar la forma de un arco de círculo formando así lo que se llama *cu-*

(1) En la conferencia se pintaron dos figuras en el encerado para explicar esta parte de la misma.

beta de desagüe y también *vertedero*. Si el ancho del lecho, ó mejor dicho, del cauce no pasa de unos 12 metros, entonces la cuerda se toma igual al radio, con lo cual resulta que el ángulo en el centro es de 60° . Si el ancho del cauce pasa de 12 metros, puede ser el radio en el centro hasta el doble de la cuerda de la coronación.

Si el lecho del torrente es muy ancho y se teme que en las fuertes crecidas se acumulen grandes bloques y árboles en el centro de la coronación, se hace ésta plana; la forma de un trapecio, siendo superficies cilíndricas los ángulos de la base.

Á veces la cubeta de desagüe es oblicua ó irregular, á fin de que caiga el agua sobre roca, cuando una de las márgenes no pudiera resistir el choque del agua.

Empuje del agua en los diques.—En un dique de paramento anterior, ó de aguas arriba, vertical, el empuje es horizontal, y su punto de aplicación está situado en el tercio de la altura del agua, que suponemos para nuestro objeto llega hasta la coronación del dique. Se halla fácilmente que este empuje es igual por metro de longitud, tomada ésta en el sentido horizontal, como se supone, del dique, á $\frac{\pi h^2}{2}$; siendo h igual á la altura en metros del agua, que aquí suponemos la misma que la del dique, y π el peso de un metro cúbico de dicho líquido. Si el paramento interior está inclinado, entonces la expresada fórmula se convierte en $\frac{\pi h^2}{2 \cos i}$, llamando i al ángulo del talud.

PRIMITIVO ARTIGAS,
Ingeniero Jefe de Montes.

EL TEATRO DE SCHILLER (1)

Bajo la influencia directa de Goethe, llega Schiller á equilibrar sus concepciones idealistas con una observación más atenta y perspicaz de los hechos de la vida ordinaria, alejándose siempre de las abstractas regiones mentales para aproximarse á la realidad. Él mismo celebra, agradeciéndoselo, que su amigo le vaya corrigiendo de la tendencia de proceder de lo general á lo individual y enseñándole el modo de ascender de los casos particulares á las leyes universales.

Como resultado de la influencia que de Goethe recibió, vemos, en efecto, que Schiller, desde Wallenstein á Guillermo Tell, va ciñéndose siempre más estrechamente á la realidad de las cosas, pero, con todo, no deja de conservarse fiel á sí mismo y de permanecer como poeta ideal: su lírica es, en efecto, esencialmente una «lírica de las ideas»; que se distingue por lo noble y elevado de los pensamientos, expuestos en un estilo que es casi constantemente grande y melodioso. Sobresale con especialidad en la oda filosófica, donde suele tratar de la alta significación del arte y expone las ideas morales más profundas respecto del mundo y de la vida. Como ejemplo citaré *Los artistas*, *El ideal y la vida*, *Los ideales*, *El paseo*, *Las cuatro edades* y la célebre *Campana* («Das Lied von der Glocke»), de la cual hizo Hartsenbusch una magnífica traducción en verso castellano. Muy feliz se muestra, además, Schiller en el manejo del epigrama, debiendo mencionar, dentro de esta clase de composiciones, los *Xenios*, por su perfección y por el fin á que fueron destinados, lo cual expondré en lugar oportuno.

(1) Véase la pág. 32 de este tomo.

En el terreno de lo épico no trata más que el género de las baladas, pero las revistió de tal grandeza, que sorprendieron por la valentía de sus concepciones y la fuerza gráfica de su dicción.

Como escritor en este género, cedió Goethe la palma á Schiller, según la opinión sostenida por la mayoría de los críticos posteriores. Sus baladas más nombradas son: *Die Bürgschaft*, *Der Taucher*, *Die Kraniche des Ibykus*, *Der Ring des Polykrates*, *Der Graf von Habsburg*.

9. Al lado de sus tareas poéticas, Schiller se sintió, durante algunos años, atraído hacia la historia, y sus trabajos en este campo le valieron una cátedra en la Universidad de Jena. Como historiador, es notable por la ordenación de los acontecimientos, por la descripción de los hechos importantes y por la pintura de los caracteres. Pero su mérito principal consiste en que se sirvió de la historia, según dice tan acertadamente Schlosser, «um die verflachten Ansichten des bürgerlichen Lebens zu veredeln, und Sinn für Aufopferung, für Freiheit und Religion zu wecken (para ennoblecer las miras vulgares (les vues plates) de la vida burguesa y despertar las aspiraciones al sacrificio, á la libertad y á la religión)». De aquí que sólo eligiese los asuntos que reflejan el esfuerzo de la humanidad, afanándose por lograr un desarrollo superior. En sus escritos históricos sabe sostener constante el interés del lector, á quien atrae por su estilo hermoso y animado, por la independencia y energía con que emite sus propias opiniones.

Lo que debemos admirar ante todo, es el arte de la exposición, la fuerza dramática que pone en juego á los personajes, agrupa los acontecimientos, hace revivir bajo nuestros ojos los diversos partidos y las masas populares. La esperanza que el autor expresaba en una de sus cartas (12-2-1788) que «bajo su pluma la historia sería (deviendrait) lo que aún no había sido nunca, se realizó en medio de la admiración universal de sus contemporáneos: reconocieron que Schiller era «el primero entre los modernos que había tratado la historia como un arte». Fué el primero que sacó la historia fuera de la escuela é hizo de ella algo vivo y popular. Desde este

punto de vista merece todos los elogios que hombres, como Niebuhr y Gervinus, le han tributado». (1)

Luego abandona la historia para dedicarse á la filosofía, la cual, merced al impulso dado por Kant, excitaba entonces grande interés en las clases ilustradas de Alemania. Los estudios filosóficos de Schiller versan principalmente sobre estética, materia acerca de la cual escribió una serie de trabajos, siendo los más notables entre ellos el artículo *La gracia y la dignidad* (*Anmut und Würde*), una colección de veintisiete cartas dirigidas al príncipe Augustenburg, *Sobre la educación estética del hombre* (*Über die esthetische Erziehung des Menschen*), y un tratado sobre *La poesía ingénuo y la sentimental* (*Naive und sentimentalische Dichtung*). Inspírase, sobre todo, en Kant, pero, como ya lo hice observar, con cierto criterio independiente en varios puntos, ejerciendo sus teorías, considerable influencia en los escritores alemanes, que buscaban los principios fundamentales del arte y de la literatura.

«Goethe opinaba que en el tratado *Sobre la poesía ingénuo y la sentimental*, Schiller había sentado los cimientos de la crítica moderna. En este vigoroso ensayo apareció, por primera vez con claridad, la distinción entre el método clásico y el romántico (James).»

En sus escritos filosóficos, se dirige no sólo al entendimiento, sino también á la imaginación: su alma de poeta perfuma y vivifica el estoico interior de la fría didáctica. «Su estilo es magistral, tanto en lo que toca á la formación, bella y variada, de la frase, como en lo que atañe á lo noble, vigoroso y hasta atrevido de la expresión.» (Prólogo á las obras de Schiller).

10. Pero el género literario que fué la natural y acabada expresión de su genio, que elevó á Schiller sobre su imperecedero pedestal de fama y de gloria, es el drama. En él despliega todo el esplendor de su poderoso espíritu y demuestra prácticamente el gran conocimiento que tenía de la esce-

(1) Histoire des litteratures étrangères considérées dans leurs rapports avec le développement de la littérature française, par J. Demogeot, docteur ès lettres, agrégé de la faculté des lettres de Paris, ancien professeur de rhétorique au lycée Saint Louis. Littératures septentrionales: Angleterre, Allemagne, 1880. Pág. 312.

na: la acción de sus dramas es rica y despierta vivo interés, porque los asuntos son de carácter general y están tomados del desarrollo de la civilización, responden á las direcciones de la mente, son por eso el cristalino espejo de nuestros sentimientos é ideales en las diferentes etapas de la vida. La exposición es animada y, además, expresan todos ellos la gran nobleza de espíritu de su autor, el más vivo entusiasmo por lo bueno y lo bello y la mayor aversión á lo malo y lo vulgar.

Los dramas de Schiller no tardaron en entrar en Francia, donde fueron imitados por Alejandro Dumas, hombre de brillante imaginación, y por el sentimental Víctor Hugo. De allí pasaron á España, por cuya sociedad fueron bien acogidos, llamando especialmente la atención *Los bandidos*, por ser el prototipo del drama romántico; *Don Carlos*, por su asunto español, y *Guillermo Tell*, si bien la influencia no la recibió la Península directamente de Schiller, pues en ella el teatro romántico fué al principio una imitación del francés, se hizo muy pronto genuinamente español.

Estos dos teatros muestran la trascendencia que tuvo el movimiento romántico iniciado en Alemania, y cuyo principal representante en el drama fué Schiller. Hijos del romanticismo alemán, el francés y el español no tienen, sin embargo, un carácter idéntico al suyo: el distinto espíritu de ambas razas, germana y latina, se refleja en los respectivos movimientos literarios, determinando su sello peculiar.

Restos del sentimiento de fiera libertad é independencia personal de sus rudos antepasados, los pueblos germanos modernos afirman mucho su individualidad, por lo que dicho carácter fué la esencia constitutiva del despertar literario de Alemania (1). Sus poetas hacen el individuo fuerte, exaltan

(1) «Der deutsche Genius, als ihm die natürlichen Ausprüche des Menschen durch Rousseau, ein bestechender Zweifel durch Voltaire, eine sich ermahnende Selbstbekenntnis durch Lessing eine neue Welt von handelnden Menschen im Shakespeare-ausgebreitet wurden, griff nach Allem, versenkte sich in Jedes, fing an, sich zu berauschen, vergass die Leiden der Wirklichen Welt, und empfand, wenn auch nur dunkel, dass so lange nicht das Leben von der Persoenlichkeit aus, sich anders gestalte, eine Staatsumwaelzung Nichts nutzen koenne. (Persecución de las aspiraciones naturales del hombre, por Rousseau; de la duda corruptora de Voltaire; de la conciencia que se exhorta á sí misma, por Lessing; del nuevo mundo de Shakespeare, mundo de hombres

la personalidad humana y fundan sólo en la individualidad el principio de libertad. Schiller dice al escribir su *Guillermo Tell*:

«Cada una de nuestras almas cuando desarrolla su propia fuerza, tiene por sí sola más valor que las más grandes sociedades humanas. El Estado es obra del hombre; el hombre es obra de la inmensa y eterna Naturaleza. El Estado es creación de los antecedentes, de los hechos consumados, de la casualidad; el hombre es un ser necesario. Y ¿por quién será el Estado noble, poderoso ó dignificado, si no lo es por los individuos que lo constituyen y por las fuerzas que les pertenecen? La potencia y el pensamiento del hombre crean el Estado; el hombre es la fuente de la fuerza misma y de él viene el pensamiento. El individuo es, pues, la base del Estado.»

Herederos del espíritu igualitario romano, los pueblos neolatinos ofrecen menos intensidad de individualismo y mayor tendencia á la igualdad. En ellos el individuo tiende más á desaparecer en el *todo social*, y sobrelleva más fácilmente la opresión del Estado, con tal que alcance á todos. Así vemos que, en la revolución francesa, de los tres principios de *igualdad, libertad y fraternidad*, el pueblo no conquistó por el momento más que el primero, y si sacudió el yugo del absolutismo real, fué para tender el cuello al hacha de los terroristas, que caía indistintamente sobre nobles y burgueses, y para inmolar luego sus hijos á la ambición imperial.

Influídos por el espíritu nacional, los poetas románticos latinos presentan, como carácter fundamental de sus obras, la tendencia á disminuir las diferencias de clase, el propósito de realzar las clases inferiores, extendiendo á todos los hombres los sentimientos nobles y elevados, rompiendo para siempre con los privilegios de casta; en una palabra, haciendo al hombre, sin distinción social, protagonista de la acción dramática;

que obran; el genio alemán se acogió á todo, penetró cada cosa, empezó á embriagarse, olvidó los sufrimientos del mundo real, y sintió, aunque confusamente, que mientras la vida no partiere de la personalidad para constituirse en otra forma, una revolución social sería ineficaz).² (*Schillers Leben und Werke*, por Emilio Pallaske; edición 14, 1894, lib. I, Pág. 70).

pero de una manera que determina en general la traslación de individuos de una categoría inferior á otra superior (ver, por ejemplo, *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, y *El Trovador*, de García Gutiérrez), mientras que los poetas alemanes suelen afirmar la personalidad de sus héroes dentro de sus respectivas categorías.

CAPITULO II

Schiller, su vida y sus obras.

1. Necesidad de algunos datos biográficos.—2. Primeros años del poeta: su entrada en la Escuela-Carlos: Plutarco y Rousseau, directores de su espíritu durante el primer período de su carrera literaria.—3. *Los Bandidos*, juicio sintético de esta obra: años de peregrinación de su autor: *Fiesco* y *Luisa Miller*.—4. *Don Carlos*, obra de transición: crítica sucinta de esta tragedia.—5. Estancia de Schiller en Sajonia.—6. Su llegada á Weimar. *Los dioses de la Crecia*: últimas manifestaciones de los ideales románticos del poeta: *Los Artistas*: reconciliación completa de Schiller con la historia: principio del período clásico de su literatura.—7. Resultados negativos del primer encuentro de Schiller con Goethe: nombramiento de aquel como profesor de Historia en la Universidad de Jena.—8. Sus estudios de la Filosofía kantiana: su notoriedad en materia de estética.—9. Parcial apreciación que forma el poeta de la revolución francesa.—10. Examen comparativo de los distintos y complementarios temperamentos poéticos de Goethe y Schiller: formación y resultados fecundos de la inalterable amistad que se estableció entre ambos genios.—11. Anarquía intelectual de Alemania.—12. Acto colectivo de los Dioscuros: los Xenios, su efecto.—13. Primeros frutos del renovado impulso poético de Goethe y Schiller: *Hermann y Dorothea*: *Wallenstein*, caracter genuinamente histórico de la trilogía.—14. *María Stuart*, sus cualidades artísticas: *La Doncella de Orleans*, su factura romántica.—15. Traslación de Schiller á Weimar: sus traducciones de dramas extranjeros.—16. *La Prometida de Mesina*: punto culminante de la tendencia clásica del poeta: *Guillermo Tell*: cabal compenetración de lo ideal con lo real: viaje de Schiller á Berlín: su muerte.—17. Carácter lírico-metafísico del teatro de Schiller: comparación del dramaturgo alemán con Shakespeare.

1. Siempre es útil, para comprender bien el espíritu y tendencias de las obras de un poeta, conocer su carácter y las particularidades de su existencia, porque descubriendo las influencias á que el autor se halló sometido, explícense mejor las direcciones que tomó su intelecto. Esta afirmación gene-

ral es especialmente aplicable á Schiller, poeta personalísimo que se revela completamente en sus obras, las cuales no son sino sus propias confesiones, como lo demostró Kuno Fischer en un estudio titulado: *Selbstbekenntnisse (confesiones) de Schiller*, ó sea la revelación del poeta por sus obras.

Dicha apreciación justifica la precedencia de algunos datos biográficos al análisis directo del teatro del maestro.

2. Juan Cristóbal Federico Schiller nació el 10 de Noviembre de 1759 en Marbach, en la frontera occidental de Wurtemberg. Era de humilde cuna, panaderos fueron sus antepasados, tanto del lado paterno como del materno. Su padre, Juan Gaspar, hombre inteligente, activo y enérgico, se hizo cirujano y casó en 49, en Marbach, con Isabel Dorothea, hija del tahonero y posadero Gottweiss, y era mujer de gran dulzura, y de dignidad de carácter, de profunda religiosidad, y sentía vivamente lo bello en la naturaleza y en la poesía.

En 1773, el joven Federico entró, por intervención directa del Duque Carlos, en la escuela semimilitar, semicientífica, que el Príncipe había instituido en su residencia de la «Soleidad» (Solitude); viéndose precisado el nuevo alumno á emprender, contra su gusto, los estudios de jurisprudencia. Su carácter independiente sufrió mucho por causa de la severa disciplina; pero hay que reconocer que esa escuela superior influyó favorablemente, por más de un concepto, en la educación completa de Schiller, y proporcionó al muchacho, nacido en situación precaria, una amplia instrucción general, sin que el seco y uniforme sistema de educación, que no estudiaba el carácter y aptitudes especiales de los alumnos, y les obligaba á fundirse todos en el mismo frío molde, llegase, sin embargo, á destruir ninguna facultad intelectual y aspiración esencial del poeta que se hallaba en formación.

Su inclinación á la poesía fué primeramente alentada por la *Mesiada de Klopstock*, cuya lectura le impulsó á esbozar el plan de un poema titulado *Moisés*.

Impresión más honda y directa produjeron en él algunos dramas del exaltado período romántico que cayeron en sus manos: *Julius von Tarent*, de Leisewitz; *Hugolino*, de Gers-

tenberg, las primeras producciones de Klinger y el *Goetz von Berlichingen*. Trató de imitarlos, y á un reducido círculo de condiscípulos y amigos les leía con el mayor sigilo sus primeros ensayos: el drama *El estudiante de Nassau* y la tragedia *Cosme de Medicis*, en los que sus compañeros reconocieron ya genio dramático. Pero la influencia más transcendental que recibió Schiller fué la de Plutarco y la de J. J. Rousseau, autores que presidieron la dirección de su espíritu durante el primer período de su carrera artística. Aquél despertó en su ánimo el amor á lo heroico; el segundo, un exagerado entusiasmo por la naturaleza y un impulso tan impetuoso como indefinido hacia la libertad, ideal que profesó toda su vida, aunque el concepto fué en él modificándose á través de la vida del poeta.

En 1775 la Karls-schule (Escuela Carlos) fué trasladada á Stuttgart y aumentada con una facultad de medicina, cuyos estudios abrazó entonces Schiller, abandonando los de derecho; sin embargo, sólo la poesía le ocupaba seriamente.

De 77 á 78 empezó la composición de una nueva tragedia: *Die Räuber* (*Los bandidos*). Para dedicarse con más libertad á sus trabajos literarios, anhelaba salir del instituto; mas no vió cumplido su deseo hasta Diciembre de 1780, en que recibió su diploma de doctor en medicina y fué incorporado como médico á un regimiento, con un sueldo, por cierto, mezquino, pero cuyo cargo le dejaba tiempo para consagrarse á sus aficiones.

3. Desde que el jefe de los revolucionarios enmudeció, arrepentido de las exageraciones y desequilibrio de sus primeras obras, encaminándose, por una pronta evolución, hacia la serena armonía del clasicismo ideal, y las fogosas producciones del romanticismo parecían haber sufrido cierta paralización, la genial tragedia del joven vate publicada en 1781 renovó los entusiasmos y produjo una impresión como no se había experimentado desde las primeras creaciones de Goethe.

Los bandidos contenían muchas imperfecciones y pueriles extravagancias; pero respiraban un espíritu que, si bien se hallaba aún en turbia fermentación, llevaba el sello de la ma-

yor energía y nobleza y revelaba, en medio del desenfreno, el más puro entusiasmo de un alma de poeta que sentía por la humanidad un amor infinito. Schiller fué invitado por el librero Schwan y por Dalberg, empresario del teatro de Mannheim, á acomodar su obra á la escena, y en Enero de 1782 fué estrenada en dicho teatro con el mejor éxito.

El duque no podía estar conforme con las tendencias del drama y, además, Schiller marchó dos veces á Mannheim sin permiso (que, de pedirle, no hubiera obtenido), para asistir al estreno y á la segunda representación de su drama, incurriendo por ello en arresto; y, por último, recibió del príncipe la orden de no volver á escribir ninguna obra poética y de no tener correspondencia con el extranjero (los demás Estados de Alemania). No pudiendo someter su espíritu independiente y aniquilar su vocación bajo el duro interdicto, se resolvió á huir de su país natal, y el 19 de Septiembre de 1782 llegó á Mannheim en compañía de su fiel amigo el músico Streicher.

Llevaba consigo, casi terminado, un nuevo drama: *Fiesco ó la conjuración de Génova*, en el cual cifraba grandes esperanzas. *Fiesco* fué rechazado y, además, no sintiéndose Schiller muy seguro en la ciudad del Neckar, donde un decreto de extradición podía alcanzarle, se dirigió á Francfort. Empezaban sus años de viaje, años llenos de privaciones, adversidades y desengaños, que terminaron con su llegada á Weimar, donde encontró una nueva patria y el hogar que solaza y embellece los últimos años de su vida.

Manheim, sin embargo, era para él un imán irresistible, y abandonando Francfort al cabo de algunas semanas, fué á parar á Orgersheim, pueblecito en las cercanías de la capital, donde pasó casi dos meses de privaciones, durante los cuales modificó *Fiesco* y empezó la tragedia *Luiise Miller*, posteriormente titulada *Kabale und Liebe* (Intriga y Amor).

Á principios de Diciembre encontró el poeta mejor refugio: la señora de Wolzogen, madre de dos antiguos condiscípulos suyos, le invitó á pasar una temporada en su posesión de Bauerbach, cerca de Meiningen.

Entre tanto, *Fiesco* fué aceptado y publicado por Schwan. Era un drama político que trataba de fijar y sistematizar en

cierta medida las ideas republicanas que, informes é insólitas, agitaban los espíritus. Como obra artística era inferior á *Los Bandidos* en la verdad y naturalidad de los sentimientos y en la viveza de la acción, presentando un conjunto artificial. Fué acogido friamente en Enero del 84 por el público de Mannheim, pero tuvo mejor éxito en Berlin y en Francfort. En cambio el estreno de *Intriga y Amor*, en Marzo del mismo año, entusiasmó á los espectadores. La obra descubría un nuevo aspecto del talento dramático de Schiller. Pintaba el autor el triste estado social de su tiempo y encarnaba en sus personajes la honda oposición entre las nuevas ideas y las rancias costumbres y viejos principios, trazando de aquello un cuadro gráfico y fidelísimo revestido á la vez de energía y de pasión política (1).

La reserva manifestada respecto de *Fiesco* y el aplauso tributado á *Luise Miller*, muestran, como observa Saint René Taillandier, cuáles eran entonces las disposiciones del espíritu público: los dramas revolucionarios, pero revolucionarios de una manera general y que se dirigían ante todo al sentimiento, eran preferidos á los dramas especialmente políticos. Se querían emociones violentas, exageradas, declamatorias, y no sistemas. La revolución se hallaba en los corazones mucho más que en las inteligencias (2).

El éxito de su tercera obra levantó el ánimo de Schiller, sin prometer, no obstante, poner fin á los apremios materiales en que se veía constantemente sumido. Además, en Febrero acababa de ser nombrado miembro de la Sociedad alemana del Palatinado, hecho que consideraba como un gran adelanto hacia su «établissement» (expresión de Schiller).

4. En 83 había empezado un cuarto drama, *Don Carlos*,

(1) *Intriga y Amor* es una crítica violenta de las pequeñas cortes alemanas, de aquel régimen de las favoritas, de los ministros rastreros y déspotas, dispuestos á todo para llegar al poder y mantenerse en él. El antagonismo de las clases de la nobleza que se envilece y oprime, y del pueblo que merece y sufre, estalla en la obra en ardiente sátira. (J. Demogeot: *Littérature septentrionale*, Angleterre, Allemagne, pág. 31).

(2) Correspondance entre Goethe et Schiller. Traduction de Mad. la baronne de Carlowitz, révisée et accompagnée d'études historiques et littéraires par M. Saint-René Taillandier, professeur á la faculté des lettres de Montpellier. T. I, pág. 116, 1863.

en cuya composición, por frecuentes y largos intervalos interrumpida, empleó cuatro años, á lo cual se debe que la obra no brille por la unidad de plan, si bien ostenta notables cualidades artísticas, pues en ella usa el autor, por primera vez en sus dramas, la forma versificada.

D. Carlos marca el tránsito del primer período artístico de Schiller á un período nuevo que se anuncia y que nace de una inspiración superior y lo ennoblece un ideal más puro y elevado.

Dice Taillandier que no se puede ver en este asunto el presentimiento y como el anuncio de aquella poesía más elevada que el autor de *Wallenstein* y de *Tell* debía hacer resplandecer tan vigorosamente en el suelo fecundo de la historia, pues que Schiller se preocupaba muy poco de construir su drama sobre el fundamento de la realidad, ya que no era aún la unión de lo real y de lo ideal un principio de su filosofía del arte.—Cierto es que Don Carlos y el Marqués de Posa son figuras ideales y meros productos de su imaginación; pues el carácter del Infante, minuciosamente analizado por la crítica de nuestros días, está en contradicción absoluta con el que le presta el poeta, no siendo lícito suponer tampoco que existió un caballero con la personalidad de Posa en la historia de España del siglo XVI. Pero la gran diferencia que distingue este drama de los anteriores está en que en él Schiller, renunciando á la guerra á muerte que había declarado á la sociedad, se reconcilia con el hombre y con la historia y abandona el idilio, ideal irrealizable é indigno del hombre, que consiste en considerar la felicidad como objeto constante y bien supremo del ser racional. Siente su corazón y su genio ahogados en ese angosto horizonte y necesita elevarse á una grandeza serena y desinteresada que sólo puede encontrarse en la historia (pues fuera de ella sólo existe la ilusión idílica, que tiene que abandonar el poeta para ser grande), grandeza basada en la energía y frecuentemente en el sacrificio de la felicidad personal. Así los dos amigos, el príncipe y el caballero, sacrificarán su propia ventura y antepondrán á su amor y á su amistad el bien general que su ideal histórico les impulsa á fomentar. Esta obra, per

tanto, me parece que pudiéramos llamarla romántico histórica: romántica, por los protagonistas, histórica, por el ideal.

Como mayor prueba de que con «Don Carlos» Schiller empieza á entrar en el terreno histórico, haré observar que termina su poesía «Resignation», escrita en 1786, con estas palabras:

«Geniesse, wer nicht glauben kann. Die Lehre
Ist ewig wie die Welt. Wer glauben kann, entbehre!
Die Weltgeschichte ist das Weltgericht.

(Que goce el que no pueda creer: el precepto es eterno como el mundo. El que pueda creer, renuncie á ello: la historia universal es el tribunal universal.)»

Y en aquel tiempo también emprendió estudios históricos que prepararon sus obras extensas posteriores, siendo la primera de éstas su historia de la insurrección de los Países Bajos, acontecimiento que el poeta presiente ya en su drama.

Don Carlos y, sobre todo, Posa, á quien Schiller en el curso de la composición eleva insensiblemente á protagonista principal, encarnando en él sus propias ideas sobre el progreso social y político, no son menos revolucionarios que Carlos Moor, pero mientras éste es una fuerza puramente destructora, Posa representa las energías de mayor reconstrucción aparecidas en el siglo XVIII. «Carlos Moor quiere renovar por la violencia una sociedad perversa: Posa dice simplemente á Felipe II: «Este siglo no está maduro para mi ideal; soy ciudadano de las edades venideras». El primero arroja la injuria al viejo mundo que tiene que perecer; el segundo saluda con amor al mundo regenerado». (Saint-René Taillandier.)

Posa es un espíritu que se adelanta á su tiempo y corre la misma suerte de tantos innovadores como han caído víctimas de sus ideas ó han sido, cuando menos, objeto de la burla y desprecio de sus coetáneos, incapaces de comprenderlos, pues el «cosmopolita» tiene que pagar con su sangre la generosidad de su corazón y la valentía de su ideal, condenado por el atraso de su siglo.

En sus cartas sobre «Don Carlos», autocrítica que escribió

Schiller en 1788, diseña él mismo su obra y explica las ideas y tendencias en que su drama se funda y el fin moral que persigue el autor, queriendo con él poner más perfectamente en práctica los principios educativos y civilizadores que, en su discurso sobre el teatro, atribuye á éste como constituyendo su noble é importante misión.

5. En 1784 entabló Schiller estrecha amistad con cuatro admiradores suyos: Gottfried Koerner (1), Ferdinand Huber (y sus respectivas novias las hermanas Minna y Dorothea Stock, residentes en Leipzig); y, aceptando su invitación, abandonó Mannheim para siempre en Abril de 1785, pueblo en donde multitud de contrariedades y apremios pecuniarios le amargaban la vida; á los pocos días se hallaba al lado de sus nuevos amigos, los mejores que, con Goethe, tuvo jamás, cuya franca é íntima amistad y la generosidad de Koerner, que durante aquel tiempo alejó del poeta los cuidados de la existencia, le hicieron pasar dos de los más tranquilos años de su vida, proporcionando á su espíritu una tranquilidad y bienestar que no había experimentado, se puede decir, desde su infancia; esta disposición de ánimo le inspiró su célebre himno «An die Freude» (A la Alegría), cuyos vibrantes acentos, pocos lustros más tarde, los divinizaba en su inmortal sinfonía novena el genio de Beethoven.

Schiller y Koerner se ocuparon en investigaciones filosóficas y estéticas que dieron por resultado las *Cartas de Julio á Rafael* (*Briefe des Julius an Raphael*). Además comenzó á despertarse en Schiller interés por la historia, y sus trabajos ulteriores alcanzan al tiempo que pasó en Sajonia.

Pero el paraíso no podía ser eterno; el poeta tenía que volver á la lucha para procurarse los medios de existencia y adelantar en su carrera literaria... En Julio de 1787 se separó de sus amigos.

6. Diversos intereses le atraían á Weimar, donde fué acogido con gran consideración por la duquesa Aurelia y por la pléyade de sabios, tales como Herder y Wieland, que hacían

(1) Gottfried Koerner, padre del joven Theodor Koerner, el célebre bardo de la guerra de la Independencia, que murió peleando en 1813.

de la ciudad ducal la Atenas de Alemania. Goethe se hallaba á la sazón en Italia.

En Noviembre del mismo año, estando en Rudolstadt, conoció á la señora de Laengefeld y á sus hijas, Carolina y Carlota, formándose un indisoluble lazo de amistad entre el poeta y aquella excelente familia, amistad que se convirtió en parentesco, cuando, tres años después, hizo á Carlota su esposa.

En Marzo de 1788 escribió *Los Dioses de la Grecia* (*Die Goetter Griechenlands*), aquella célebre elegía sobre la pérdida de la religión de la belleza, donde, con un pie ya en el suelo de la historia, se vuelve el poeta y lanza una última mirada sobre la belleza griega, sobre aquel mundo que su fantasía poblaba de divinidades y de héroes, naturaleza de juventud y de esplendor «en que los dioses eran humanos todavía y divinos los hombres» (da die Goetter menschlicher noch waren, waren Menschen goettlicher (1). Los Dioses de la Grecia son el poema del paraíso heleno, de su paraíso perdido. El carácter estético y plástico de aquella mitología no es la fe, es la fantasía, la que realizó en aquellas creaciones (2).

Al año siguiente, en el mismo mes de Marzo, apareció el

- (1) Regrettez-vous le temps où le ciel sur la terre
Marchait et respirait dans un peuple de dieux;
Où Vénus Astarté, fille de l'onde, amère,
Secouait, virge encore, les larmes de sa mère,
Et fécondait le monde en tordant ses cheveux?
Regrettez-vous le temps ou les nymphes lascives
Ondoyaient au soleil parmi les fleurs des eaux,
Et d'un éclat de rire agaçaient sur les rives
Les Faunes indolents couchés dans les roseaux;
Où les sources tremblaient des baisers de Narcisse;
Où du nord au midi, sur la création
Hercule promenait l'éternelle justice
Sous son manteau sanglant, taillé dans un lion;
Où les Sylvains moqueurs, dan l'écorce des chênes,
Avec les rameaux verts se balançaient au vent
Et sifflaient dans l'écho la chanson des passants;
Où tout était divin jusqu'aux doudelurs humaines;
Où le monde adorait ce qu' il tue aujourd' hui;
Où quatre mille dieux n'avaient pas un athée;
Où tout était heureux, excepté Prometée,
Frere ainé de Satan, qui tomba comme lui.

(*Rolla*, PAR ALFRED DE MUSSET.)

- (2) P. 4: Kuno Fischew, *Selbstbekenntnisse*, cap. IX.

poema *Los Artistas*, que representa la reconciliación completa del poeta con la historia (la belleza viva), y con el hombre. Empieza con una frase triunfante que consagra la grandeza humana: «Wie schoen, o Mensch! mit deinem Palmenzweige. Stehst Du an das Jahrhundertsneige!

(¡Qué bella eres, Humanidad, con tu palma en pie al terminar el siglo!)

Además, armonizando igualmente la forma con el fondo, ha atenuado lo grandioso, la exaltación patética brillante, pero desproporcionada, y ha buscado únicamente la belleza serena y armónicamente rítmica, que lo convierte en el artista clásico, que eleva y ennoblece cuanto toca (1). Marca esta evolución el principio del segundo período artístico de Schiller, en el cual habrá de resplandecer una nueva época dramática, que se iniciará con *Wallenstein*, cuando por el estudio de la historia y de la filosofía, el poeta haya aumentado el caudal de sus ideas y precisado su pensamiento.

7. En Septiembre de 1788, Schiller se encontró en Hudolstadt, por primera vez, personalmente con Goethe, pero lejos de comprenderse, no experimentaron sino mutua antipatía. Sólo seis años más tarde debía empezar la inteligencia entre ambos genios y una amistad tan sólida y verdadera como tiempo había tardado en formarse.

En el mismo año, publicó Schiller la primera de sus obras históricas extensas: la *Historia de la insurrección de los Países Bajos* (*Geschichte des Abfalls der vereinten Niederlande von der spanischen Regierung*), que le valió una cátedra de Historia en la Universidad de Jena, en cuyo nombramiento influyó Goethe, que no dejaba de reconocer todo el talento de Schiller. Su nuevo puesto, sin embargo, no le aseguraba la vida, pues á él no iba unido ningún sueldo fijo (2), sino una grati-

(1) La tendencia á lo grandioso no es, en principio, favorable al artista y al poeta; la poesía quiere representar la vida: ia medida de la existencia es, pues, la suya. Cuanto más vivas son sus creaciones y más notables sus pinturas, mayor es su perfección. La tendencia á la grandeza, á lo sublime, á lo extraordinario, puede arrastrarle fácilmente á lo desmesurado, y de aquí, amenazar el arte en sus condiciones naturales. (Fischer I.)

(2) Schiller no aceptó la cátedra como profesor titular, porque no quería perder su libertad.

ficación anual de doscientos thaler (unos setecientos cincuenta francos) que le daba el Duque Carlos Augusto, y por esta causa se vió obligado á ocuparse en trabajos que le apartaban de su importante vocación. En materia de historia publicó, desde el año 90, una serie de memorias, y empezó su *Historia de la guerra de los treinta años* (*Geschichte des dreissigjaehrigen Kriegs*), que terminó en 1792.

En Mayo del 89, Schiller tomó posesión de su cargo, para cuya solemnidad leyó un discurso titulado: *Was heisst und zu welchem Ende studiert man Universalgeschichte?* «(¿Qué significa y para qué fin se estudia Historia Universal?)», que fué acogido con el mayor aplauso y produjo en la Universidad una sensación profunda. Un soplo generoso anima esas páginas elocuentes. Todo lo mejor que hay en el espíritu del siglo XVIII, el amor ardiente á la humanidad, el odio á la opresión bajo todas sus formas, el sentimiento de una solidaridad universal, de una sociedad cosmopolita regida por el derecho común, resplandece con una especie de alegría triunfante en ese programa entusiasta. (*Saint-René Taillandier*, p. 133.)

8. Con el principio del nuevo año, entró también para el poeta la felicidad doméstica, por su unión con Carlota de Laengefeld, verificada el 22 de Febrero de 1790. No pudo Schiller haber encontrado una compañera, que como aquélla se identificase de tal suerte con su manera de ser y de pensar y respondiese tan completamente á las necesidades de su corazón: mujer de carácter tierno y afectuoso, poseía clara inteligencia, y en su amor y en el interés que tomaba en los trabajos de su marido, halló Schiller perenne manantial de fortaleza y felicidad.

Pero, como sombrío huésped, entró con frecuencia la enfermedad desde el año 91 en el venturoso hogar. En Enero enfermó Schiller de una fiebre catarral, sufriendo posteriormente numerosas recaídas que le debilitaron cada vez más el pecho y le obligaron desde el principio á reducir considerablemente su actividad académica.

En aquel tiempo de enfermedad, en que sus fuerzas físicas le impedían casi por completo las tareas universitarias, su espíritu, siempre enérgico y ávido de saber, buscó fuerzas en

la filosofía de Kant. El 1.º de Enero del 92 escribía á Koerner: «Ich treibe jetzt mit grossem Eifer kantische Philosophie. Mein Entschluss ist unwiederruflich gefasst, sie nicht eher zu verlassen, bis ich sie ergründet habe, wenn mir Dieses auch drei jahre kosten koente.»

(«Estudio ahora con verdadero afán la filosofía de Kant. He tomado la resolución irrevocable de no abandonarla antes de haberla penetrado á fondo, así me tuviera que costar tres años.»)

Entre las diferentes partes del sistema, se ocupó principalmente de la estética, materia que le inspiró notables artículos, que hacen de él, en lo que se refiere á la estética, «el primer maestro de la filosofía kantiana.» (K. Fischer: *Schiller als Philosoph.*)

9. Por entonces también empezó Schiller á prestar mayor atención á los acontecimientos de la revolución francesa; pero—¡hecho extraño por parte de un genio tan claro y liberal como el suyo!—juzgó ese terrible sacudimiento social con parcialidad y, fijo únicamente en las atrocidades que se cometían, indisciplinables, mas natural efecto de la gran opresión antes sufrida, no presintió los frutos que los nuevos principios habían de sacar del sangriento caos, y perdió en la revolución toda esperanza de desarrollo y progreso humano. En sus tres primeros dramas había hecho la revolución, había expresado sentimientos y predicado procedimientos de violencia que tuvieron su plena aplicación y carácter en la revolución francesa. Pero reconciliado ahora con la sociedad constituida y convertido en el artista clásico que tiene toda su fe en el arte, no comprende y condena la violencia como medio de conquistarse los pueblos su libertad, quiere hacer triunfar los justos principios de «libertad, igualdad y fraternidad» apelando á la pura educación estética, que despierta delicados sentimientos, ennoblece el alma y educa y precisa el juicio. Así escribió su *Campana*, como especie de protesta contra los excesos y atropellos engendrados por las revoluciones, aclamando, en cambio, y bendiciendo la «concordia», traída por el orden, la ley, la paz y la armonía. Esto, sin embargo, muy hermoso en teoría, no puede siempre avenirse con la

práctica; no siempre el progreso puede realizarse por camino llano y tranquilo: á veces la violencia es signo de dignidad y de regeneradora energía, mientras la quietud puede significar la decadencia y la muerte. El propio Schiller tiene que reconocer justificado el que Guillermo Tell tome la venganza por su mano, al concluir la audacia y la crueldad del déspota por cebarse en sus sagrados sentimientos de hombre.

La república francesa de la revolución se consideraba república universal, representante de todo lo que en la humanidad significaba adelanto é interés por el progreso social, y, como consecuencia de esta apreciación «l'Assemblée Législative» concedió el título de «ciudadanos franceses» á muchos extranjeros que, de una manera ó de otra, habían merecido bien de la humanidad. Schiller fué favorecido con este decreto el 26 de Agosto del 92, bajo el nombre de «monsieur Gille, publiciste allemand» (1); pero su diploma de ciudadano, en que se le llama «ami de l'humanité», no lo recibió hasta cinco años después, por haber sido expedido sin señas, desconociéndose el paradero de su destinatario. Este documento se halla en la biblioteca de Weimar.

10. Enfrascado en los estudios filosóficos y en las leyes estéticas, su fecundidad poética había decaído notablemente y amenazaba dejar todo el campo á la investigación especulativa, cuando un acontecimiento de lo más trascendental para su vida artística y de gran importancia para las letras alemanas, le devolvió la inspiración poética, que se halló robustecida é ilustrada por sus conocimientos históricos y filosóficos.

Las varias tentativas, hechas desde el 88, para aproximar á Schiller y Goethe, habían quedado sin resultado: sus genios antitéticos no llegaban á comprenderse. La principal dificultad para tal aproximación consistía precisamente, según dice Rosenkranz «en la potencia de sus espíritus, pues el genio, con su sello peculiar, se halla rara vez inclinado á intimar con otro perteneciente al mismo arte ó á la misma cien-

(1) El *Moniteur* del 28 de Agosto, escribe «Gilleers.»

cia. Por lo mismo que crea y que produce, se coloca naturalmente en cierto aislamiento.»

Goethe tenía una naturaleza realista, Schiller idealista («*tic* realista y *tic* idealista» decían ellos más tarde); Goethe poetizaba la observación exterior ó interior, elevándose de los hechos particulares á las leyes generales: era analítico; Schiller, sumido en el ideal, era forzosamente poeta representativo y sintético, por deducir de premisas generales. Goethe, en continuo movimiento y rozándose constantemente con una multitud de hombres y de espíritus diferentes, adquirió, por ese comercio intelectual y por la contemplación de los renovados cuadros y espectáculos que incesantemente se presentaban á su observación, una riqueza de fantasía y un caudal de ideas, á cuyo grado no llegaba Schiller, por el distinto género de vida que las circunstancias le obligaban á seguir. Quebrantado de salud y con modestísimos medios económicos pasó la mayor parte de su existencia en el gabinete de trabajo, teniendo que buscar sus conocimientos principalmente en los libros. «La filosofía era para él una necesidad, á fin de dar á su poesía un contenido más profundo.» (Rosenkranz: «*Goethe, Schiller und die Genien*»).

«Detestaba á Schiller—dice Goethe—porque su talento vigoroso y reflexivo había desencadenado en Alemania el torrente de las paradojas morales y dramáticas de que había procurado purificar mi inteligencia, y temía ver completamente perdidos todos mis esfuerzos (1); éramos, por tanto, dos antípodas intelectuales á una distancia mayor que el diámetro de la tierra.» La antipatía de Goethe por Schiller se dirigía, como vemos, únicamente á sus ideas, y nunca le llevó á apreciaciones injustificadas de sus condiciones personales (2).

En cambio, Schiller atacaba á la persona de su rival, for-

(1) Á su regreso de Italia, donde había consumado su evolución artística, se halló Goethe aislado intelectualmente de los demás espíritus, que gustaban aún de las tendencias artísticas de los dramas de Schiller, considerados por aquél como un atentado contra el arte y la civilización, hasta el punto de llamar salvajes á los que se entusiasmaban con tales obras.

(2) «La cuestión de ideas es lo que separa á Goethe del autor de *Los Bandidos*; pero jamás le inspiró la envidia un juicio desfavorable.»

(Heinrich: *Histoire de la littérature allemande*, 1873, pág. 11.)

mulando contra él juicios duros y poco fundados, apreciando sus acciones como de un hombre sin sentimiento ni conciencia. «Dirigía los tiros de su odio contra el hombre, ya que no contra el artista, sin presentir siquiera que la personalidad de Goethe, en apariencia insensible, en realidad agitada por intensas pasiones, más debía aparecer á un atento observador volcán trabajosamente apagado, pero cuyos fuegos brillan en el seno de una inagotable fecundidad, que restos yermos de una indiferencia odiosa (1).

«Me haría muy desgraciado, escribía Schiller á Koerner, vivir con Goethe, porque creo que es un gran egoísta. Tiene talento para captarse la voluntad de los hombres con repetidas deferencias y buenas acciones, pero obra como un Dios, con el plan preconcebido de procurar los más grandes goces á su amor propio. Le detesto, aunque tengo una alta idea de su inteligencia, que amo profundamente; ha despertado en mi alma una mezcla singular de odio y amor muy semejante á la que Bruto y Casio sentían por César. Le mataría para amarle enseguida con todo mi corazón».

«Ha venido Goethe, escribía otra vez á Koerner, á vernos con Md. Herder y Md. Stein. No ha perdido nada la alta idea que de él me había formado, pero dudo que podamos entendernos. Mas que en años, en experiencia y desenvolvimiento personal me lleva tan inmensa ventaja, que no podremos jamás encontrarnos en nuestro camino. Como no ve el mundo con los mismos ojos que yo, todas nuestras ideas son diferentes. Nada definitivo se puede concluir, sin embargo, de esta entrevista; el tiempo sobre todo» (2).

La mutua antipatía experimentada por los dos poetas era más aparente que real, pues encerraba una secreta é involuntaria atracción, basada en el recíproco aprecio que cada uno de los émulos tenía por el talento del otro, estimación que debía terminar por una inteligencia completa, una vez que el genio de Schiller hubiese alcanzado mayor madurez. Esta feliz reconciliación se verificó á fines de Mayo de 1794.

(1) Sr. González Serrano: *Goethe, Ensayos críticos*, p. 168.

(2) Schiller admiró siempre y reconoció sin la menor envidia la superioridad del genio enciclopédico de Goethe.

Al salir, en Jena, de una sesión de la Sociedad de Historia Natural, entraron Goethe y Schiller en conversación, que se prolongó en casa de éste y que versó principalmente sobre la metamorfosis de las plantas (1), resultando de esta entrevista el principio de la armonía entre los dos poetas, que fué consolidada por la ulterior colaboración de Goethe al periódico *Las Horas (Die Horen)*, periódico exclusivamente científico y literario, que el autor de *Don Carlos* se proponía publicar, y á cuya cooperación se esforzaba en interesar las eminencias de Alemania.

El 21 de Julio fué Goethe á pasar unos días en Jena y tuvo con Schiller varias conferencias, que marcan una fecha memorable para la literatura alemana. Muy diferentes las naturalezas de los dos poetas, no eran, sin embargo, contradictorias, y sus espíritus se encontraron plenamente, sellándose entre ellos una amistad tan noble, desinteresada y afectuosa como fecunda para ambos genios y para su patria.

«La eterna disputa entre el sujeto y el objeto fué la ocasión y el principio de nuestra amistad, que había de ser eterna» (*Annales*, 389).

El idealista Schiller lo refiere todo al sujeto, mientras que el realista Goethe lo refiere todo á la naturaleza, que admira en sí misma; pero en medio de tal oposición, Goethe y Schiller se completan entre sí y se unen, «porque el fin que persiguen no puede ser llevado á cabo, según dice Weber, sino mediante el concierto de los esfuerzos de ambos para reconciliar entre sí los principios contrarios de la razón y de los sentidos, de la naturaleza y del arte, de lo objetivo y de lo subjetivo» (2).

«Los dos buscamos la verdad: tú en la vida exterior y yo en la interior; los dos la hallaremos de seguro. Con la vista clara se ve en lo exterior al Creador; con un corazón puro se contempla interiormente el mundo (3).

(1) Sobre la «planta tipo», sosteniendo Goethe que era una realidad, mientras que Schiller sólo le concedía el valor de una idea, de una representación, é irritado Goethe de esta oposición idealista, se dominó con trabajo para no romper la conferencia.

(2) Goethe, *Ensayos críticos*.

(3) Poesía de Schiller titulada «Concierto».

La ley y la naturaleza, la ley moral, que quiere dominar la naturaleza para purificarla incesantemente—la naturaleza despreocupada y fecunda, que resplandece bajo mil formas, sin preocuparse de la ley moral,—éstos eran los dos mundos opuestos en que Schiller y Goethe parecían para siempre establecidos. Schiller, concentrando sus meditaciones sobre pensamientos abstractos, había fortificado su alma y su carácter á expensas de la imaginación viva y de la inspiración creadora; Goethe, impulsado por la curiosidad de su espíritu, extendía sus estudios en todas direcciones, y satisfecho de asistir á las escenas siempre nuevas que presenta el teatro del universo, se olvidaba de desempeñar en él su papel: espectador inteligente y tranquilo, había perdido el gusto de la acción. Schiller, concentrándose, se había fortificado y empobrecido; Goethe, desplegándose, se había enriquecido y debilitado. Ambos poetas, por vías contrarias, habían llegado á un resultado semejante: la inspiración poética, el deseo de crear, de imaginar («Lust zu fabulieren») no se había apagado, pero sí velado en estos poderosos espíritus. Sentían bien, sin embargo, lo que á cada uno les faltaba; en cuanto se hallaron en presencia el uno del otro se hizo entre ellos un maravilloso cambio de ideas. Los dos se sentían otra vez poetas (*Saint-René Taillandier*, p. 63).

El 23 de Agosto de 1794 escribía Schiller á Goethe: «La contemplación de vuestro espíritu (no sabría definir de otro modo el conjunto de lo que vuestras ideas me han hecho experimentar) acaba de hacer brotar en mí una luz inesperada. Para dedicarme con éxito á ideas especulativas me faltaba el objeto, el cuerpo; vos me habéis hecho descubrir sus vestigios.»

Y el 27 le contesta Goethe: «El interés que tomáis por mis trabajos me impulsará á hacer de mis fuerzas un uso más constante y más vivo... Para mí también los días que hemos pasado reunidos abren una época nueva, y me hallo tanto más satisfecho de haber, sin gran estímulo, persistido en mi camino, que parece que después de habernos encontrado en él de manera tan inopinada, siempre le andaremos juntos. He apreciado siempre el noble y leal ardor que se revela en todo lo

que habéis escrito y hecho, y me atrevo á esperar que vos mismo me haréis conocer la marcha de vuestro espíritu, sobre todo durante los últimos años. Cuando nos hayamos ilustrado mutuamente sobre el punto á que hemos llegado, nos será más fácil trabajar constantemente en común.»

Á partir de este momento, en efecto, su unión fué tan grande é íntima, que ya no trabajaron más que como había dicho Goethe; ejercían el uno sobre el otro una influencia altamente benéfica, que cada día les era más indispensable; ya no podían vivir separados, sino que, por el contrario, mantenían estrechas y no interrumpidas relaciones por medio de frecuentes visitas y de una correspondencia semanal que es «una de las más preciosas joyas de nuestra literatura», como dice Strauss, por la cual se comunicaban recíprocamente sus impresiones acerca de sus respectivas obras, trataban de fijar los conceptos de épica, lírica y dramática, y discutían sobre prosodia, métrica y diferencias entre la antigua y la moderna arte poética.

Pero no influyeron el uno sobre el otro del mismo modo y en igual grado: Goethe solamente le debió á Schiller nuevo impulso poético, nueva excitación artística (1), una como segunda juventud, «una segunda primavera», según él mismo dice; y si bien le encargaba de hacer á los trabajos que le mandaba las correcciones que juzgara oportunas y aceptaba las modificaciones que Schiller le aconsejaba, como lo hizo, por ejemplo, en el «Wilhelm Meister», sin embargo, por efecto de su espíritu independiente y seguro, no solía someter sus obras al juicio del inteligente amigo antes de tenerlas concluídas ó poco menos.

En cambio, Goethe ejerció sobre Schiller una influencia decisiva en la dirección de su espíritu: fué para él un guía, lo sostuvo y dirigió en medio de las dificultades que encontraba en su labor y en las dudas é incertidumbres de su ánimo, aún embaigado por las preocupaciones de las leyes estéticas y filosóficas; además, le hizo ceder mucho de sus ideales y de

(1) Aunque lo he dicho varias veces, repito, porque quiero que lo sepáis, que debo á Schiller muchas poesías, pues él me ha obligado á escribirlas.—*Conversaciones entre Goethe y Celsermann.*

sus procedimientos apriorísticos, acostumbrándole á ver poesía en la vida y á atenerse sólo á lo estético, abandonando un tanto la filosofía. Así escribía ya Schiller en 1796: «Para nada son necesarios los consuelos de las especulaciones filosóficas á un espíritu verdaderamente arístico, porque la estética contiene en sí lo substancial y lo infinito. No ha menester, según decís, la bella naturaleza humana ni de moral, ni de derecho natural, ni de Metafísica... Basta lo que en vos sustituye el poder especulativo. Presumo que estaríamos de acuerdo si pudiera poetizar con vuestras concepciones lo que he dicho á mi manera en las cartas sobre la educación estética.» Y en Junio del 97, después de una temporada que Goethe había pasado con él, le escribía: «Estas cuatro últimas semanas han echado en mi espíritu sólidos fundamentos para el porvenir. Me han corregido de la funesta disposición que me llevaba de lo general á lo particular, y me han enseñado cómo de un caso individual se eleva uno á las grandes leyes. El punto del cual partís es siempre pequeño, estrecho, pero siempre me conduce á lo extenso, donde todo mi ser se dilata con plena libertad, mientras que en el camino que sigo con tanto gusto cuando estoy abandonado á mí mismo veo siempre el espacio estrecharse alrededor mío y experimento la impresión desagradable de hallarme al final más pobre que al principio.»

ENRIQUE LICKEFETT Y ENGLISH.

(Continuará.)

LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO ⁽¹⁾

Juzgando el mismo Von Kirckenheim la obra de Bellamy, escribe: «Pasa sencillamente por alto los más graves problemas, como el referente al aumento de la población, etc., y describe de una manera confusa el modo como ha ido verificándose la transición de la antigua á la nueva sociedad. Seguramente es un fin levantado, ideal, el que el autor propone por boca de un predicador. La cuestión ¿qué comeremos? ¿qué beberemos? debe resolverse como un problema social; el rosal de la humanidad será trasplantado desde el pantano del egoísmo á una tierra mejor, para que llene el mundo con su perfume; todo esto es muy hermoso, pero es un idealismo exagerado. En el mundo de Bellamy reina la desigualdad: la vida de la familia está reducida á muy poca cosa, pues los mismos hijos están dispensados de aceptar, sea lo que quiera, algo de sus padres, porque sería para ellos una humillación; la libertad política no existe hasta los cuarenta y cinco años; la vanidad y la ambición (también hay bandas y condecoraciones), son los resortes con los que sustituye la lucha natural por el pan cotidiano y el amor del progreso; por último, este Estado del porvenir tiene lamentable semejanza con la Orden y el Estado de los jesuitas. Por otra parte, la conclusión de la *mirada retrospectiva* es, en la primera edición, una crítica de las más acerbas. Cuando Mr. West reconoció á Edith, á la biznieta de su prometida, que después de un largo duelo se había casado, recae en un profundo sueño y se despierta en el año 1887: ¡era un sueño! Se precipita á la calle... es la antigua miseria social: vuelve á la casa de su prometida, y allí encuentra personas conocidas».

(1) Véase la pág. 79 de este tomo.

Después de estudiar y apreciar Von Kirckenheim, y por cierto no muy favorablemente, los libros de Bellamy, menciona algunos utopistas que no sin razón considera como precursores de éste, desprendiéndose de sus indicaciones que, así en cuanto á la idea general, como en la misma forma de desarrollarla, siguió las huellas de otros que muchos años antes le marcaron la ruta. «Un escritor—dice como prueba de su aserto—se dedicaba ya en 1764 á escribir una obra que debía apasionar á todas las clases sociales. Esta obra apareció en 1770 con el título de *El año 2240*. Experimentamos cierta sorpresa viendo cómo un autor tuvo por primera vez el pensamiento de hacer sensible la mejora apetecida, presentándola en un Estado colocado á distancia en la continuación de los tiempos, cuando hasta entonces se trasportaban los Estados imaginarios al extremo del Océano, bajo el Ecuador y otros países fantásticos. Nos muestra sencillamente la vida pública y privada de los franceses en el año 2440 en lugar del año 1772, y puede verse en su narración el primero de esos cuadros del porvenir, que tan en boga están en nuestros días. El autor anónimo de esta obra es indudablemente Luis Sebastián Mercier, traductor de *La doncella de Orleans*, de Schiller, y autor del *Tableau de París*, libro bastante leído, que le produjo no pocos tropiezos con la policía. Dicha obra trata de toda clase de cosas, y el narrador, que se duerme en la víspera (1770), no se despierta hasta después de 670 años. Se ve desfilar á todo París, y ciertamente se encuentran algunas ideas sobre la forma del Estado y sobre economía política, pero el autor no dice mucho de nuevo y se paga de pequeñeces. Todo será magnífico, *no se trabajará extraordinariamente, y el trabajo agrícola, frecuentemente interrumpido por juegos y bailes, se realizará antes que todo otro trabajo*. En la Francia del siglo XXV tres cosas son meritorias, *dar á luz un hijo, cultivar un campo y edificar una casa.*»

«Si este libro—añade Von Kirckenheim—es muy interesante por ser el primer cuadro del porvenir, lo es todavía más por la exacta previsión de los acontecimientos que se preparan, y de otros ya en parte realizados. Es verdad que el autor se equivoca cuando coloca en su *Tableau de l'avenir* muchos

acontecimientos en el año 2440; pero sucede con bastante frecuencia que en la vida real, por ser vertiginosa, los sucesos se anticipan. La parte más curiosa es tal vez la visita á un gabinete de lectura, donde se encuentran periódicos de todos los países. Lo que sabemos allí produce estupefacción; el narrador se apodera ávidamente de un periódico de doble tamaño que el mayor de los actuales ingleses, y da á conocer lo que sigue: El Japón se ha abierto á los extranjeros; las obras europeas, de Montesquieu, Beccaria, etc., han sido traducidas al japonés; en Rusia, que tiene cuarenta y cinco millones de habitantes, se ha suprimido la servidumbre; de Inglaterra se dice que va á inaugurar el monumento de Cromwell, y de Austria que tiene siete encantadoras princesas para casar. También la Academia de Nápoles ha fundado un premio para el mejor tratado sobre la importancia de los cardenales en en el siglo XVIII. La última noticia de Roma anuncia que el Emperador de Italia ha recibido en el Capitolio al Obispo de Roma, que ha ofrecido al monarca sus respetuosas felicitaciones.»

El que Mercier y algún otro *utopista* del siglo XVIII se anticiparan á Bellamy, como afirma y demuestra Kirchenheim, en trazar, tal cual lo concebían, el cuadro del porvenir, iniciando la evolución última del *utopismo*, no quita su mérito al escritor socialista americano, ni siquiera le despoja de la originalidad. Su descripción de la sociedad al finalizar el siglo XX es verdaderamente nueva en su desarrollo, revela un ingenio grande y una imaginación fecunda, y aun cuando en ella se traducen las ideas de determinada escuela socialista, y así el conjunto como muchos de sus detalles, lo mismo que la parte que dedica al estudio de la historia del siglo XIX, ofrecen caracteres y rasgos que á él sólo pertenecen. Demostración de ello nos la ofrecen las dos descripciones, rebosantes de poesía, en las que, hasta cierto punto, puede decirse que condensa la psicología de los individuos y de las colectividades de nuestra época. En la una compara á la sociedad actual con «un coche gigantesco, al que está enganchada una masa de hombres que lo arrastran penosamente, que tiene en lo alto muchos y agradables puestos, muy cómodos y apete-

cidos, pero poco seguros, y que cuando á consecuencia de una sacudida brusca son arrojados fuera algunos de los ocupantes, deben colocarse en el tiro y sustituirles otros en el puesto que perdieron». La otra es puesta en boca de Edith, que decía: «El paraguas individual es la imagen favorita de mi padre cuando quiere hacer notar la antigua manera según la cual cada uno vive para sí; en nuestra galería artística se encuentra un cuadro, del siglo XIX, que representa á una multitud de hombres bajo la lluvia; cada uno se tapa con su paraguas y tapa á su mujer, dejando que el vecino se moje. Mi padre decía que el pintor había hecho como una sátira de su época». «Este cuadro—ha escrito como comentario uno de los publicistas citados—significa el antagonismo de las ideas: en el siglo XIX, el individualismo; en el siglo XXI, el socialismo.»

Mr. Emilio de Laveleye se ha ocupado también con alguna detención de las concepciones utópicas de Bellamy, reconociendo su importancia, señalando sus defectos y dando á conocer lo que de bueno encierran, sus tendencias y su alcance en el terreno económico-social. Al emitir su juicio en el trabajo que con el título de *Deux utopies nouvelles* publicó en la *Contemporary Review*, de Londres (Enero de 1890), decía: «Dicho libro está bien compuesto y bien escrito, apoderándose su lectura de la imaginación. Su autor, muy al corriente de las doctrinas económicas, se esfuerza en refutar las objeciones que pueden hacérsele bajo este punto de vista, y le da también un valor científico de que carecen los sueños de una sociedad nueva esparcidos hasta el presente. Por último, el extraordinario éxito de este pequeño volumen, que recuerda el que en el mundo anglo-sajón obtuvo *Progress and Poverty*, de Henry George, es un signo del tiempo, cuya significación no puede desconocerse».

Mr. de Laveleye hace una exposición clarísima de la utopía a que venimos refiriéndonos, y con tal motivo examina las objeciones que le han sido hechas y pueden hacérsele. Respecto á las que se refieren á la doctrina de las funciones, punto interesantísimo de la teoría de Bellamy, manifiesta que «tanto en la Iglesia como en el Ejército es la autoridad quien dis-

tribuye las funciones; pero en la nueva sociedad la dificultad sería grande por tratarse de todas las ramas de la producción, abiertas de igual modo á todos los ciudadanos, que habrían recibido la misma educación, siendo evidente que la elección de todos recaería sobre las ocupaciones más agradables, y que serían abandonadas las otras»; que Mr. Bellamy ha imaginado un medio, «no concebido por sus predecesores, para obviar este inconveniente, el de que las horas de trabajo sean tanto menores cuanto la faena sea más penosa y poco atractiva»; que con mucha frecuencia «sería imposible aplicar este sistema, pues si se toma, por ejemplo, el trabajo de los mineros en las hulleras, sería preciso hacerlo cortísimo para atraer á los obreros, y entonces se ofrecería una continuada procesión de trabajadores que subiesen y bajasen, lo cual haría imposible la explotación, aconteciendo lo mismo en el de mantener el fuego en las calderas de vapor de los navíos, pues sería preciso embarcar un ejército de fogoneros»; y que, no obstante, «la idea de reducir la jornada en razón de lo que tenga la faena de dura y repulsiva, es justa en principio, y puede ser aplicada en toda organización racional de la industria».

Considera como la más capital la objeción hecha al sistema de distribución de los productos formulado por Mr. Bellamy, y dice: «El interés personal es el resorte universal del mundo económico. El obrero no hace todo lo que puede hacer sino cuando la remuneración es proporcionada á la faena, lo cual es tal vez doloroso, pero que efectivamente sucede. Hé aquí un hecho que lo comprueba. Después de la revolución de 1848, Luis Blanc organizó un taller con arreglo á sus principios igualitarios: el salario era el mismo para todos, publicándose los nombres de los perezosos. Se pagaba muy bien el trabajo, porque su objeto era proporcionar á la Guardia Nacional los uniformes, encargados por el Estado. Al principio todo iba bien: los trabajadores eran socialistas resueltos que consideraban punto de honor el contribuir al éxito del nuevo sistema; pero no tardó en desaparecer la inteligencia. Los más laboriosos ó inteligentes acusaban de pereza á los que lo eran menos, creyéndose víctimas de una injusti-

cia irritante porque su remuneración no guardaba relación con su celo; les parecía irresistible el continuar siendo explotados. De ahí sobrevinieron reclamaciones, querellas y luchas, y el templo de la fraternidad se transformó en todo lo contrario».

«Es verdad—añade—que Mr. Bellamy no renuncia por completo á poner en juego las dos mayores potencias móviles de las acciones humanas, la pena y la recompensa. La pena es ésta: *un hombre capaz de cumplir con su deber, y que se niega obstinadamente á cumplirlo, es separado de toda relación humana.* ¿Quiere decir esto que el perezoso será muerto ó aprisionado, ó reducido á morir de hambre? En cualquier caso es la coacción. Pero ¿quién la aplicará y en qué casos? Será muy raro el que haya alguien que en absoluto se niegue á hacer algo. El que trabaje lo menos posible y mal, ¿será castigado, ó recibirá el mismo salario que los otros? El Estado no podrá despedir al mal obrero, como hoy se hace, porque como no habrá empresas particulares, al despedirle le enviaría á la muerte. Cuando su remuneración está en relación con la obra hecha, se favorece la actividad, y, por el contrario, la ociosidad es alimentada por la igualdad de los salarios. Pero el honor—dice Bellamy—será una recompensa suficiente, puesto que hoy mismo determina al hombre á sacrificarlo todo, aun la vida. Indudablemente el honor ha inspirado actos sublimes, pero no puede ser el móvil del trabajo, el móvil de la industria, y no llegará á vencer los instintos egoístas, la repugnancia que inspiran ciertos trabajos, ó la monotonía de la faena cotidiana: puede hacer un héroe, mas no un obrero.»

Como nuestro objeto al extractar una parte del concienzudo estudio de Mr. de Laveleye referente á las dos utopias de Bellamy, complementaria y explicativa la una de la otra, ha sido únicamente dar á conocer, en cuanto se relaciona con el particular que nos ocupa, el juicio que le han merecido, prescindiremos por ahora de otras no menos interesantes consideraciones. Conocida es de todos la escuela económico-social en que Mr. de Laveleye milita, ocupando en ella puesto preeminente, y por lo tanto, es fácilmente comprensible su criterio. Podemos decir que éste se halla claramente expresado

en las siguientes líneas: «En la sociedad de Bellamy el actual funesto capitalismo resulta condenado, más que por la fuerza de los argumentos aducidos en su contra, por la incontestable del hecho, por la comparación entre lo que ahora ha sido á él debido, que todos sentimos y de lo que todos nos lamentamos, y lo que sucederá una vez desaparecido de la faz de la tierra; la mujer aparece redimida y realzada, pues su vida no dependerá de un contrato de matrimonio, que en lo general reviste todos los caracteres del de compra-venta, cuya transformación en su esencia y en sus accesorios y formas reclama también la ciencia del derecho, pues «igualada la condición económica de ambos sexos, y desaparecida la razón de ser de la prostitución nupcial ó de la libre, se bastará con su propia belleza para conquistar realmente al hombre que crea habrá de labrar su felicidad en la tierra»; desaparecerán las nacionalidades porque no habrá sino la humanidad; los ejércitos, mensajeros de la desolación, serán sustituidos por los ejércitos industriales, ejércitos de paz, cuyas armas serán los instrumentos de la producción, y cuya lucha se encaminará por la noble emulación de aumentar el bienestar. Los libros de Bellamy son, pues, sueños gratisimos, como lo fueron los de los demás utopistas, por lo cual los de éstos encierran grandes verdades. Muchos de ellos pueden realizarse, y hoy mismo se ve posible su realización. Otra parte es irrealizable; su práctica daría lugar á resultados opuestos á los que se prometen. No constituyen, por lo tanto, una labor infructífera, ni deben mirarse con menosprecio. De las utopias antiguas resultaron reformas que hoy producen bienes; de las nuevas resultarán otras también beneficiosas».

IV

Después de Bellamy, el utopismo, que parecía agonizante y poco en armonía con el espíritu de los pueblos en los últimos años del siglo XIX, toma nueva vida y alcanza un desarrollo que sorprende y, á primera vista, no se explica. Pero si se atiende al carácter cada día más pronunciadamente científico

que van tomando las utopías, á que éstas, en lo general, más que otra cosa son expresión, en forma más ó menos ligera y atractiva, de los distintos sistemas económico-sociales, tanto de los que traducen las ideas de las escuelas socialistas, como de los que reciben la inspiración de los llamados *libertarios*, y á que casi exclusivamente el objeto de sus autores es la vulgarización de tales sistemas é ideas, se percibe la razón del indicado renacimiento y se comprende que hombres científicos eminentes, verdaderos sabios, sean sus más resueltos cultivadores. Entre estas utopías, á cuyo lado aparecieron violentísimas impugnaciones del *Año dos mil* y de *Un año después*, cuales la de E. Muller, R. Michaelis y Laicus, se ofrecen algunas que también respondían al propósito de fustigar á Bellamy, otras que Kirchenheim califica de plagios de éste y no pocas que deben reputarse como imitaciones.

Entre las primeras debemos señalar la dada á luz por H. Wilbrardt, quien en ella «hace referir á Federico Ost sus aventuras en el mundo de Bellamy, al despertarse, después de haber sido enterrado vivo, en 23 de Octubre del 2001, sufriendo decepciones sobre decepciones»; la de E. Muller, que «hace trazar al mismo Julián Wester en 2037 una revista retrospectiva sobre el año dos mil», de la que no sale muy bien parada aquella sociedad, y la de R. Michaelis, en la que llega la impugnación hasta la burla, sin exceptuar de ésta ni lo que verdaderamente tienen de plausible las concepciones de Bellamy.

Respecto á las segundas, dice Kirchenheim: «Entre los plagiarios de Bellamy citaremos solamente *Les nouvelles de Noo-vhas*, descripción de las condiciones sociales de Londres en el año 2003, por William Moris, que no corresponde con la celebridad del autor del *Paraiso terrenal*; un libro del singularísimo Ignacio Jonelly, que ha descubierto en Shakespeare el gran *kriptógamo*, y *La cologne de César*, cartas escritas por Sabral Weltztein, ciudadano de Ouganda, estado del centro de Africa». Á estas, agrega *Maschina Zeitalter*, por Jernarels; *Alton Lock*, por Kugsley; *Une grève et ses suites*, por Maurice Block.

Son varias las producciones que, cual *La tierra de la liber-*

tad, de F. Americh, preconizadora de la *nacionalización* de todos los productos, y la anónima titulada *Dans le royaume des femmes*, que, como su mismo epígrafe lo indica, asigna todas las funciones públicas, sin excluir la presidencia de la República, á las mujeres, tratan las cuestiones sociales, criticando duramente la actual organización económica, y siguiendo la ruta trazada por Bellamy. La importancia de todas ellas es bastante escasa, por serlo también su originalidad, ocupándose muy poco del trabajo, de su organización y de los numerosos individuos, los más útiles á la sociedad, que en él y de él viven, obreros intelectuales y manuales, que todos lo son igualmente, sin embargo de que, como dice el autor del *Reino de las mujeres*, «su miseria es espantosa, y lo que la hace más triste, sin remedio visible», condición terrible que echa por tierra los optimismos de los ciegos defensores del presente.

Mayor mérito tiene, más interés y miras más elevadas, mereciendo por lo mismo el especial estudio que de ella se ha hecho por varios escritores y su traducción á distintos idiomas, *La tierra libre*, debida á Teodoro Hertzka, de Budapest, cuya primera edición apareció en Leipzig en Octubre de 1883. «*La tierra libre*, escribe el publicista citado anteriormente, es una robinsonada bajo la forma de cartas, algunas de las cuales son muy instructivas. Proviene, en su mayor parte, del Dr. Sthal, bajo cuyo nombre se oculta el heroico Hertzka. Con el objeto de crear una sociedad libre, hace el Dr. Sthal una llamada que es acogida muy favorablemente. Conquista á un pequeño número de personas inteligentes, y con ellas ocupa el espléndido valle de Kenia, comarca desierta situada cerca del Ecuador. Como se ve, este comienzo tiene semejanza con el de Campanella. No tardó en desarrollarse un gran poder, reconocible en la fuerza y riqueza de sus habitantes, tanto como en la perfección de sus instituciones sociales. Un año después ya había 35.000 habitantes, de los cuales 27.000 eran trabajadores, reunidos en 218 asociaciones, y después de un período de diez años, había llegado el país al grado más alto de cultura. Aquí encontramos una vez más al Estado perfecto. En una maravillosa comarca se eleva

en anfiteatro la ciudad de Edenthal. En ella se encuentra reunido todo el confort de los tiempos presentes y futuros, y el mismo Cabet es sobrepujado en bastante...» «Entre vosotros, en Europa, dice un joven de *tierra libre*, fuera de la apática juventud, nadie conoce esa plácida alegría que aquí irradia sobre las frentes. Vivís en el seno de una atmósfera de miseria, y lleváis todos una marca de sufrimiento interno impresa en el rostro. Únicamente aquí, sobre la *tierra libre*, es donde se ven rostros verdaderamente humanos, porque no hay miseria sin esperanza, y porque un interés personal moderado agrupa la actividad de cada uno y entraña la alegría que produce el sentimiento de perseguir un objeto asegurado. De aquí también una amistad sincera y un sentimiento común de satisfacción, en lugar de esa sociabilidad que hace de los europeos una especie de mascarada.»

Si esta pintura, de la que, en obsequio á la brevedad, hemos omitido algunos detalles, revela el carácter general de todas las *utopías*, no lo revelan menos los medios por los que se supone haberse llegado á situación tan envidiable. Ésta es debida «á la organización particular de *tierra libre*, á la solidaridad de los intereses, á la libertad de elegir su trabajo. á la asociación y á la vida pública constante. En *tierra libre* cada uno sabe en cualquier momento cuáles son las ramas de la producción más fructíferas y cada uno tiene el derecho de dedicarse al trabajo que le acomode. Todo descansa en el principio de la asociación y se poseen estatutos modelos. El suelo no puede ser objeto de un derecho de propiedad, no habiendo otros derechos que los de usufructo, uso y habitación. Evidentemente, es lo esencial el que cada uno reciba una parte del producto neto, según su intervención en el trabajo, la contribución al mismo de los miembros más activos, directores, etc., determinada de una manera especial». La *tierra libre*, como todas las utopías, es la perfección misma. En ella no hay trabajo deshonroso, cada uno se sirve á sí propio y todo trabajo aprovecha á la comunidad. Ésta es una idea generosa; pero ¿no es la misma en todas las asociaciones? Es muy sabido que la idea de la asociación no proviene de Hertzka. El problema es resuelto por él de una manera

económica, toda vez que se prescinde de las rentas territoriales, los intereses del capital y los beneficios de la empresa, peligrosa trinidad que constituye nuestro *asalariato* mercenario; todo esto se confunde en un producto del trabajo, del que se deduce el treinta y cinco por ciento. En *tierra libre* todo tiende á nacionalizar el trabajo, pero sin destruir los factores económicos. Nos encontramos delante de un elevado individualismo, cuyo rasgo característico es el que para un empresario debe ser un verdadero placer, el vivir en esta tierra de *Africanaan* con sus centenares de asociaciones. Pero ¿y para los otros? ¿Se asociará á la atrevida especulación la elección de los negocios realmente buenos? ¿Qué sucederá con el aumento de la población? Con Hertzka puede responderse que «un aumento considerable conviene más al fin que le perjudica». Los utopistas antiguos fueron tal vez más hábiles al abordar resueltamente el problema.

V

Terminaremos ya el imperfectísimo estudio de las *utopias* y de los *utopistas*, que hemos procurado circunscribir á la parte que nos ocupa del llamado *problema social*, cuya trascendencia es mayor cada día, buscando su solución escuelas que sustentan los más opuestos principios, que preocupa en alto grado á todos los pueblos y á todas las clases que los constituyen, y que, por lo tanto, interesa también grandemente á los poderes públicos: es la cuestión pavorosa que planteó el siglo XIX y cuya solución corresponde y tendrá lugar en el XX. Partes principalísimas del mismo, constituyendo dentro de él otras cuestiones de no menor gravedad, lo son cuantas se relacionan con el trabajo y con su organización, y lo son tanto que mientras no se consiga encontrar su fórmula resolutoria quedará en pie el problema general.

Proyectos de completa transformación social, de modificación más ó menos radical de la actuación del trabajo en sus distintas ramas, de su manera de ser y de la vida del trabaja-

dor, vienen á ser, como hemos visto, todas las utopías, lo mismo aquellas que casi exclusivamente pueden calificarse de ensueños, que las modernas, que encierran más ó menos completos sistemas subordinados á las doctrinas socialistas, ó á las del exagerado individualismo.

Así acontece, entre otras concepciones, con la *República* y el *Libro de las leyes*, de Platón; con la *Utopía*, de Tomás Morus; con *La Ciudad del Sol*, de Tomás Campanella; con *La Oceanas*, de Harrigton; con *La Nueva Atlantis*, de Bacón; con el *Essay of projectis*, de Daniel de Foe; con el *Mundus alter*, de Hal; con la *Tarento* y la *Isla de los placeres*, de Fenelón; con la *Basiliada*, de Morelly; con *El descubrimiento austral*, de Retif de la Bretonne, y con la *Icaria*, de Cabet. Todos parten de un comunismo más ó menos pronunciado, todos condenan la organización social de sus respectivas épocas, todos se fijan en la vida de las industrias, y exceptuando los nacidos en la antigüedad, todos procuran realzar la significación del trabajo y mejorar la suerte del trabajador, colocando aquél sobre nuevas bases, haciéndole menos penoso y más atractivo y conformándole con la igualdad y la justicia. Llenos de ilusiones, verdaderos soñadores, creyeron en la posibilidad de la sociedad por ellos ideada, y en que la tierra, por efecto de esta implantación, dejando de ser un *valle de lágrimas*, se convertiría en mansión venturosa. Sus esfuerzos no han sido con todo inútiles, ni pasaron sus lucubraciones sin dejar huellas: varias de sus ideas, y muy en particular las que al trabajo y al trabajador afectan, han sido recogidas, no ya por sus directos sucesores, sino por los sociólogos y por economistas de la escuela crítica.

Proyectos de índole parecida, y aun igual, si bien la parte económica comenzaba con ellos á ser la preponderante, lo fueron también las creaciones de los por Mr. Jay calificados de «reformadores los más audaces de la época actual», ó sea de Roberto Owen, San Simón y Fourier, soñadores entusiasmados á quienes, según dicho escritor «debe atribuirse grande influencia en las seducciones de la novedad, en el deseo natural de mejoras inmediatas y especialmente el anuncio empírico de los medios propios para establecer entre todos los indi-

viduos de la sociedad una representación igual de los bienes materiales».

Proyectos y soluciones parecidas son, por último, los que ofrecen algunos de los utopistas de nuestros días, de quienes hemos hecho especial referencia, Secretan, Bellamy y sus imitadores, científicos principalmente, si acuden á la imaginación, si emplean la forma novelesca, si no desatienden los modelos que el utopismo anterior en sus diversas fases les ofreciera, es, conforme hemos indicado, para hacer más accesibles y para dar á conocer mejor sus sistemas. De sus predecesores han tomado, á más del ropaje, no pocas ideas, de las escuelas socialistas, y algunos de los individualistas, muchas de las doctrinas, y tanto como Fourier, San Simón y Owen y más que los otros utopistas, han procurado colocar los cimientos del nuevo régimen industrial, organizar el trabajo, librar á éste y al trabajador de la explotación de que hoy son víctimas, distribuir equitativamente los productos, normalizar la circulación, poner término á la desenfrenada concurrencia, armonizar y enaltecer las profesiones todas, sustituir á las actuales y desastrosas luchas de todos los órdenes otras fecundas en bienes, reunir por un lazo de amor, de altruísmo, á la humanidad entera, é implantar sobre toda la superficie del globo el reinado de la verdadera justicia.

No queremos decir, al señalar la uniformidad de varios de los rasgos más salientes y de los caracteres esenciales del utopismo, que éste no haya sufrido los efectos de la ley universal de la evolución, que se haya mantenido inalterable en el largo transcurso de los siglos, que no haya ido adaptándose á las sociedades. Nada más lejos de nuestro ánimo. Basta una ligera ojeada de las distintas utopias para penetrarse de los cambios que en ellas han ido determinándose. Entre las concepciones de Platón, Morus, Campanella, Daniel de Foe, Morelly, Fourier, San Simón, Owen, Cabet, Mercier, Secretan, Bellamy, Hertzka, por ejemplo, hay diferencias que distancian á los unos de los otros, y que al mismo tiempo ponen de manifiesto las que existían entre las respectivas épocas. Pero también hace conocer en ellas algo que ha quedado subsistente. La tendencia general consiste en trazar el cuadro

de la sociedad futura perfecta, depurada de todos los vicios y libre de todos los males, desigualdades, injusticias, opresiones y opresiones que han venido manifestándose desde los orígenes de los pueblos; el principio que puede decirse común es el contrario á las formas históricas de constitución de la propiedad; el estilo usado es el novelesco, y así en otros extremos capitales. En lo accidental, en lo accesorio, en lo particularizado, es donde se encuentran las transformaciones efectivas. Esto es lo que ha acontecido respecto al trabajo y á su organización. Hasta en los libros de Platón que, influido por el medio ambiente de la antigüedad, se aparta en este particular de las ideas generales, hay algo que toca con *El año dos mil y Un año después*, de Edgar Bellamy, con la *Tierra libre*, de Hertzka, y con las utopias de los *libertarios*. Mucho de lo que respecto á la organización del trabajo escribieron los utopistas no admite discusión seria; son sueños que rechazan las modernas civilizaciones, que en dirección muy distinta buscan su ideal. Así pensamos dejarlo evidenciado en la inmediata y última parte de nuestro estudio.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

ESTUDIOS MILITARES

EL ARTE DE LA GUERRA

POEMA ESCRITO POR FEDERICO II, REY DE PRUSIA, TRADUCCIÓN CASTELLANA DE D. JENARO FIGUEROA, PRIMER TENIENTE DE REALES GUARDIAS ESPAÑOLAS (I).

Prólogo del traductor.

Apenas hay obra, ya sea original ó traducida, que no tenga necesidad de prólogo, para hacer el Autor ó Traductor algunas advertencias en su abono; y aunque esta es tan corta y compendiosa, no me ha parecido del caso dexar de hacer algunas, como para responder de antemano á los reparos que algunos podrían hacerme, ó harán en efecto.

He escogido las distintas especies de versos, hasta la del libre también en algunas partes, por la facilidad y brevedad que me ofrecía la traducción de este modo, y por el justo miedo, de que sujetándome servilmente á la dura ley del consonante, y á una sola clase de versos, hubieran salido muchos tan duros como la misma ley, obligado varias veces insensiblemente á acomodarlos al sonsonete de las dos últi-

(I) Siendo ya rara la traducción de este interesante poema, que en 1793 publicó el oficial de nuestro ejército que queda mencionado, nos hemos decidido á reproducirlo, en la seguridad de que ha de agradar á nuestros lectores el poseer y conservar tan curioso escrito, que, si como obra poética no puede presentarse como un monumento, no carece, sin embargo, de mérito por la extraña forma de exponer los áridos principios de la *Milicia* y por la autoridad y circunstancias de su autor. Demás de esto, el trabajo del teniente Figueroa, como traductor, es digno de estima por muchos conceptos.

mas sílabas, y á una medida constante, atando así corto á la imaginación, la qual con tanta mayor felicidad y acierto hace correr la pluma, quanta más libertad tiene de esplayarse, y de tirar por aquel camino que primero se la ofrezca.

En quanto al uso de algunas palabras antiquadas, me refiero á lo que dice á favor de ellas en el Prólogo de sus Poemas el famoso Poeta de estos tiempos conocido por Batilo, y el que ha conseguido en ellos con sus versos renovar los dorados siglos de los Garcilasos, Herreras, Leones y otros, mereciendo con justa razón ser llamado el regocijo de nuestras Musas Castellanas. Sus razones, como he dado á entender, son las mías, y por tanto no he dexado de usar tal qual palabra antiquada quando me ha venido á pelo.

He suprimido algunos versos por evitar en parte la repetición, que es enfadosa aun en la prosa, é inevitable en una obra de enseñanza, en que debe inculcarse á cada paso sobre los preceptos dados, y algunos otros tambien por si caía la traducción en manos de algún Lector imprudente y poco reflexivo, que tergiversando la intención del Rey de Prusia, le hiciese poco favor, como lo podrán advertir los que vean ó tengan el original. En cambio de esto no he tenido el menor reparo en añadir lo que me ha parecido que era del caso, como lo es en una obrita como esta, que contiene varios exemplos militares, el citar por mayor algunos de los gloriosísimos que en todos tiempos ha dado con preferencia á otras muchas nuestra Nación Española.

Concluyo con decir, que pensé dar á corregir este mi trabajo, y en efecto le eché esta carga á un amigo que se ofreció muy ingenuo á servirme con imparcialidad: díxome al cabo de algunos días, que pensaba corregirme algunos defectos en los primeros Cantos y que me devolvería la traducción enmendada; pero sus horas deben haber sido tan ocupadas, que la de mi corrección no ha llegado todavia: y habiendo yo en este ínterin agarrado el borrador en algunos ratos ociosos, y corregido algunas cosas, me resolví á no darla á corregir de nuevo, persuadido á que si no tenía mérito, y el Corrector se lo daba, la gloria debía ser para él, queriendo yo con esto para mí solo las alabanzas ó los vitupe-

rios. Y así confiado en que los que lean esta traducción contemplarán que los preceptos materiales son el asunto más estéril que hay para la poesía, me he determinado á que salga al Público desnuda de auxilio, y tal, qual ha sido compuesta por mi corto ingenio, y novicia pluma.

CANTO I.º

La Disciplina.

Las armas, el furor, la ciencia canto
del iracundo y belicoso Marte,
de la guerra el estruendo, y todo quanto
en sí encierra y contiene el marcial Arte.
Y á tí, gloriosa rama
de Brandenburgo, á quien el hado llama
para aumento, esplendor, gloria y consuelo
de este Prusiano suelo
y feliz Monarquía,
á tí la Musa mía
dirige de su voz el ronco acento.
Presta, pues, oído atento
á aquestas solas reglas generales,
lecciones paternas
de un anciano soldado,
que en la guerra criado,
aprendiendo el oficio entre batallas,
y encaneciendo en dallas,
piensa con su experiencia y su memoria
encaminarte al Templo de la Gloria.

No bastan en la guerra los aprestos
de armas, caballos, balas y soldados
á sostener por sí de las Naciones
el honor y la gloria; es necesario
aprender por principios
y acertados preceptos
el Arte de la Guerra; así se aspira

á las acciones que la tierra admira.

Logren, hijo, mis versos
las heroicas virtudes enseñarte
que forman consumados Generales.
El valor, la constancia,
la astucia, la prudencia y vigilancia,
y aun el sobrepujar á todo el Arte,
las lecciones siguiendo del Dios Marte.
Pero no esperes que valido acaso
del fuego que me preste la Poesía,
con la gloria pretenda deslumbrarte
y el pecho de ira y de furor llenarte.

No creas que á un Atila por modelo
te proponga jamás; un Marco Aurelio,
un Tito y un Trajano honor del mundo,
que virtud y piedad tuvo hermanadas,
son en la escuela los exemplos dignos
que seguir debes; y antes que tus glorias
se manchen ú obscurezcan,
los laureles perezcan
si la crueldad entrare en tus victorias.

¡Oh bienhechora Paz, de los humanos
contento, gloria y gusto, y tú que velas
oh genio tutelar sobre la Prusia!
Defended la Nación de los insultos
que produce la guerra
y debastan la tierra,
arruinando los campos, las Ciudades,
y por largas edades
dexando las reliquias
é infelices vestigios
del crudo azote de su insana furia.

Permite, sí, que siempre
gozando de reposo
el labrador, gozoso
para sí solo coja
los frutos con que el cielo recompensa
su sudor y fatiga.

Que Themis la inocencia
satisfaga, y reprima
la injusta iniquidad, que nuestras flotas
sulquen el ancho mar sin más recelo
que el del ayrado cielo,
y que Minerva inspire nuestras leyes,
sabiamente dictadas por los Reyes.

Pero si despreciando
un infiel enemigo
de la Paz el sagrado juramento,
la amistad quebrantare y la fe dada,
entonces, oh Prusianos,
el venir á las manos
y el desnudar la vengadora espada
es forzoso y preciso; que en tal trance
el cielo os sea propicio,
y que con sus auxílios
sostengais vuestra causa batallando
y al contrario atrevido escarmentando.

Y tú, Dios de las armas,
Dios tremendo y ayrado,
inspírame las máximas del Arte.
Y vosotras, oh Musas, que en la orilla
del sagrado Permeso
habitais todas nueve, á vos invoco.

Suavizad algún poco
la ya cansada y ronca trompa mía,
llenadla de armonía
para que cante osado
al Dios de las batallas colocado
sobre el alto Parnaso, y á vosotras
armadas por su mano.

Mas no para cantar de amor tirano
los gustos, los placeres, las delicias,
quiebras y sinsabores,
que llenan de dolores
el corazón humano;
ni las debilidades y flaquezas

que grandes Generales cometieron
y el lustre de su gloria obscurecieron.

En buen hora sus males
del Ponto el Poeta alivie
con versos ensalzando
al Dios su causador; mi Musa solo
cantará de Vulcano el rayo fiero,
que en el Etna forxado
y venido á las manos del guerrero,
los muros derribando
y columnas batiendo
decide del destino de los Reyes
y á su impulso renueva ó quita leyes.

Pintaré la arma doble
que en Bayona inventada,
uniendo al fuego la templada punta,
de lejos y de cerca es respetada.
Verás como sagaz, como tranquilo
en medio del horror de la batalla,
se repara el desorden, se socorre
á la parte más flaca,
se abren siempre caminos
y al Arte se sujetan los destinos.

Más antes imitando
al aguila, que enseña y acostumbra
al pequeño aguilucho
llevándole en el ala á que dirija
su vuelo al Aquilon, así primero
en los principios quiero
los cimientos mostrarte
con que se da la planta
y este grande edificio se levanta.
¡Oh jóvenes briosos,
los que al duro ejercicio de las armas
os inclináis con pechos animosos
y el regazo dexáis de vuestras madres,
por caminar ansiosos
de la inmortalidad al alto Templo!

no presumais ufanos
que sin mucha experiencia
esta penosa ciencia
en solo el noviciado sea aprendida.
Que paseis es forzoso
por los primeros grados, y que en ellos
manejeis el fusil con ligereza
y lo sepais cargar con más presteza.
Atentos á la voz del que os mandare,
inmóviles y mudos,
la alineación guardando exâctamente,
sin separarse del que está adyacente,
cubriendo con el pecho al de delante
á la voz aguardad..... y en el instante
unidos y alineados,
observando ya el centro ó los costados,
con bien cerradas filas,
y luego conversando
ó el paso aligerando,
ó por evoluciones dividiendo
el orden de batalla,
al puesto señalado por el Xefe
llegad con orden bueno; y si halla
á bien luego mudaros,
y á un fuerte ó á un repecho
á defender mandaros,
marchad con prontitud, pues no es posible
que sepa mandar bien el que no tiene
aquella inteligencia
que es hija del estudio y la obediencia.

Así Fink aprendió con Luis de Bada
á ser héroe en la guerra y logró verse
por sus hechos su fama levantada.

Es la uniformidad y la ordenanza
el alma y el resorte
del mecanismo y militar usanza,
y el último soldado es una pieza
que sino está en balanza

con todas las demás, se destropieza
y descompone, tuerce ó desbarata
el orden, el proyecto y la firmeza.

La obediencia es el todo; la indiscreta
temeridad inútil
es extremadamente perniciosa,
y ya por el ardor demasiado,
lentitud perezosa,
ó por la incertidumbre
que casi es más dañosa,
podréis perder sin duda los tempranos
laureles que cogieren vuestras manos.
Todo este por menor y estos detalles
fixos debes tener en la memoria,
pues son la falda de la excelsa cumbre
donde el soldado alcanza eterna gloria.
Y como estos principios importantes
solo de grado en grado
se consiguen mas antes,
convendrá que empezando por soldado
asciendas de uno en uno,
hasta que ya ayudado
de tu adelantamiento
sepas mandar tú solo un Regimiento.

Entonces como quieras
harás que maniobre,
ordenándolo luego
en el acelerado y pronto fuego.
Y esto ya sea en la marcha ó á pie firme,
de modo que á tu voz sujeto y fixo,
sin que en los movimientos sea prolixo,
sepa cargar, tirar y luego al punto
cargar segunda vez, que todo junto
denote que se hace, y de este modo
diestro y perfecto en todo
al enemigo ataque ó se retire,
y atento á tus señales siempre mire.

Así aprendió el oficio Pedro el Grande

y supo así vencer á Carlos Doce
que temerario y loco
nueve años de glorias perdió en poco .

Los Prusianos en talla aventajados,
de fuertes miembros y robustas fuerzas,
con solo á tres de fondo, al enemigo
(y dello yo testigo)

en quatro ó cinco filas
muchas y varias veces derrotaron.

Un batallón que ataque es muy preciso
que el paso igual conserve

y que el fuego reserve,
pues calada después la reluciente
y blanca bayoneta,

hecho un erizo el frente
al enemigo turba, desordena,
ataca, y de terror y espanto llena.

El soldado ha de ser membrudo y fuerte,
sufridor de trabajos y molestias,
acostumbrado al peso de las armas
y á otros mayores, sin que sus banderas
abandone por esto en ningún tiempo.

Hombres afeminados,
débiles, enfermizos, delicados
ó de otra nulidad, servir no pueden:
leones han de ser en fortaleza
y arrojada braveza.

Qual la robusta encina
resiste al huracan, y no se inclina
del Aquilon al ímpetu furioso,
asi ha de ser de Marte la recluta
y no qual debil pino que no tiene
resistencia y al suelo presto viene.

Si pretendes lograr grande renombre
y de famoso Capitan el nombre,
menester es que sepas de las armas
el manejo más facil y seguro
y que perfectamente las conozcas.

Que domar sepas los fogosos potros,
que los instruyas en la maniobra,
que obedientes en todo á tus señales
escapen quando quieras; y que diestros,
leales y briosos.

barrancos salten y crecidos fosos,
y que ligeros qual el pensamiento
te libren de qualquiera impedimento.

Es menester tambien que te acostumbres
á aguantar la coraza, y que tu frente
no extrañe la opresión del duro casco.

Que la espada manejes diestramente
que es la que acaba con el enemigo
cuando á ceder empieza la victoria.

Marte la califica de excelente,
y quiere que afilada
aguda y bien templada
diluvie cuchilladas y reveses,
y della solo quiere que se sirva
el soldado á caballo, pues su fuego
solo hace ruido y se disipa luego.

Adiestra los caballos de manera
que en la mayor carrera
paren, que es importante.
A que se formen bien y en un instante,
que el esquadron mantengan bien cerrado
y no excedan del frente señalado.

Hazlos con disciplina rigurosa
maniobrar con presteza,
tan hechos á tus voces,
que á una sola señal partan veloces
venciendo del terreno la aspereza.

Y que quando convenga, desbocados
y por el viento alados,
den sobre el enemigo en un momento
con tal furia, denuedo y ardimiento,
que aun en la torpe huida
ninguno pueda libertar la vida.

Todos nuestros laureles
en la famosa Grecia se plantaron
y en la célebre Sparta se criaron
los que con sus espadas y broqueles
la disciplina y orden enseñaron.

Fue en Tebas inventada
la falange famosa y respetada.

Milciades, Cimon y Epaminondas
consiguieron, valiéndose del Arte
aunque en número pocos,
en veces muy diversas
humillar el orgullo de los Persas.

Los sucesos dichosos
de Salamina y Maraton, hicieron
á los Griegos famosos.

De un Alexandro el Grande
la fama durará mientras durare
el mundo, y se acordare
de la gloriosa sed que le animaba.
Por ella aunque dexaba
todo su patrimonio á sus amigos,
dominar intentaba á todo el mundo,
y con valor extraño sin segundo
el Asia subyugó y hasta el Eufrates
y el Ganges sus conquistas continuaron,
cediendo á su alvedrio
las riberas del uno y otro río.

Los Romanos después, á quien el orbe
humillarse debia en adelante,
la escuela de las armas se apropiaron
sus aguilas haciendo respetables.
Nación que belicosa
á un mismo tiempo por natura y Arte
sus vecinos domó, y acrecentada
con los Reynos y tierra conquistada
de Etruscos y Sabinos,
á serla favorables
obligó á los destinos,

para poder en otras importantes
regiones más distantes
emplear su valor y sus hazañas.
Domó las dos Españas,
avasalló las verdes y alongadas
riberas del Danubio caudaloso
que la Germania fertiliza y riega.
Y con igual suceso y misma gloria
la Galias conquistó, y la fiereza
del Inglés, sujetó; mas no esto solo.
Arrebató las Artes á la Grecia,
á Cartago el dominio de las mares,
y así imitando á todos y aprendiendo,
supo vencerlos con sus propias armas
y dominar á todo el mundo entero.
Mas el orden severo
de esta estrecha y exacta disciplina,
luego que decaído
ó casi ya perdido
fué en los últimos tiempos del imperio,
cuando solo los vicios
y el duro despotismo
governaban en Roma á un tiempo mismo;
entonces asaltados
de los Hunos, los Godos y los Gepis,
se vieron destruídos, saqueados,
y en valde en más socorro confiados.
Conocieron entonces claramente
con tan triste experiencia,
que la gran decadencia
de su antigua y severa disciplina,
conducía el imperio á su ruína.
Renació baxo el grande Carlos V
en fama eterno aunque mortal en vida,
siendo terror y espanto á toda Europa
del Español la audaz Infantería.
Llegó á ser respetado
de todo el orbe el íbero soldado,

pues no solo en Europa fue valiente,
que todo un continente
que el ancho mar del Sur orilla y baña,
reduxo á la obediencia de la España.
Disciplinado por Mauricio el Bábato
negar á Carlos supo el homenaje.
Después Turena ilustre á los Franceses
soldados hizo con su ingenio grande
llenando á Ludovico de laureles.
Mas fue desgracia de este Rey famoso
no conocer á Eugenio en su Palacio,
á Eugenio, que dichoso
fue de Marte admirado
y de Belona amado,
causando en tal olvido é injusto encono,
el ser columna del cesareo Trono.
Aguerrido Dessau con tal maestro
á General tan diestro fue llegado,
que los Dioses propicios del Germano
los hizo tutelares del Prusiano,
logrando trasladar á aquestos suelos
el favor y la ayuda de los cielos.

Ved aquí como siempre ha sostenido
por todas las edades y lugares,
por la ancha tierra y espaciosos mares
el Arte de la Guerra los imperios.
Y si la disciplina es la gran basa
y el único cimiento
sobre que se levanta el Arte mismo,
por aquí juzgar puedes su importancia.
Solo con la constancia
y la mucha experiencia
se consigue esta ciencia; vé quan vanos
serán los aprendices que sin ellas
las mas árduas empresas intentaren
con temerario arrojó
exponiéndose vanos é imprudentes
de la fortuna á tantos accidentes.

A Faetón semejantes, el que solo
basta creyendo á manejar el carro
del alto padre Apolo,
después de no acertar con el camino
helando ó abrasando el mundo entero,
fue por rayo severo del Dios Jove
castigado su arrojo loco y vano,
con ser precipitado al Eridano.
Mas mirad, imprudentes,
que Faetón cayó solo, y que vosotros
arrastrais las fatales consecuencias
de arruinar igualmente las Potencias.

(Continuad.)

LAS PEÑAS LUMINOSAS

(TRADICIÓN CRISTIANA)

Cubiertos de muérdago y jaramago, escuetos y altos, se alzan sobre el escarpado monte donde se recuesta majestuosa la ciudad de Lorca, unos riscos abruptos que parecen mirar á los cielos en perpetua oración; entre sus polvorientas hendiduras y dislocadas quebrajas, serpean las ruinas de algunos paredones que derrumbó el tiempo; los lagartos asoman por los impracticables resquicios sus cuerpecillos verdes, recamados de oro, y las arañas tienden de piedra á piedra sus hamacas sutiles que mece el viento; cerca de allí, la iglesia parroquial de San Juan Bautista eleva al firmamento su torreón cilíndrico, blanco y esbelto, parecido á un árabe muezín que, arrebujaado en nevado albornoz, velara atento y fiel por la ciudad hermosa que duerme en la ladera, y allá, á los pies del alto monte en donde se asientan las venerables ruinas, escondiéndose unas veces y apareciendo otras, entre la espléndida vegetación de la vega, un tenue hilo de plata brilla herido por la luz y se desliza susurrante, jugueteador y puro: es el río Guadalentín, que canta amores á su Lorca querida, que envía un poema de sublime pasión á la perezosa sultana perfumada y bella, dulce recuerdo del moro, edén soñado del batallador cristiano, hada misteriosa escondida en el bosque, besada por la luna y amada por el sol.

Cuenta el vulgo que algunas oscuras noches en que ni aun el fulgor de los luceros desciende sobre la tierra, surge de los derruídos paredones un reguero de luz claro y diáfano, que se eleva al cielo recto y esplendente, pareciendo unir, como misteriosa escala, los inmóviles riscos de aquellos

lugares, con las serenas é insondables regiones de lo infinito.

Cuando algún atrevido se acerca al resplandeciente fulgor, se desvanece de súbito el reguero de luz, volviendo la noche á tender su manto negro sobre las ruinas; la augusta quietud de las tinieblas infunde pavor en el corazón del curioso, y suave fragancia de silvestres florecillas se percibe en torno.

¿A qué obedece ese resplandor vivísimo que brota de los solitarios y altos riscos de la sierra?

¿Qué grato aroma es el que perfuma aquel sitio tan pobre de vegetación?

La musa de la leyenda, que vive en los inhabitados claustros de las ruinosas abadías, que vaga por los sombríos corredores de las viejas fortalezas y lee el pasado en los góticos infolios y en las tablillas morunas, que desempolva los roídos cronicones y descifra los eumarañados escritos de las vidrieras bizantinas, nos contará la santa tradición, la antigua conseja de la piedra que fulgura en la callada noche y manda sus luces purísimas al cielo.

I

En un hermoso día de primavera, algunos años después de Jesucristo, dos hombres vestidos con el traje común de los ciudadanos de Roma subían á paso lento la áspera cuesta que se elevaba sobre el recinto murado del pueblo de Ilorci, correspondiente al convento jurídico cartaginense; uno de los dos hombres, el de más edad, arrebuñado en una sencillísima toga de lino blanco, dirigía la palabra á su joven interlocutor, que se cubría con el elegante manto viril de los romanos, denotando por la riqueza de su ropa pertenecer á una clase distinguida; el anciano, apoyándose en un alto báculo, se detenía algunas veces para tomar aliento, sin cesar en su afable conversación, que escuchaba respetuoso su acompañante, fija la mirada en la senda que subían y atendiendo á la palabra persuasiva del que le hablaba.

La mañana era hermosa; de la extensa vega que desde aquella altura se contemplaba subía una fragante ofrenda de perfumes; la ciudad parecía una bandada de palomas que descansara en la escarpada ladera del monte; un sol brillante arrancaba mil chispas de luz de las blanquísimas azoteas y hacía jugar los colores del prisma en los irisados mosaicos de las torrecillas; desde aquella altísima atalaya, rodeados de riscos y peñascos y viendo á sus pies el abismo profundo, en cuyo término discurría mansamente el río murmurador, los dos hombres fijaron su mirada en el variado panorama que se extendía ante sus ojos, y dijo el de la nevada toga á su compañero:

—¿Ves, Suceso, qué hermoso es el mundo que ha creado Dios? Pues más hermoso que este mundo exterior es el mundo espiritual que ha colocado en el hombre al dotarle del alma, fuente inagotable del bien, cuyo cauce debemos abrir á la virtud, pues su límite en el tiempo es la inmortalidad, su futura morada los cielos, su arquetipo fidelísimo Dios mismo. La consoladora doctrina del mártir sublime Nuestro Señor Jesucristo, en cuyo conocimiento estás, y tu condición de catecúmeno *electæ*, me inducen hoy á darte el sacramento redentor del bautismo para poder administrarte después el más grato de todos los sacramentos, el de la comunión, por el cual Dios en persona entrará en ti con el pan eucarístico y serás admitido á gozar de un reino eterno y á participar de todo el premio de la redención de Jesús como una de sus criaturas predilectas. Yo voy á partir muy pronto de Ilorci; la voz de mi maestro Santiago me ordena marchar á esparcir la buena nueva por esta comarca, y Jesucristo, que está en el cielo, tal vez me señala la dicha inefable de sufrir por Él los horrores del martirio; quédate tú en Ilorci y haz nuevos prosélitos, enséñales el Evangelio, guíalos y ampáralos, porque son tus hermanos.

Luego el anciano llevó á Suceso á la entrada de una cueva triste y sombría, y penetrando en ella seguido del joven romano, preparóse para bautizar al catecúmeno; era la cueva reducida y lúgubre; en su fondo una piedra servía de durísimo lecho al venerable habitante de aquella agreste

morada; sobre la piedra, y pendiente de la roca, una tosca cruz formada de dos ramas de olivo abría sus brazos como para proteger al viejo que bajo ella descansaba; más allá, en una ancha quebraja del piso, estaba preparada el agua para el sacramento purificador. Allí metió Suceso sus pies y fué sumergido tres veces por el anciano, mientras el joven repetía las simbólicas palabras del *Credo*; después le hizo la señal de la cruz sobre la frente, le ungió la cabeza con el óleo sagrado y, tocando la nariz y oídos del catecúmeno, dijo con voz grave, clara y solemne:

—*Yo Indalecio, Obispo de Ilorci y siervo de Jesucristo, te bautizo en el nombre de Dios, uno en la esencia y tres en las personas.*

Terminadas las ceremonias del primer sacramento, sacó Indalecio un *orarium*, pañuelo blanco de lienzo que llevaba encerrado en una cajita de oro pendiente de su cuello por una cinta, y desdoblándolo cuidadosamente, tomó de él el pan sin levadura, y después de mojarlo se lo dió á comer á Suceso y dijo:

—*Este es el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.*

Y respondió el neófito:

—*Así es.*

Luego, imponiendo el Obispo sus manos sobre la cabeza de Suceso, que estaba arrodillado, lo bendijo y salió de la cueva dirigiéndose á la población, entre cuyos edificios se perdió su blanca figura.

Suceso quedóse largo rato orando, luego alzó la cabeza, suspiró, exclamando con la mirada fija en los cielos:

—*Retribuere dignare, Domine, omnibus nobis bona facientibus, propter Nomen tuum vitam æternam.*

II

En la ribera del río que baña los campos de Ilorci existía una *villa* ó casa de campo, rodeada de bellísimos jardines, de susurrantes fuentes y de artísticas estatuas, sobre la puerta que daba acceso al *atrio*, rodeado de una galería con co-

lumnas y pavimentado con mosaicos que representaban á Anfitrite rodeada de ninfas, veíase grabada en bronce la palabra latina SALVE, hospitalario saludo con que se distinguía al visitante.

Bajo las arcadas había muchos muebles de rico y elegante aspecto, mesas de maderas orientales, trípodes de bronce y ébano, biselios de oro y de marfil; de la clave de cada arco pendía una lámpara en forma de nave con un solo mechero en lo que pudiéramos llamar la proa; la parte no techada del atrio, el *impluvium*, estaba resguardada de los rayos del sol por un toldo de púrpura que hacía á la luz tomar un tinte rosado é iluminarlo todo como un crepúsculo de aurora.

Una mujer hermosa, de color trigueño y ojos negrísimos, agrandados aún más de lo que eran por el *stibium* ó pasta de antimonio con que, según la moda de las mujeres romanas, tenía pintados los bordes de los párpados; de labios rojos y carnosos, por entre los cuales asomaban los dientecillos, blancos, apretados y menudos; de negra cabellera, anudada graciosamente y prendida de perlas, se hallaba en el atrio, recostada en una silla de marfil y sándalo, vestida de una túnica de seda bordada en oro; parecía esperar á alguien, pues sus inquietos y bellísimos ojos, que atraían como una tentación de amores, se fijaban á cortos intervalos en una *clepsidra* ó reloj de agua que había cerca de ella en una mesita de pórfido.

Era Rubelia, la hija única de Lucio Filostrato, el opulento constructor de la vía militar de Cartagonova á Cástulo, el respetable patricio, dumviro de Ilorci, á quien los caballeros amaban y la plebe bendecía; era la encantadora Rubelia aquella joven impaciente que golpeaba el suelo con su piececillo diminuto y divino y jugaba contrariada con el pequenísimó puñal de mango de nácar, terminado por una anilla de oro, que pendía de su cintura, según era costumbre entre las damas patricias; un gracioso mohín de disgusto plegaba su boca purpúrea, nido de amantes besos, y en sus pupilas centelleaba la ansiedad, haciendo á su ojos más profundos, más hermosos, más temibles.

Por fin llegó la persona á quien esperaba: era su esclavo Hiphax, que llegó jadeante á su presencia y le dijo:

- He cumplido tu encargo, señora, y las noticias que te traigo son, en verdad, desagradables. Por todas partes buscaba al ciudadano Suceso para traerte, como ordenaste, noticias tuyas, y nadie sabía darme cuenta de su paradero; desatinado recorría la población, su vega y sus campos, sus llanuras y sus montes, cuando me dijeron que hace algún tiempo vino á Ilorci un anciano loco que, cubierto de blancas vestiduras, recorría calles y plazas predicando una nueva doctrina, que él llama de los cristianos, y poseído de su tristísimo desvarío ensalzaba las ideas más absurdas y contaba la historia de otro desgraciado á quien las leyes de la poderosa Roma condenaron á muerte afrentosa allá en una de las lejanas colonias; algunos insensatos hanse contaminado de la enfermedad del loco y le siguen á todas partes, le obedecen y le escuchan; lo más doloroso es que el patricio Suceso se ha trastornado hasta el punto de que, dejando su vida regalada y tranquila, su porvenir lisonjero y brillante y los halagos de tu amor, que él debe haber adivinado, hace algunos días vive como las fieras en el cubil del *vivarium*, entre los riscos del monte, hosco y silencioso, entregado á un estúpido sopor; ni los ruegos ni las amenazas de sus parientes y amigos han logrado arrancarlo de aquella miserable guarida, y cuando alguien trata de persuadirlo de esta locura, contesta con exaltadas é incoherentes palabras, enseñando á todos dos ramas de olivo cruzadas que lleva constantemente entre las manos. Le he visto y le he hablado, señora, pero su locura parece incurable; su semblante pálido y triste indica los progresos de su mal, y en su mirada ardiente se adivina el mundo de insensateces que se agita dentro de su corazón.

Chispearon de coraje los ojos de Rubelia cuando terminó de hablar el esclavo; sus labios, antes rojos, y ahora pálidos, se contrajeron, y su dientes pequeñísimos se apretaron con rabia; enamorada ciegamente de Suceso, á quien adoraba con vehemente pasión, sintió desvanecerse, dentro de su ser, las más encantadoras esperanzas, los más hermosos ensue-

ños de ventura; experimentó supremos dolores por el desvarío del amado de su corazón, por la locura del imán de sus anhelos, y furiosa, como leona á quien roban sus cachorros, vió anidarse en ella el odio más profundo, el deseo de exterminio más tremendo contra aquel hombre misterioso que, con la cabeza descubierta, vestido de albo ropaje, y apoyado en su nudoso báculo, recorría los pueblos y los campos, trastornando la razón de los que le escuchaban, marchando siempre sereno, siempre inmutable, hacia el punto incierto y desconocido donde le guiaba una mano invisible; echó Rubelia sus rizos negros hacia atrás, con una ademán lleno de solemne majestad, acarició con sus dedos rosados el puñal que pendía de su cintura, y dijo, más bien gritó, con salvaje modulación de ira:

—¡Yo lo vengaré, oh dioses, derramando la sangre del malvado!...

III

Se celebraban en Urçi, á orillas del mar Mediterráneo, las fiestas llamadas *Saturnales*; en ellas, trastrocados por algunos días los papeles, vestíanse los esclavos con la toga prestigiosa de los ciudadanos libres, y sus amos se disfrazaban con la sencilla túnica de los domésticos; mujeres sensuales recorrían las playas, á la luz de la luna, cubiertas apenas por la *níbrida* flotante, entregándose á los placeres orgiásticos, ó danzaban con lascivos ademanes agitando sus *peplos* de gasa al cadencioso son de los sistros y de las flautas; corría el vino en oleadas espumosas; cubrían las calles, como olorosa alfombra, las flores más fragantes, y de las iluminadas naves, que por la noche bogaban en el mar, partían ecos de musica alegre, sentimental y armoniosa.

Allá va el viejo cristiano que antes esparcía la grata doctrina, arrebatando con su elocuente palabra á su auditorio; allá va el venerable Indalecio, el de la mística mirada, el de la esbelta figura, vestido de blanco y descubierta la cabeza, pero la turba que le rodea no es la muchedumbre extática que escucha su voz blanda y suave y recibe su predicación

como rocío de los cielos, es la plebe que ruge violenta y se revuelve airada, es la chusma cruel que le lleva entre mofas y escarnios al suplicio, que le ató las manos á la espalda, que le escupe en el rostro y que le empuja despiadada y sanguinaria, entre gritos de júbilo y roncas carcajadas de borrachera; un soldado, que camina cerca de él, enseña á cuantos le rodean el edicto de Nerón, condenando á los cristianos, escrito con romanas letras *unciales*, y la turba palmorea y aúlla de placer, y el mártir camina vacilante, empujado por sus verdugos, con la mirada serena, la sonrisa bonancible, la frente alta y empapada en sangre.

Van á arrojarlo al mar desde una roca alta y abrupta que da sobre las olas; entre el gentío que sigue al viejo cristiano, figuran dos personas que se destacan, entre aquella oleada de esclavos disfrazados, por su porte y sus maneras, un joven que recata su rostro con uno de los paños de su toga y una mujer de aire elegantísimo, que, distanciada del joven algunos pasos, se emboza, de los pies á la cabeza, con un rico manto de brocado de la India, bordado de seda azul y de oro; de pronto, cuando el mártir está cerca de la roca, avanza la mujer en dirección á Indalecio, lo mira con sus ojos hermosos y negros, en los que relampaguea la ira, y levantando el brazo derecho sepulta en el corazón del santo un puñal diminuto, de puño nacarado, en cuyo extremo oscila una anilla de oro.

La muchedumbre aplaude: los verdugos balancean los ensangrentados restos desde la roca, arrojando al mar el sagrado cuerpo; *las olas* lo reciben amorosas, y el sol, rasgando las nubes, trae la divina bendición en un brillante rayo de su luz esplendente.

Sólo ha quedado en la playa el joven que se cubría el rostro con los pliegues de su manto; arrodillado dirige la mirada al cielo, y de sus ojos resbalan dos temblorosas lágrimas amargas como las ondas que allí cerca se agitan en movimiento eterno; muévense los labios de aquel hombre, á impulso de la oración, y se le escucha decir con melancólico desconsuelo:

—Señor, Dios de bondad infinita, salvad el alma de Rubelia.

IV

Pasados muchos años después del martirio de San Indalecio, en las playas de Urci, y mitigada la persecución del cristianismo, predicaba en Ilorci la sagrada doctrina un anciano, de rostro venerable, bondadoso y dulce á quien los evangelizados llamaban el obispo Suceso; entregado á la oración, se encontraba una noche, cuando vino su amado discípulo Liberato á decirle que una mujer que habitaba la lúgubre cueva donde vivió tanto tiempo San Indalecio, quería, en la hora de su muerte, recibir el agua redentora del bautismo.

Era la noche obscurísima, y si algún habitante de Ilorci hubiera velado en aquellas horas, habría contemplado abortado dos siluetas negras y misteriosas que subían apresuradas, alumbrándose con un hachón, la áspera senda que se alzaba sobre el recinto murado del pueblo; llevaba una de aquellas sombras humanas un jarro en la mano derecha, la otra levantaba la luz sobre las cabezas, para iluminar mejor el difícil camino: eran Suceso y Liberato el diácono, que se dirigían á ganar un alma por aquel tenebroso sendero.

Al llegar á la caverna, donde fué bautizado, distinguió el humilde obispo á una mujer casi desnuda, acostada sobre la durísima piedra, en la que, en otros tiempos descansó su sabio maestro; la luz macilenta de una lámpara de barro daba á las paredes de piedra tinte sombrío; el suelo estaba cubierto de marchitas flores silvestres, arrojadas allí como una ofrenda, y un oloroso ramo de violetas esparcía su olor suavísimo, sujeto al tosco extremo inferior de una cruz formada por dos secas ramas de olivo; avanzó Suceso hacia la agonizante, y con voz arrulladora le habló de los consuelos inefables del cristianismo, de las gratísimas delicias del alma en la otra vida, y del perdón misericordioso que Dios concede á quien en Él cree y en Él espera; su acento era suavísimo murmullo de paloma amante, deleitosa promesa de otro mundo mejor, mundo venturoso de eternas delicias

y de bienandanzas sin término, y la infeliz mujer escuchaba absorta á Suceso, que parecía, por la tranquilidad de su semblante, no haber reconocido en ella á la que un día fué señora hermosísima y poderosa; joven enamorada y vengativa amante, á la matadora del santo maestro, á la criminal Rubelia. Sí, era ella, á quien el remordimiento persiguió implacable, á quien acompañaba constantemente el fantasma del mártir, con la blanquísima túnica manchada de sangre, siempre silencioso, siempre sonriente, siempre señalándole con el dedo índice los espacios; era Rubelia que, arrepentida, distribuyó sus riquezas entre los pobres, se inició en los misterios de la religión de Jesús y á ella se aferró con el ansia ardiente de perdón que anegaba su alma, retirada á la tenebrosa mansión en donde su víctima solía descansar, hizo de la lúgubre cueva un santuario de adoración, perfumándolo con las flores de los campos y regándolo con sus lágrimas; y en aquel momento terrible de su agonía, ante el anciano sacerdote, que fué un día el amado de su corazón, temblaba como la hoja del árbol picada por el viento, temiendo que Suceso la reconociera, y esperando del discípulo querido de Indalecio, un solemne anatema de condenación eterna.

El viejo obispo mojó los dedos de su mano derecha en el agua del jarro que le presentó su acompañante, según era costumbre en el bautizo clínico, y rociando con ella la frente de la moribunda, dijo con voz leve y tenue como un suspiro:

—Rubelia, en el nombre de Dios misericordioso, yo te bautizo y perdono tu pecado.

La pecadora lanzó un grito desgarrador, llevó sus manos convulsas al pecho y su alma vagó por las regiones insondables de lo eterno.

Al despuntar el día, los dos cristianos cubrían de tierra una fosa abierta á los pies de la tosca piedra que servía de lecho al santo mártir; allí habían depositado el cadáver de Rubelia, y arrodillados sobre el piso de granito elevaban á Dios sus oraciones.

*
* *

Han pasado algunos siglos desde que ocurrieron estos hechos que nos cuentan los viejos cronicones, los empolvados infolios y los roídos pergaminos; sobre la romana Ilorci se extiende hoy la cristiana Lorca, en cuyas altas torres fulgura la vencedora cruz de Cristo; la piedad de los fieles levantó sobre la agreste caverna asilo de San Indalecio una iglesia dedicada al mártir cristiano, que fué destruída por un terremoto hace muchos años; sólo las ruinas de este templo serpean, cubiertas de plantas parásitas, por entre unos riscos que alzan sus picachos al cielo; las golondrinas trazan sobre ellos ángulos y curvas, círculos y rectas, abiertas las alas negrísimas como cruces de azabache y los jaramagos agitan entre las peñas sus cascabeles de oro.

Cuando en las noches oscuras veáis un reguero de luz que une misterioso las viejas ruinas con el tachonado espacio, no temáis: es el perdón del santo Indalecio que descende desde los cielos sobre la tumba de su matadora, y si os aproximáis y os envuelve embriagadora fragancia, sabed que es la perfumada ofrenda que Rubelia envía al que la ha perdonado.

ALFONSO ESPEJO MELGARES.

EL DESARME DE EUROPA

CONTESTACIÓN AL SR. D. EDUARDO TORRALVA

Dando las gracias á la REVISTA CONTEMPORÁNEA por haber publicado *in extenso* mi artículo «El desarme de Europa y las garantías de paz general», así como á los demás periódicos que con un fin humanitario se han ocupado con más ó menos extensión del asunto, tengo además que expresar un agradecimiento especial al periódico *El Universo*, que por el examen crítico de su redactor D. Eduardo Torralva me proporciona la ocasión de presentar algunas aclaraciones ó rectificaciones acerca de ciertos conceptos impugnados por el crítico.

Siguiendo el orden de las observaciones indicadas en *El Universo*, encuentro:

«Al hacer la historia del movimiento pacífico, se olvida el Sr. Ferrer de lo que pensaba sobre el particular el sacerdocio brahmánico, consignado en las leyes de Manú; de lo que hicieron los hijos de Darío el año 486 antes de Jesucristo; de que Diógenes, Plutarco y Tucídides, entre otros, proclamaron el universo como patria del hombre, rompiendo abiertamente con la idea de fuerza y preparando el terreno á las Ligas; no se ocupa de los juegos olímpicos ni de los *feciales* y *recuperadores*, ni del verdadero origen del arbitraje que está en la teoría del compromiso, según la entiende el derecho romano; no habla del proyecto acariciado por Napoleón I; no apunta siquiera los nombres de Emery de Croix, Kaltenborn, Lieber, Moynier, Holzendorff, Dudley Field, Revon y tantos otros apóstoles de la humanitaria tendencia; no refiere, aunque son sospechosos, los Congresos y conferencias que se han reunido con este objeto, ni menciona siquiera los trabajos de aquella academia cosmopolita de re-

ducido número de miembros organizada en Gante en 1873, ni los de la asociación para la reforma y codificación del derecho de gentes, siendo de advertir que no fué Ricardo Cobden el primero que expuso en los Parlamentos estas ideas: doce años antes, en 1835, un norteamericano hizo cosa idéntica en el Estado del Massachusetts, abriendo aquella gloriosísima página en que han escrito inmortales párrafos los ingleses Richard y Bristol, el italiano Mancini, los belgas Couvreur y Thonissen, el francés Federico Passy y los plenipotenciarios de Washington.»

Como no tenía la intención de escribir un libro, sino un folleto, he compendiado todo lo posible el asunto, y me darán las gracias por la brevedad aquellos que, considerando la idea una utopía tan pesada como mi prosa, desean llegar lo más pronto al conocimiento del fin de la obra, que no es el de hacer alarde de erudición, sino de apoyar mi tesis en puntos culminantes.

Además, esas leyes de Manú en este caso afectan poco al asunto; sin exageración puede decirse que son papeles mojados desde el diluvio, en que fueron salvadas por un pez (inteligente, dice la mitología de la India).

¿De qué especie sería ese pez bibliófilo? Se lo pregunto al Sr. Torralva, que está enterado de los mitos brahmánicos.

¡No sería un pez espada, porque sus instintos belicosos no hubieran querido cargar con leyes pacíficas!

Pero dejando la broma y hablando seriamente, ¿cree el Sr. Torralva que los hijos de Darío, en 486 antes de Jesucristo, pueden citarse como propagandistas de las ideas de paz y de arbitraje?

¡Manera singular tuvo de hacerlo Jerjes, hijo y sucesor de Darío, guerreando en Grecia y en Egipto y queriendo castigar con 300 azotes hasta la mar!

Tampoco recuerdo yo que Napoleón I haya expuesto tales ideas de arbitraje ni siquiera en Santa Elena, donde no tenía otra cosa que hacer más que pensar en sus errores, como Job en el momento de su penitencia acerca de sus pecados.

Después dice el Sr. Torralva:

«Y con referencia á las objeciones que los apologistas de la guerra presentan, ¡qué defectuosamente las resuelve el Sr. Ferrer, con qué facilidad inventa algunas por el solo gusto de echarlas después á tierra y cómo deja en pie las que tienen visos de consistencia!... En prueba de lo pobremente expuestas que están (y conste que no vamos á tratar de la manera como el folletista la resuelve, ni menos á descender á detalles, porque entonces haríamos interminable este apunte), véase una de ellas, cualquiera: *¿Que no hemos llegado al estado en que la naturaleza humana pueda pensar en estado de paz absoluta, etc., etc.?*»

Esto, contando con que querrá decir que no estamos todavía en condiciones de *pensar* en una paz estable, es una equivocación, porque la naturaleza humana, aparte de que no es ella la que piensa, puede pensar en todo, absolutamente en todo, incluso en lo más utópico y extraño. Una cosa, Sr. Ferrer, es pensar y otra realizar; una cosa es la idea y otra bien distinta el hecho; todo esto sin parar mientes en el ejemplo del médico, que no viene á nada ni prueba menos.

Con esta especie de argumentación, precisa recordarlo, se concluye rectamente cuando media una verdadera paridad entre los términos de que se predica el mismo atributo.»

¿Que resuelvo las objeciones de un modo defectuoso?

Esa apreciación no la demuestra con ninguna prueba; pero si el Sr. Torralva puede resolverlas de otra manera, haría bien en hacerlo para convencer á los panegiristas de la guerra y como propaganda humanitaria.

En cuanto á que invento objeciones para después tener el gusto de echarlas á tierra, no sé á qué objeción se refiere esa acusación, pues es en las obras de los Sres. de Maistre y Proudhon donde he encontrado las objeciones 3.^a, 4.^a, 5.^a, 6.^a y 7.^a; las que siguen á éstas son apreciaciones del Conde de Tolstoi acerca de las conferencias de La Haya.

Por lo que toca á las objeciones 1.^a y 2.^a puede encontrarlas el Sr. Torralva (si tiene curiosidad por ello) leyendo el semanario órgano del apostolado de la prensa *La Lectura Dominical* en su número del domingo 16 de Octubre de 1898, en un artículo titulado «El desarme universal» y con la firma *Víctor*.

Puede que el Sr. Torralva conozca al autor que firma

Victor y que le duelan los argumentos que opongo á la esencia de su artículo; pero no por eso debiera tener la injusticia de atribuirme objeciones cuya paternidad debiera conocer.

Otra afirmación gratuita del Sr. Torralva cuando dice:

«Más todavía: á juicio nuestro hay una contradicción entre las frases de la pág. 5: «La civilización está aún á merced de la fuerza bruta como en los tiempos más nefandos del barbarismo... Somos unos *bárbaros perfeccionados*... Si conocemos las ciencias y las letras, no por eso dejamos de tener las mismas preocupaciones acerca de la guerra... El interés puede más que la religión.» Y las de la pág. 11, en donde se lee: «Recorriendo la historia... se ve que las generaciones sucesivas entran en buen camino, pues de otra manera se pensaría que la religión es ineficaz... que el cristianismo no mejora poco á poco las malas pasiones de los hombres.» De igual manera creemos que eso de escribir «que los chinos no admitían la verdad y los progresos sino por la fuerza ó como consecuencia de la guerra», y á renglón seguido «que los resultados hubiesen sido los mismos por la persuasión, por las predicaciones y por el comercio intelectual» es otra contradicción.»

Es verdad que el Sr. Torralva dice «á nuestro juicio hay contradicción»; nosotros no creemos que exista para quien leyera todo el folleto y ni siquiera para el Sr. Torralva si no hubiera truncado las frases por puntos suspensivos, pues se encuentra cabal sentido sin contradicción leyendo:

«La civilización está aún á la merced de la fuerza bruta como en los tiempos más nefandos del barbarismo: hace 18 siglos el historiador Tácito, hablando de las costumbres de los germanos, pintaba la vida de esos pueblos únicamente dedicados á la guerra y los trataba de bárbaros por no tener ninguna afición á las artes ni siquiera á la agricultura; hoy día podemos decir que somos *bárbaros perfeccionados*: si estamos ilustrados en las letras y ciencias, no dejamos por eso de tener las mismas preocupaciones acerca de la guerra. El cristianismo sirve á veces de freno á esa pasión guerrera, pero el interés puede más que la religión, pues vemos en este momento un pueblo tan religioso como el inglés atraído por el oro del Transvaal atacando á los boers y haciéndoles una guerra injusta desde todos los puntos de vista.»

Y el otro pasaje dice:

«La dicha absoluta no existe ni existirá en el mundo, pero el mejoramiento material y moral que se llama progreso existe, aunque á veces tenga retrocesos. Si esos mejoramientos no son indefinidos y tienen límites no sabemos cuáles pueden ser esos límites, pues la ciencia en el orden material descubre cada día factores de bienestar. Es verdad que más difícil es apreciar en el orden moral los beneficios nuevos que pueden ofrecerse, pues el error y la inmoralidad es un árbol de hojas perennes en la humanidad; pero puede afirmarse que no es hoy más frondoso que en otros tiempos.

Recorriendo la historia y los anatemas lanzados por la Iglesia contra las torpezas de las generaciones de antaño, se ve que las generaciones sucesivas entran en buen camino, pues de otra manera se pensaría que la religión es ineficaz, que la fe se debilita, muere, está divorciada de la filosofía; que el cristianismo no mejora poco á poco las malas pasiones de los hombres y que el poder de la cruz se eclipsa en vez de lucir con brillo constante.

Cuando la guerra hace triunfar el buen derecho, entonces es un adelanto; en el caso contrario, es un retroceso. Además, aunque sea un medio en algunos casos favorable para llevar la verdad y los progresos científicos entre pueblos que no los admitían sino por la fuerza, ó como consecuencias de la guerra, por ejemplo, la China, cerrada á los europeos y murada como una tumba, si los ejércitos extranjeros no hubiesen forzado sus puertos, no por eso ese medio violento es legítimo: ha costado la vida á muchos europeos y chinos. Sin llegar á esos extremos de imponerse por la fuerza, hubiesen sido los resultados los mismos por la persuasión en un período de tiempo más ó menos largo por las predicaciones de los misioneros y el comercio internacional.»

Entre esos párrafos no hay contradicción real, sino una idea única, esto es, el contraste entre el hecho y el ideal. Un ideal perseguido por la religión cristiana desde que existe: el fin de mejorar al hombre, no por la fuerza sino por la persuasión: tales fueron las palabras de Cristo cuando sus discípulos quisieron defenderle en el jardín de los Olivos: «*Basta eso, no paseis adelante*»; pero como hay momentos en la historia de los pueblos, en que las mejores doctrinas se echan al olvido, hay épocas de retroceso hacia la barbarie, como cuando se ve á un Papa, Julio II, decir, que *tira al*

agua las llaves de Pedro y toma la espada de Pablo», entrando después, por asalto, en una población sitiada; ó cuando aun en nuestros días se oye á un sacerdote hablar de chafarote para defender los derechos de la Iglesia: hay oposición, lucha constante de los dos elementos bien y mal; á veces luce con todo el brillo de la doctrina cristiana el elemento del bien, en los hechos, como cuando Ignacio de Loyola cuelga su espada y funda la orden de Jesús, y con la más completa abnegación no usa ya de la fuerza para nada; y cuando hoy día Su Santidad León XIII, apoya la idea de arbitraje. Por desgracia no estuvo representada en las Conferencias de La Haya, la Santa Sede, la cual hubiera podido armonizar los criterios.

Nosotros no desconfiamos que la doctrina de Cristo, con todas sus consecuencias, una de las cuales, á nuestro parecer, es la extinción de las guerras, prevalezca un día y por eso tenemos la esperanza que se perfeccione la humanidad.

Es claro que el Sr. Torralva no cree en la perfección progresiva de la humanidad, puesto que dice al final de su artículo: «Creemos, sin embargo, que tal proyecto es impracticable, y que cuando desaparezcan las luchas que originan los afectos, los intereses y las pasiones, entonces desaparecerá la guerra, es decir, nunca.»

Nosotros creemos que llegará ese día, en que generaciones más perfectas se hayan despojado, no de todas las pasiones, sino de las peores que aún nos abruma, y que conservando más buenas que malas, no necesiten ni arbitraje, ni siquiera tribunales ordinarios; pero esto no quita que mientras tanto, y esperando esa edad de oro, no se busque medios adecuados que sirvan de freno á las guerras, no solamente por el desarme que ya hemos visto que es un medio ineficaz, sino por un tribunal arbitral permanente y obligatorio para todos los estados; y para lograrlo no hay más que convencerlos de que el interés de cada uno en particular, y de todos en general, lo reclama; entonces ellos mismos consentirán en inscribir su nombre en el Código de ese Tribunal Supremo de justicia internacional.

Cada cual tiene compromiso ante su conciencia de ayudar

á ese movimiento pacífico, llevando para edificar el templo de la paz, el uno una piedra labrada, el otro una sin labrar, ó un ladrillo, y si no llega á tanto, un grano de arena, como el nuestro, que amontonados lleguen á poner un dique en que se estrellen las rancias preocupaciones guerreras.

Dice también el Sr. Torralva:

«Un punto del folleto conviene aclarar, y es el relativo al desarme europeo y á la conferencia del Haya. No es, como escribe el Sr. Ferrer, que «no llegaran á conciliarse los proyectos ruso é inglés, y no se acordara, por tanto, la creación del Tribunal internacional», no señor; el Tribunal internacional permanente de arbitraje está creado. Lo que sucedió fué que el representante de Alemania, Munster, y el de Turquía, á imitación suya, se opusieron á la idea de los *casos obligatorios* por entender que resultaba incompatible con la soberanía de los imperios, sin que bastaran á vencerlos las argumentaciones de sus compañeros, en vista de lo cual se enviaron delegados al Emperador Guillermo, quien contestó admitiendo el Tribunal de arbitraje; pero rechazando que se estableciera como obligatorio. De suerte que el art. 10 del proyecto ruso, que enumeraba los casos en que necesariamente los Estados que contiendan habían de someterse al Tribunal internacional, fué reemplazado por otro.»

Que el desacuerdo proviniese de Alemania ó de Inglaterra, las consecuencias fueron las mismas: los periódicos de la época de las conferencias de La Haya, dijeron Inglaterra; pero lo esencial de la cuestión es que no prevaleció el proyecto inglés ni el ruso; lo que se aprobó fué resultante del estudio de ambos, y de otras proposiciones y enmiendas presentadas por los delegados. Pero no puede decirse que el Tribunal arbitral funciona, puesto que desde esa fecha Inglaterra está en guerra con el Transvaal.

Hay que esperar mejores resultados en las conferencias del porvenir.

El Congreso Hispano-Americano que se ha celebrado en Madrid ha hecho grandes trabajos para pasar de la teoría á la práctica, y se adoptaron varias conclusiones encaminadas á protestar contra toda política y tendencia á resolver los conflictos internacionales por medio de la fuerza; procla-

mar la urgencia de constituir por la acción de los Gobiernos un Tribunal de arbitraje Hispano-americano, al cual hayan de someterse las cuestiones que surjan entre los Estados representados y la recta interpretación de los Tratados entre dichos Estados convenidos; que el referido Tribunal debe revestir el carácter de permanente, oblatorio y sin excepciones; que ínterin se establece aquel Tribunal se resuelvan los conflictos por Tribunales arbitrales constituídos especialmente para cada caso; que deben garantizarse los fallos del Tribunal arbitral por medio de una sanción positiva; que no habrá de manifestar en sus decisiones el expresado Tribunal la supremacía política de ninguna de las naciones; que se promueva la constitución de Sociedades libres propagandistas de la paz; que se estudien en el orden científico las cuestiones internacionales; que se organice Sociedad de cultura general y educación recomendada por el Congreso Pedagógico de 1892; que se excite á los Parlamentos para que consignen en sus leyes el establecimiento de arbitraje en la forma que en las conclusiones se propone, y que cuanto antes se celebre un nuevo Congreso que tenga por fin el examen de lo hecho y la solución de los problemas que nuevamente se planteen.

El trabajo de la comisión de arbitraje es la mejor contestación que puede hacerse á los incrédulos, que consideran la guerra como un mal irremediable.

LUIS MANUEL DE FERRER.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1901